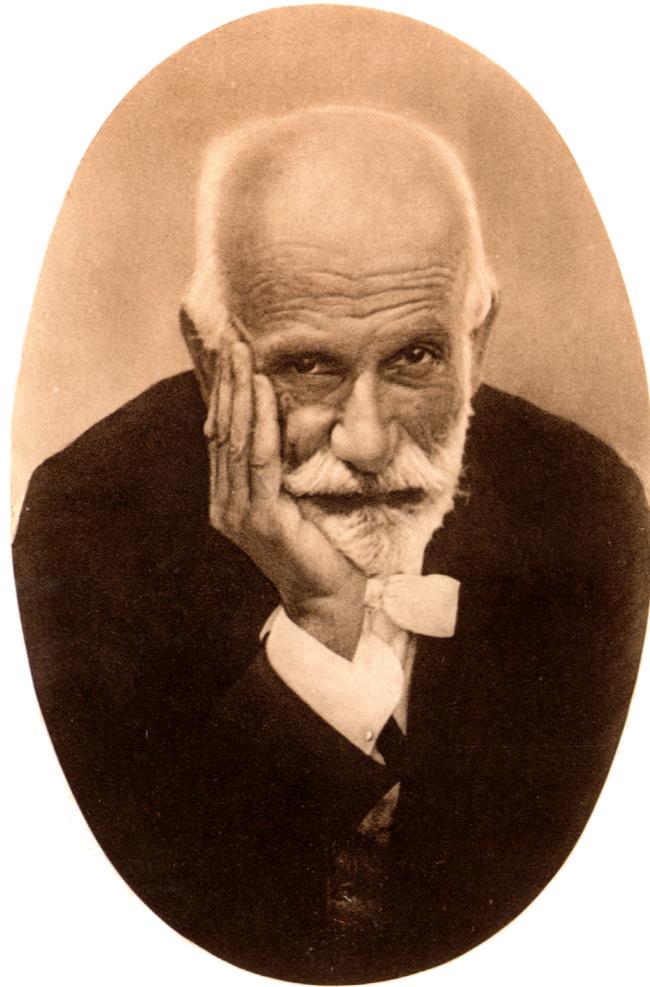
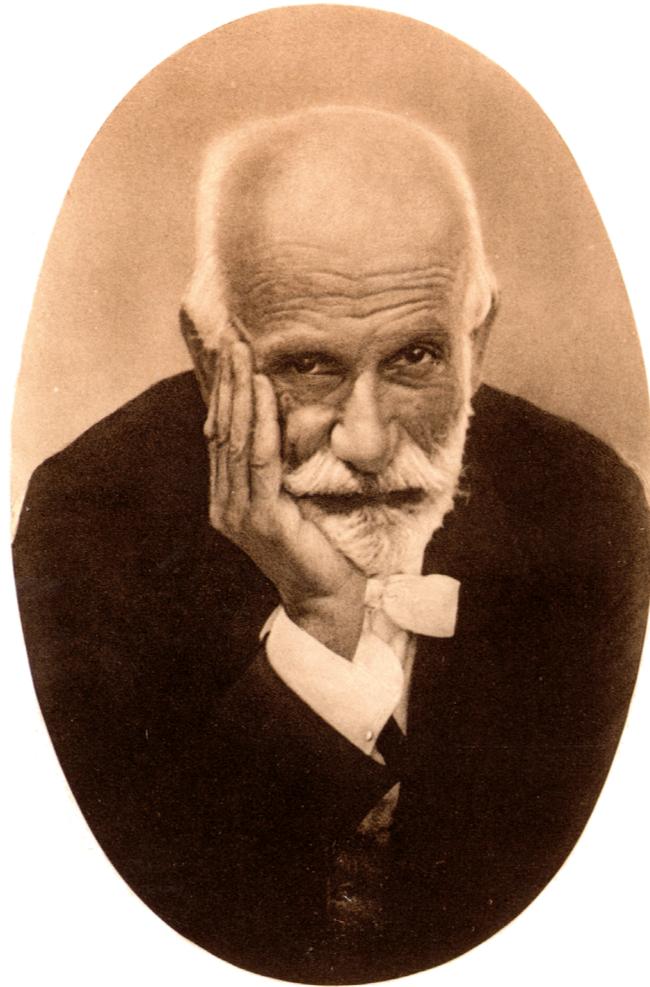


**Francisco Giner de los Ríos**  
in memoriam



**retratosdeautor**



# Miguel de Unamuno

Miguel de Unamuno haciendo una pajarita de papel en la Residencia de Estudiantes, 1932.

Miguel de Unamuno, «Comentario»,  
El Día, 13 de febrero de 1917,  
recogido en el *BILE*, núm. 683,  
febrero de 1917, págs. 58-60.

cuyas controversias permanece por completo extraña y con cuyas discordias no cree lícito mezclar su enseñanza, perturbar el espíritu de sus alumnos, ni dividirlos desde la infancia en castas mutuamente enemigas; como tendría que acontecer, a menos de negar su auxilio a todas cuantas familias no participasen de tales o cuales principios o creencias.

Con este motivo, se repite de usted amigo y s., q. b. s. m., *el Vice-Rector*, G. DE AZCÁRATE.

Madrid, 27 de Setiembre de 1885.

### IN MEMORIAM

#### COMENTARIO

por D. Miguel de Unamuno,

Catedrático de la Universidad de Salamanca.

En medio de esta alborotada charca de pasiones—y ojalá trascienda del alboroto!— cuando los que más presumen de hispanófilos—y llamarse un español hispanófilo es hipócrita cinismo—olvidan la dignidad de España, cuando más vocean «¡neutralidad!» los menos neutrales, aunque acaso los más neutros, nos hemos puesto a leer, en horas de remanso—aunque después de haberle dado un remergido a la charca—, el tomo II de las *Obras completas de D. Francisco Giner de los Ríos*, tomo dedicado a «La Universidad Española».

Pronto, el 18 de este mes, hará dos años que se nos fué para siempre de esta nuestra España, de esta su España, de este mundo. ¡Pero no se nos fué del todo, no! Aun nos queda; aun nos queda aquí a los que le conocimos, es decir, a los que le quisimos; aun le llevamos dentro—y él nos lleva—a aquel gran maestro, es decir, a aquel gran agitador de espíritu. Que es lo que era sobre todo. Porque aquel hombre que se pasó la vida clamando «¡paz, paz!» era un gran luchador. Ni podía ser de otra manera. La verdadera paz, la paz fecunda, la paz digna, la paz justa no se obtiene más que con la lucha.

¡Y qué hombre de pasión, de intensa pasión, de encendida pasión era aquel hom-

bre que iba predicando serenidad! Como que era un estupendo orador y se pasó la vida queriendo ahogar en sí esa noble facultad de la oratoria. Yo creo que D. Paco Giner—así se le llamaba cariñosa y familiarmente—comprendió que la obra más autoeducadora de un hombre es la de luchar contra su propia profesión, la de impedir, mientras uno la ejerce honrada y hasta amorosamente, que le profesionalice, la de hacer que el hombre, el hombre entero, no se deje dominar del funcionario. Y por eso él, catedrático, propendió a hacerse maestro. Y para poder ser maestro, a hacerse discípulo, a ser siempre discípulo, el eterno discípulo.

Nunca olvidaremos nuestras conversaciones con él, con nuestro Sócrates español, con aquel supremo partero de las mentes ajenas. Inquiría, preguntaba, objetaba, obligábanos a pensar. Y después de una de aquellas intensas charlas con él, volvíamos a casa tal vez sin haber recibido de él ninguna nueva idea; pero, lo que vale más, mucho más, con nuestras propias ideas, antes turbias, aclaradas ahora, habiendo descubierto en nosotros mismos puntos de vista que ignorábamos antes, conociéndonos mejor y conociendo mejor nuestros propios pensamientos que nos conocíamos y los conocíamos antes de haberlos acercado a él. Éste era el maestro.

¡Y no decimos el pedagogo, no! En esto de la pedagogía discrepábamos de él, acercándonos más al criterio de Wundt, de Münsterberg, de Fouillée, que él, Giner, en este su libro sobre la Universidad española, que acabamos de leer, menciona. Aquel su magisterio, aquella su maestría, no es posible reducirla a fórmulas transmisibles y menos a recetas. Era el hombre y el hombre se da en espíritu, pero no es posible traducirlo en letra.

Sus escritos son para nosotros, los que le quisimos, esto es, los que le conocimos y tratamos, muy otra cosa que serán para los que sólo han oído hablar de él y de su obra. Aunque no hubiera dejado escrito nada, como no lo dejó Sócrates, su obra viviría entera.

Lo que no quiere decir, claro está, que

no haya mucho que aprender en sus escritos. Más bien, que no sugieran mucho.

De todo lo que de él conocemos preferimos las cartas, breves, vibrantes; a las veces ligeras notas en tarjetas postales. Allí estaba, como en sus conversaciones, el hombre. Y esperamos con ansia el día en que se publique su anunciado epistolario.

Componen este tomo, titulado *La Universidad Española*, varios escritos, el primero y más extenso de los cuales, enteramente inédito, fué una Memoria que escribió para optar al premio, que le fué concedido, que la Universidad de Valencia ofreciera en 1902, con motivo de la celebración de su tercer centenario. Después de escrita y premiada, D. Francisco halló, como era su costumbre, que estaba «poco hecha», y en corregirla y arreglarla se le fué el tiempo. Y así no ha llegado a ser publicada hasta ahora. Y no era, ¡no!, lo que podríamos llamar la manía de la perfección, esa fatal manía que han padecido muchos —dícese que entre los literatos, sobre todo Flaubert—, era que aquel hombre vivía tan intensamente, era tan hombre y tan maestro, y tan poco profesor—el que profesa algo—, que su pensamiento estaba en continua y constante marcha, mejor aun, crecimiento, y al acabar un escrito, se encontraba con que opinaba respecto a su asunto muy de otro modo que cuando empezó a escribirlo. Y es que no escribía lo ya pensado, sino que pensaba escribiendo como pensaba hablando, que pensaba viviendo, que era su vida pensar y sentir y hacer pensar y sentir. De un maestro así no podía salir nada «hecho».

Y es el encanto mayor de este escrito del maestro de que hablamos, que no está hecho del todo. Por eso sugiere tanto.

Leed este párrafo, que en su aparente sencillez y sin decir más de lo que todos sabemos, lo dice con un tono—sobre todo para los que al leerlo oímos la voz cálida del maestro—que sugiere mucho más que dice:

«La mayoría de nuestros estudiantes pertenece a las clases medias; hace mucha vida de teatro, de café, de casino; de

Ateneo, a veces, casi ninguna de campo; va a los toros; nada de juegos ni ejercicios corporales; otro tanto de viajes y excursiones; aparte los periódicos, lee poco, y esto, principalmente, novelas; y suele tener, en una proporción mediana, los vicios y virtudes propios de la masa masculina de nuestro pueblo. Sufre alegre, casi sin enterarse, parte por la austera sobriedad de la raza, parte por su atraso, el sucio hospedaje y mala bazofia a que los más tienen que atenerse; es político y patriota, en todos los sentidos, desde el más puro y noble al pésimo.»

Parece que le oímos, en uno de aquellos raptos de elocuencia a que el fervor de la conversación le llevaba, pronunciar esta última palabra de ¡pésimo! Y todo el pasaje, aunque diga cosas que tenemos olvidadas de puro sabidas—y esto es lo malo—, las dice con un tal movimiento oratorio, de lengua coloquial, conversacional, concentrada y cálida, que nos obliga a no olvidar esas cosas de puro sabidas.

¡Y lo que dice luego de la minoría que dentro de esa masa estudiantil lucha! «Una minoría, importante por la calidad y perteneciente, no pocas veces, a aquellas capas inferiores medias que lindan con el jornalero, de quien apenas las distingue la hechura, más que el precio del traje, trabaja, lucha, padece, en una miseria mal disimulada; sacrifica su reposo, su salud, sus diversiones, su alegría y frescura juvenil; pero pone su alma en su labor; no quiere vegetar; vive y se entera.» ¡A cuántos de estos jóvenes que luchando con la miseria económica luchan contra la miseria moral e intelectual de la patria, a cuántos de ellos no confesó Giner! ¡A cuántos confortó! ¡A cuántos les abrió un sendero! ¡Un sendero estrecho y escabroso y pedregoso, pero sendero al fin! Que lo malo es andar perdido en el desierto. ¡O a cuántos no les enseñó que echando a andar por el desierto, derecho, hacia donde brilla de noche la estrella que tomamos de Dulcinea celeste, se hace con los pies, y según se anda, el sendero del destino!

Son muy de leer las páginas 102, 103 y principio de la 104 de este volumen. Allí

se ve qué sentimiento tenía aquel maestro de la escuela primaria, «la del pobre, la del pueblo, la de todos», y cómo su fin ha de ser «no reducirse a los informes y noticias más indispensables para no quedarse fuera de su tiempo, ni a adaptarlo a éste, y menos a hostigar su memoria, sino despertar y orientar e intensificar las potencias todas de su ser (el del hombre)». Habla luego de la nobleza, de los gustos, y nadie como él trabajó por la cultura estética española.

Y en esto de la cultura estética está, sin duda, el toque de lo más de nuestra regeneración o más bien ingeneración o engendramiento cultural. Si se va al fondo de ciertas aberraciones colectivas de nuestro pueblo, de ciertos sarpullidos de trogloditismo, se verá que son debidos a incultura estética, a tosquedad y grosería de gustos, a ordinariéz de sentimientos. Un amigo nuestro suele decir que hay estrumpidos—que no juicios—de opinión que vienen envueltos en vaho de regüeldo (que, con perdón de Don Quijote, así se llama en castellano, mejor que eructo, que es latín indigesto en el romance).

Por supuesto, que si D. Francisco viviera y me oyese esto, me lo reprocharía. En él, todo pulcritud y mesura, sin excluir, ¡claro está!, la energía, ciertas expresiones disonaban. Aunque tan comprensivo y amplió de criterio, alguna vez me censuró ciertas formas de expresión, ciertos vocablos. Acaso tuviera razón... ¡no lo sé...!, pero acababa por reconocer que cada cual tiene su temperamento y modo de expresión y que es la intención lo que salva. Y él transigía siempre con todo espíritu claro, sin dobleces, sin segundas y bastardas intenciones. Era, al fin, el hombre de lucha que se pasó la vida clamando: «¡Paz!»

En esa misma Memoria que nos inspira estas líneas acaba pidiendo que los partidos políticos, haciendo penitencia, lleguen a entender que el problema de la educación nacional no es un problema de partido, sino que pide el esfuerzo de todos sobre la base de la más serena y honrada neutralidad doctrinal, política, religiosa, de todas clases. ¡Generoso ensueño! Muy generoso, sí, pero muy ensueño.

El problema de la educación nacional llegará a ser, si es que se quiere resolverlo, cuestión de cierto modo de guerra civil. ¡Y si no, al tiempo!

(*El Día*. — Febrero, 13, 1917. Madrid.)

#### ANIVERSARIO DE GINER

por D. Ramón Pérez de Ayala.

Se ha cumplido el segundo aniversario de la muerte de D. Francisco Giner de los Ríos. Coincidiendo con esta fecha, al modo de conmemoración, se ha publicado el volumen II de las obras completas de Giner; lleva por título *La Universidad española*. He leído en estos últimos días el libro, precisamente después de haber leído otro de Costa, *Tutela de pueblos en la Historia* (volumen XI de las obras completas), aparecido poco ha. La casualidad quiso que, al propio tiempo que andaba mi espíritu preocupado por la lectura de Costa y de Giner, se me ocurriese ponerme a releer *La desheredada*, de Galdós. La casualidad suele concertar las cosas de la vida en disposición tan armoniosa, que no parece sino que los sucesos todos, hasta los más triviales, secundarios y aleatorios, obedecen a designio providencial o ley necesaria de afinidad latente.

¿Qué ofrecen de común entre sí aquellos tres libros? Si se juzga de ligero y por la traza superficial, nada. *La Universidad española* tiene el aire de una disertación académica. *Tutela de pueblos en la Historia* es una serie de monografías, sobre algunos personajes históricos, españoles y extranjeros. *La desheredada* es una novela. Y, sin embargo, los tres libros encierran una misma idea, una misma sensibilidad, un mismo dolor y una misma desesperanza, bajo formas diversas.

Leemos en las primeras páginas de *La Universidad española*: «Las causas de esta decadencia general (de España) no son todavía tan unánimemente reconocidas como el hecho; pero en cuanto a éste, ni aun el más terco pseudopatriotismo lo discute.» El hecho de la decadencia general de España es indiscutible en el dictamen de Giner. En *Tutela de pueblos* escribe

Rafael María  
de Labra



Rafael María de Labra,  
«Don Francisco Giner», *El País*,  
18 de septiembre de 1915, recogido  
en el *BILE*, núm. 668, noviembre  
de 1915, págs. 350-351.

Rafael María de Labra.

aun el hombre mismo... ¡quién sabe!, ¡quién se atreve a mirar hacia el mundo de las sombras eternas! ¿No vivirá en Dios aquella alma en la que Dios vivía?...

LUIS DE ZULUETA.

(*El País*. Madrid, 20 de Octubre de 1915.)

#### DON FRANCISCO GINER DE LOS RÍOS

Fuertemente emocionado y profundamente agradecido, recibo y acepto la invitación que se me ha hecho para que me asocie a la demostración culta y patriótica con que la prensa madrileña obsequia la memoria de D. Francisco Giner de los Ríos, uno de los hombres más influyentes y representativos de la evolución moral e intelectual de la España contemporánea.

Una amistad estrecha y nunca interrumpida en el curso de más de 40 años y la identificación con alguna pequeñísima parte de la obra de Giner quizá me dan materia para añadir alguna nota a las valiosas referencias y consideraciones con que en estos días, en medio de una demostración pública, verdaderamente justificante y ejemplar, se ha tratado de explicar la personalidad del insigne publicista y gran maestro que España acaba de perder. Aplaudiendo todo lo dicho, yo me atrevo a pensar que todavía hay algo más que decir sobre la acción y los escenarios de Giner en un laborioso y perseverante empeño de cerca de medio siglo.

Giner fué otra cosa más (no discuto el grado, ni hago comparaciones) que sus maestros el severo Sanz del Río y el efusivo D. Fernando de Castro en sus cátedras de la Universidad Central: algo más instinto y más complejo que Pestalozzi y Froebel en Iverdun y en la Casa de Keilhau.

Además de catedrático y pedagogo, Giner fué un crítico y un literato eminente, cuyos excepcionales trabajos comenzaron a publicarse en la *Revista Hispano Americana* de 1866 (que yo entonces dirigía), y creo que también en la *Revista de España*, que por aquella época dirigió Alba-

reda. Giner fué un hombre de gran comprensión, de exquisito y activo trato social y de preocupación constante de la «totalidad» de la vida contemporánea, en vista del levantamiento y fortificación moral, política y social de España en la profunda crisis que se inicia a partir del último tercio del siglo XIX.

Hay que decirlo y repetirlo por lo mismo que corre muy válida la especie de que Giner sólo fué un pedagogo insuperable y un eminente catedrático. Yo, que he conocido y tratado a muchos propagandistas, tengo la idea, y me sobran las pruebas, de que Giner, a su modo y en su círculo, fué uno de los hombres que entre nosotros, en estos últimos tiempos, realizaron con más calor, fe y perseverancia una viva y trascendental propaganda, aun fuera de los escenarios particulares en que apareció ante el público más frecuentemente.

Por esto puedo rectificar el error de que Giner fuese un enemigo de la vida política. Eso, por muchos motivos, no podía ser el sobrino predilecto de Ríos Rosas, el íntimo de Salmerón, el confidente de Moret, el compañero de Navarro Rodrigo...; hablo sólo de los muertos.

En cambio, no faltó quien le supusiera como un detractor de la Iglesia y un violento adversario de la monarquía.

¡Como que, para algunas personas, la Institución Libre de Enseñanza ha sido y quizá es un tenebroso centro de rabiosa y persistente conspiración revolucionaria contra todos los Poderes públicos y todas las clases directoras sociales!

Fué mi buen amigo hombre de ideas muy progresivas y avanzadas, pero fuera de los partidos políticos y de la política activa, porque así se lo impusieron condiciones personales, gustos propios y quizá pensando en la mayor eficacia de su triple acción pedagógica, propagandista y social. Quizá por esto mismo sus empeños generales no tuvieron el relieve y la publicidad de sus actos universitarios y de la Institución Libre de Enseñanza, que, por sus estatutos fué siempre y tiene que ser «completamente ajena a todo espíritu e interés de comunión religiosa, escuela filosófica o par-

tido político, proclamando tan sólo el principio de la libertad e inviolabilidad de la Ciencia y de la consiguiente independencia de su indagación y exposición respecto de cualquiera otra autoridad que la de la propia conciencia del profesor, único responsable de sus doctrinas». Y a este mismo fin responde el periódico órgano oficial de la Institución, que es «una revista pedagógica y de cultura general».

Pero un tan fuerte, superior e iluminado espíritu no podía ser un detractor de la vida política.

Giner creía, como Krause, que la Ciencia es para la Vida.

Quizá sea oportuno recordar ahora que sin duda los partidos son un factor inexcusable de la vida pública, señaladamente de la vida política, pero no el factor único. Siendo merecedores de toda clase de respetos los partidos con organización, disciplina y programas bien determinados en vista de la conquista del Poder para fines honorables, también es cierto que los partidos no bastan para formar la opinión pública, ni para producir las soluciones que ésta, solicitada sistemática y perseverantemente por la acción individual y relativamente desinteresada en lo tocante al uso y disfrute del Poder, exige e impone a aquellas agrupaciones más o menos organizadas y a los gobernantes más o menos comprometidos por las impurezas de la realidad.

Y basta, por ahora, para repetir que la obra de Giner no fué un empeño aislado, y menos exclusivo. No faltan entre nosotros quienes con más títulos y medios que los míos, pueden explicar esta tesis. La obra del querido muerto fué realmente trascendental desde diversos puntos de vista. Así como su vida, su vida toda, una vida ejemplar.

RAFAEL MARÍA DE LABRA.

(*El País*, Madrid, 18-IX-15.)

#### D. FRANCISCO GINER DE LOS RÍOS

Y LA

CORPORACIÓN DE ANTIGUOS ALUMNOS DE LA INSTITUCIÓN  
LIBRE DE ENSEÑANZA

Corría el año de 1892 y hacía varios que ya habíamos abandonado las clases de la Institución Libre de Enseñanza. Circunstancias de edad, nuevas amistades, deseo prematuro de títulos oficiales para ser «hombres de carrera» y todas las demás que integran esa época de transición del niño al hombre, nos tenían alejados de aquella casa y de aquellos maestros a quienes tanto y tanto debíamos.

Con motivo del centenario de Colón, vinieron a Madrid comisiones de estudiantes extranjeros y de varias ciudades de España. El obsequioso temperamento nacional se desbordó en fiestas y agasajos, muchos de los cuales no parecían corresponder al gusto de los invitados, ni al fin cultural que aquí les reunía.

Las deficiencias que en este orden se notaban hicieron que, de un modo espontáneo, brotara en muchos antiguos alumnos de la Institución Libre, el deseo de reunirse otra vez al calor de aquella casa y ofrecer ocasión a los estudiantes extranjeros de apreciar algunos de los centros de cultura merecedores de ser visitados y estudiados en nuestro país.

Para dar lugar a que se conocieran unos y otros estudiantes, se organizó un té en el jardín del local propio de la Institución Libre. Cuando, a la caída de la tarde, quedamos solos los antiguos alumnos, nos mandó llamar D. Francisco a sus habitaciones... Ya van pasados muchos años de esto, y sin embargo, nunca se nos puede olvidar aquella escena de íntima ternura. La vuelta al hogar de tantos discípulos queridos; la impresión que le causara vernos reunidos otra vez al cobijo de aquella casa, donde aprendimos cuanto de más elevado y noble haya en nosotros, le hicieron derramar muchas lágrimas, lágrimas que consuelan. Nos abrazamos a él y juramos, en nuestro fuero interno, nunca más abandonarle.

Así nació la Corporación de Antiguos

## Manuel García Morente y Fernando de los Ríos



Fernando de los Ríos con Émile Vandervelde y Manuel García Morente en la Ciudad Universitaria. Archivo General de la Administración, Fondo «Estudio Fotográfico Alfonso». Ministerio de Educación, Cultura y Deporte.

Manuel García Morente y Fernando de los Ríos, «El pedagogo», en Francisco Giner su vida y obra, capítulo IV, recogido en el *BILE*, núm. 695, marzo de 1918, págs. 60-63.

portancia teleológica. Los restantes afectos acompañan a la ideación, y no son más que combinaciones de placer y dolor. Aristóteles ha sentado, pues, aquí las bases de toda la teoría de los sentimientos modernos. Pero aun más, Aristóteles intenta descubrir los afectos; para ello se sirve de sus condiciones intelectuales; así, temor es el malestar causado por un daño futuro próximo. Durante muchos siglos, hasta el célebre tratado de las pasiones de Espinoza, inclusive los filósofos, imitarán a Aristóteles en sus descripciones. Aun otro hecho fundamental de la vida afectiva pone Aristóteles de manifiesto. Los afectos pueden surgir sin causa aparente, y sólo por procesos que se verifican en nuestro organismo. Es decir, Aristóteles expresa así el hecho de la *cenestesia*, del *bienestar* o *malestar orgánico*.

c') *El aspecto motor del alma*.—La acción puede ser de dos clases: la impulsiva apetitiva y la racional (hoy decimos la *impulsiva* y la *electiva*). Del placer y el dolor surge la tendencia o la repulsión (de valor, pues, teleológico). Sin embargo, la recta conducta no es la que se deja llevar del impulso, es la que medita y elige: es la racional. El hombre es libre cuando obedece a la razón. Libertad es, pues, total determinación del ser.

d') *Aristóteles y la Psicología individual*.—Guiado por su sentido realista y práctico, Aristóteles se interesa al hablar de las pasiones por los diferentes caracteres. Aristóteles ataca, pues, el problema de la Psicología individual de un modo científico. Su discípulo Teofrasto nos dejó una bella obra literaria, que parte directamente de estas observaciones del maestro.

e') La Psicología de Aristóteles será el único gran sistema de Psicología hasta el Renacimiento. Recogidos por Luis Vives todos los elementos útiles de su doctrina, pasarán a la Psicología moderna. La Edad Media acepta su sistema en el siglo XIII, época de su florecimiento. Modifica su filosofía. Esto es lo que veremos ahora.

## INSTITUCION

### IN MEMORIAM

#### EL PEDAGOGO (1)

por D. Manuel García Morente  
y D. Fernando de los Ríos.

Más aun que pensador y jurista, fué Don Francisco Giner educador, foco ardiente de vida y doctrina, cuyos rayos penetraban hasta en lo más íntimo de quienes se movían en torno suyo. Nadie de los que le conocieron y trataron escapó a su poderoso influjo. Desde los primeros años de su vida viril fué centro y guía; él promovió y alentó vocaciones, él sostuvo ánimos desfallecientes, él infundió valor y energía, cuando la necesitaron, a sus amigos, los de la primera como los de la última hora. En aquel grupo famoso de los discípulos de Sanz del Río, entre aquellos hombres animados todos del más sincero entusiasmo por la ciencia y la virtud, Azcárate, Calderón, Costa, Messía, Tapia, Salmerón, Soler, Quiroga, Caso, Linàres, Cossío, Posada y tantos otros, fué D. Francisco siempre el fuego que encendía los corazones y el lazo que los conservaba unidos. Cada uno hizo su camino por la vida; pero todos tuvieron siempre en el pecho del hombre bueno que se daba a todos el punto de común entronque, y me atrevo a creer que cuando esos hombres tan distintos, y a veces tan opuestos, contemplaran hacia atrás su propia carrera, apareciera ésta como el radio de una circunferencia ideal, cuyo centro era la figura inolvidable de D. Francisco. Como Sócrates, fué su misión y vocación en este mundo la de dar a los demás lo mucho o poco que él tuviera, y más aun de lo que tuviera, y no sólo dió doctrina y ciencia, que no era lo que él más estimaba, sino que dió vida e ideal y nobleza y ánimo y digni-

(1) Este artículo es el comienzo del capítulo IV de la Memoria que acaba de obtener el premio Charro-Hidalgo sobre el tema «D. Francisco Giner, su vida y su obra», cuyos autores son los arriba citados.

dad y profundo sentido del propio valor de la persona.

No tenía espíritu alguno de proselitismo; no siendo dogmático, mal podía aspirar a hacer escuela. Nunca llamó a nadie; pero nunca tampoco rechazó a nadie. Y era lo extraño y profundo de su persona y de su espíritu, que quien se acercaba a él, siquiera casualmente, y tenía en el corazón algo más que un músculo, se sentía infaliblemente atraído y pronto, fecundado por la emanación de idealidad que brotaba de sus ojos, de su palabra, de su ademán. Sabía infundir el respeto, encender el amor, avivar el entusiasmo, moderar la pasión, y como nadie, acoger en su seno amical el efusivo abandono confidente en las horas malas de negrura y melancolía, para devolverlo en noble y viril reacción animosa.

Nunca podrá conocerlo bien quien no lo haya visto y oído en su clase universitaria o entre los niños de la Institución libre de Enseñanza, o en aquellas reuniones de amigos íntimos donde su presencia y su palabra exaltaba a unos y contenía a otros, enseñaba y educaba a todos.

Daba D. Francisco su clase universitaria por la tarde, en un aula grande y nueva, toda rodeada de unos armarios roperos, que le imprimían cierto carácter de biblioteca sin libros. Allí acudían a principio de curso la muchedumbre de escolares con el ánimo curioso de conocer a un nuevo profesor. Llegaba muy en punto de la hora D. Francisco, saludando afable y cortés a unos y otros. Entrábase en la clase, y acomodábase los estudiantes en unos bancos con mesa, sobre la que algunos habían puesto el *Cuestionario para el examen de Filosofía del Derecho*. D. Francisco aguardaba que se hiciera silencio, y de pie, delante de la primera mesa, desdeñando, o mejor dicho, haciendo caso omiso del estrado y del sillón de cátedra, removía unos con otros sus papeles de notas, apuntaba con lápiz alguna palabra, mientras en el auditorio, suspenso en profunda atención, crecía la curiosidad y no poca extrañeza.

Empezaba a hablar el maestro. Solían sus primeras lecciones, en cada curso, re-

ferirse a proyectos de trabajos y lecturas, con frecuentes apartados de índole general, citando libros y autores, dando noticias de traducciones castellanas o francesas de obras clásicas de la Filosofía. De vez en cuando apuntaba alguna digresión pedagógica; hablaba del interés verdadero por la ciencia como distinto totalmente y hasta opuesto al interés académico por el éxito en los exámenes. Aconsejaba con no fingida sinceridad que a la clase no viniesen sino los que tuviesen ese interés verdadero por la cosa. Y así, entre que lograba con sus palabras convencer a los unos y acabando otros por persuadirse, al verlo, de que lo que allí se hacía y decía no concordaba con el *Cuestionario para el examen*, resultaba al cabo la clase reducida a un escaso número de verdaderos estudiosos, 8 ó 10, entre los que siempre había algunos discípulos de años anteriores.

Solíamos entonces trasladarnos a una habitación contigua, pequeña, íntima, en la que había una mesa vestida, sillas de madera de pino, y en la pared, un mapa del orbe antiguo. En el fondo, una puertecilla daba entrada a un angosto y oscuro recinto, en donde solíamos colgar, en un exiguo perchero, los abrigos y sombreros, y entre ellos, fraternal e igualmente, el de D. Francisco. Entonces empezaba de verdad la clase, la hora y media, a veces dos horas, más gratas, más profundamente vividas que pueda nadie imaginarse. Habíamos repartido la tarea en uno o dos trabajos que llevaban uno o dos de nosotros. Un tercero hacía por escrito el diario de la clase, que se leía y corregía al empezar. D. Francisco hablaba mucho, pero siempre como interlocutor; jamás como *catedrático*. Sus principales empeños eran: primero, despertar el anhelo y curiosidad intelectuales; segundo, formar de cada uno de nosotros la capacidad personal de reflexión, y por último, infundirnos el sentido de lo científico, que, a su parecer, era inseparable de una incesante autocrítica, jamás plenamente satisfecha. ¡Qué discretamente sabía deshacer la petulancia de una afirmación poco meditada, o presentar

patente la ignorancia oculta en el ropaje de la juvenil pedantería! ¡Cómo conducía un diálogo, con qué suprema habilidad, para conseguir que el análisis de un concepto resultara al cabo de la incesante tensión metódica del pensamiento reflexivo! ¡Con qué riqueza y variedad de aspectos sabía plantear una cuestión para relacionarla con los temas universales del saber, y aun con los más lejanos del arte y de la vida misma!

No consideraba D. Francisco la ciencia como un conjunto de verdades hechas que pueden enseñarse y aprenderse, sino como una función del espíritu activo. Su labor en la clase no era, pues, enseñanza, sino educación científica. Gustaba repetir a menudo el dicho de Kant: «Yo no enseño Filosofía, sino a filosofar». Mas no siendo la actividad científica o intelectual para él distinta de las demás del espíritu, tendrá siempre como último fin, aunque en perspectiva más o menos remota, según el grado de intimidad a que llegara con cada uno de nosotros, a la educación del espíritu todo. Así, pues, paulatinamente, conforme el encanto y la sugestión de su persona, iban atrayendo al joven discípulo, y la relación se estrechaba en vínculo más cariñoso y afectivo, ensanchábase también el círculo de su influencia hasta comprender aquellos más profundos senos en donde se originan los motivos esenciales de la acción, y en ellos introducía siempre Don Francisco un aura nueva de salud moral y de dignidad, que mantenía o fomentaba la pureza de la conducta y la perfecta rectitud de fines y propósitos.

No enseñaba, pues, la ciencia, sino a pensar, y no pareciéndole aún bastante el saber pensar bien, hacía más: enseñaba a vivir. Pero ni enseñaba este o aquel pensamiento ni esta o aquella vida; que su primera y fundamental máxima fué siempre el respeto al ajeno pensar como al vivir ajeno, con tal de que, en efecto, fuesen pensamiento y vida. Y en su educativa labor sabía poner una discreción y un tacto tales, que nunca pecaba por exceso ni por defecto, y tratando en su clase universitaria a veces con ingenios tan incultos y

virgenes que parecían de niño, nunca se le vió un gesto ni se le oyó una palabra que no estuviera en el plano de la conversación corriente en una edad ya reservada y madura.

Si en el trato con jóvenes y hombres poseía ese tacto, ese delicado sentimiento de adaptación, en el trato con los niños, era admirable el arte con que sabía componerse en seguida con las frágiles y vacilantes emociones de la tierna edad. Nunca fingía la puerilidad; nunca jugaba a niño; nunca hacía ese ademán de condescendencia, como quien se rebaja a tratar con párvulos. Entre niños, él era, naturalmente, uno de ellos, y ellos, naturalmente, parecían sentirse con él como con uno de sus compañeros. Espontáneas brotaban entonces del espíritu de D. Francisco las más delicadas flores, las más frescas y jugosas, como si al verse rodeado de espíritus vírgenes, el suyo recobrara su pristina pureza, una pureza empero henchida del rico caudal de un noble abolengo. Los que pudimos adentrarnos en su intimidad, ¡qué sensación tan profunda entre de admiración y ternura hemos sentido al verle y oírle en alguna de sus clases con los niños de la Institución Libre de Enseñanza! Los chicos hablaban, interrumpían, se interrogaban unos a otros y al maestro. Jamás aquello fué desorden ni algarabía, sino el movimiento natural de un interés que Don Francisco ingenuamente despertaba a cada cosa que decía. En apariencia, allí se charlaba; en realidad, se pensaba, y a los pocos minutos de oír aquella clase, veíase cómo las cuestiones iban de suyo suscitándose unas a otras en la discusión ordenada de los infantiles ingenios. D. Francisco, de vez en cuando, con una observación, con una objeción situada en el plano mismo en que se movía el discurso, reponía las cosas en su punto o alzaba como por encanto un tramo más el nivel de la conversación. Hemos oído a chicos de 12 años discutir sobre Metafísica con ingenua, sí, pero certera agudeza. Hemos visto a Don Francisco enseñar historia de las religiones en unas clases en donde el que menos hablaba era el maestro mismo.

En la vida general de la escuela, en los juegos, comidas, excursiones, era D. Francisco siempre el elemento animador, el más dispuesto, el más entusiasta, el más juvenil de todos. Tenía una exuberancia meridional, contenida siempre en los límites de lo digno, que encendía y apasionaba los grupos. Jugaba como el primero y más arriesgado muchacho, y hubiera sido inferirle el más cruel agravio, hacer con él excepción o tributarle un trato distinto del que recibía otro chicuelo cualquiera. Por las empinadas laderas del Guadarrama, andaba y corría, gozando ingenuo del movimiento y de la vida. En plena naturaleza agreste sentíase siempre como remozado, renovado en el espíritu, y con un gesto, una señal, a lo sumo una palabra, deteníanos a todos ante una sublime perspectiva que con religioso silencio contemplábamos, contagiados de su hondo e inefable sentir.

Algún domingo, por la mañana muy temprano, venciendo el frío, con el andar apresurado y el espíritu alegre y dispuesto, íbamos con él grandes y chicos a alguna vetusta ciudad castellana de aquí cerca, Avila, Toledo. Apiñados en el vagón de tercera, ya el camino era un anticipo del goce por venir. D. Francisco conversaba con una ligereza y una gracia insuperables, y entre la charla, siempre fina y delicada, y los vistazos por la ventanilla al noble paisaje castellano, que tanto amaba, pasaban sin sentir los kilómetros y nos entrábamos al fin por el admirable puente en la vieja imperial ciudad.

Ya allí no había rincón que su curiosidad no escudriñara, ni calleja que su emoción no revistiera de ricos adjetivos—en los que era maestro—. Nada se dejaba por ver y admirar cuando una vez habíamos penetrado en un recinto. Y con dos palabras, no más, sabía discretamente sugerir y precisar la emoción fútil de arte, y fijarla en momento intenso de perdurable recordación. Y embebecidos ante las fastuosidades que él nos descubría, andábamos a su vera con el espíritu jadeante, lleno de visiones y de emociones varias. Luego, en la hora oscura del reposo, al entrarse la noche por las ventanas del tren, hacíamos

insensiblemente volver sobre lo visto y sentido en un recuerdo tamizador que depuraba y afinaba la riqueza espiritual atesorada. ¡Días inolvidables de máximo deleite humano en la comunión de un sentir profundo, cuyo secreto él se llevó a la tierra!

## GINER DE LOS RÍOS

por Manuel Machado.

Hoy, 18 de Marzo, hace tres años. Como ahora, la Primavera estremecía ya con auras precursoras la fresca noche de Febrero. Todo era sombra en el jardín; penumbra en los amplios vestíbulos y en las estancias de la planta baja. Un silencio religioso, turbado apenas por el sotovoce de una pregunta angustiosa, ese terrible silencio que ha de romper un sollozo desgarrador que alguien no oye ya, pesaba sobre la vieja casa de la Institución Libre de Enseñanza, tan alegre siempre del vocerío infantil. El maestro se moría.

Moría el maestro en pleno apogeo espiritual, en plena vida mental, a despecho de los esfuerzos titánicos de la ciencia, en manos de los más ilustres médicos de Madrid, a despecho del amor, de la veneración de sus discípulos, que hubieran dado gustosos la vida por la suya, a despecho de los fervientes votos de toda la intelectualidad española congregada allí aquella noche, llenando silenciosa el jardín, con los ojos fijos en la ventana luminosa de la alcoba, de la celda del santo Giner de los Ríos. Toda España se conmovió en aquella hora. Los telegramas y las cartas llegaban a montones, sin interrupción. El Presidente del Consejo, el Ministro de Instrucción pública enviaban frecuentes recados y se personaban ellos mismos repetidas veces. La patria entera se daba cuenta de lo que iba a perder. Muchos de los que allí estábamos habíamos correteado de niños por aquel jardín y escuchado la cálida voz del maestro en aquellas clases ahora llenas de sombra y de tristeza. Todos, quién más, quién menos, sentíamos

Luis de Zulueta



Luis de Zulueta,  
«Don Francisco: Lo que se lleva»,  
*La Lectura*, marzo de 1915,  
recogido en el *BILE*, núm. 659-660,  
febrero-marzo de 1915, págs. 45-48.

Luis de Zulueta, 1932.

agrias y rudas, que la ciencia amable, el entendimiento bondadoso, esa sencillez que cuando enseña parece que aprende y cuando se alza parece que se inclina, nos parece como don precioso del cielo cuando se nos muestra en humana persona. Humano, sí; humano, en la más dulce expresión de la palabra, con el saber de hombres y cosas, no atesorado, sino esparcido con pródiga liberalidad por el sabio bueno.

En la muerte de estos hombres no dice bien el llorar clamoroso aquello de: «Le hemos perdido para siempre.» Duelos son estos más propios de los que, al morir, se llevan la firma de las prebendas, hombres efímeros de una situación, de un cargo. Los que, como Giner de los Ríos, tuvieron cargo de almas, nos dejan al morir una tristeza de dulzura, un dolor suave y el consuelo de que la muerte es niveladora, sí; pero no de unos hombres con otros, sino de la muerte con la vida. Y sólo mueren los que no han vivido.

JACINTO BENAVENTE.

(*El Imparcial*, 22 Febrero 1915.)

## DON FRANCISCO

IN MEMORIAM

### Lo que se lleva.

Entre el deseo de honrar su memoria y el temor de profanarla, tendríamos tal vez que guardar silencio, recogiéndonos en la intimidad pura de nuestro dolor.

Pero no pretendemos honrar la memoria del hombre incomparable, único entre cuantos hemos conocido, sino tan sólo contribuir a perpetuarla recordando algunos rasgos de su alma y de su vida.

Y aun esto es muy difícil.

Lo mejor de D. Francisco era su personalidad total. Cada uno de sus nobles caracteres adquiría valor, proporción y pleno sentido en armonía con todos los restantes.

Así, según el diverso punto de vista de sus discípulos, a unos les parecía un Sócrates, a otros un San Francisco de Asís.

La austeridad en él se templaba con la gracia; sus pensamientos más abstractos parecían una obra de arte; engrandecía lo más pequeño y completaba lo más grande y heroico de su apostolado con ciertos perfiles de intimidad delicada o de finura andaluza; fué universal y rondeño, firme y ondulante, maestro y camarada, ejemplo de santidad y amigo de pecadores, sabio, justo, bueno y, por encima de todo, humano, humano.

La vida no es trágica—le oí decir una vez—, pero mucho menos es frívola: la vida es seria. Tomémosla como un deber altísimo—añadía—; sigamos el camino recto, cueste lo que cueste; pero sin olvidarnos de coger ninguna de las flores que encontremos al paso.

Se piensa comúnmente de él que consagró toda su vida a la educación. Y es verdad. Más verdad de lo que comúnmente se piensa.

Nada humano le era ajeno. Pero cualquier cosa que hiciera o de que tratara, miraba como un medio de perfeccionamiento, como un medio de educación. Vivir, para él, era educar y educarse.

Educando, se educaba. Naturaleza esencialmente social, elaboraba y definía sus ideas en la conversación con sus amigos y discípulos. En esto difería bastante de Sanz del Río, su maestro. Porque D. Julián—lo recordaba el propio Giner—se sentaba en una silla con los brazos cruzados y baja la cabeza, y así, solo, durante horas, pensaba.

Don Francisco educaba más fuera de clase que en la clase misma. La clase era una conversación preparada concienzudamente. Y cada conversación era una clase improvisada.

No dejó de dar, en lo posible, ninguna de sus clases. Si alguna vez, por necesidad, faltaba, ó si se interrumpía indebidamente el curso en la Universidad, juntaba a sus alumnos otro día o en otro sitio hasta completar el trabajo no realizado. Es por egoísmo—decía—: no sé si ustedes habrán aprendido algo a fin de curso, ¡pero yo saco tanto! Y recordaba la frase de Lloréns, su profesor en Barcelona: «¡Y hay

quien se queja de que por su cátedra el Estado le paga poco, cuando yo habría dado toda mi fortuna por desempeñarla!»

Y al mismo tiempo que educando se educaba, puede afirmarse que educándose a sí mismo constantemente educaba a los demás. Nada tan ejemplar para todos nosotros como la vida de ese hombre que procuró en cada una de sus horas aprender alguna cosa, superar una disonancia interior, renovarse, crecer en espíritu, poseerse, perfeccionarse incesantemente con silencioso esfuerzo y con cuidado exquisito y hasta con cierta santa coquetería, en el recato de su alma hermosa.

Así fué D. Francisco mejorándose, afinándose y siendo cada año un poco más joven. Sus escritos del último tiempo tienen mayor vigor, mayor soltura y lozanía que los que publicó allá por el año 70. Su estilo resultaba entonces algo solemne y académico.

Y de análoga manera evolucionó en la cátedra, pasando del pensamiento sistemático y del discurso elocuente a esa labor en común, flexible, compleja, difícil, en que las palabras del profesor más tienden a suscitar problemas que a resolverlos.

¡Si es que no hay fórmulas hechas!— decía en una ocasión—: el maestro debe ensayar para cada idea diversas palabras y expresiones, hasta que una de ellas, quién sabe cuál, evoque acaso en la mente del alumno un pensamiento más o menos análogo al que aquél tiene.

En las reuniones de los profesores de la Institución, el criterio de D. Francisco resultaba con frecuencia, frente a los problemas pedagógicos, el más atrevido y radical. Cada día más radical y con la camisa más limpia—era su frase. Y había que oír a aquel viejecito de cuerpo inconsistente y ágil como el de un pájaro, cuando, de pie, junto a la chimenea, exclamaba: Claro, ustedes piensan de otro modo: aquí no hay más joven que yo.

Una tarde, al salir de la clase de Cossío, se hablaba de un sabio profesor extranjero que entonces, a los ochenta años, había empezado a estudiar un idioma antiguo de los más raros y difíciles.

—¡Qué admirable ejemplo!— opinaba D. Francisco.—Es delicioso... Ese hombre comprende el verdadero sentido de la vida.

#### EL SACRAMENTO DE LA PALABRA

—No sé, D. Francisco, si me atreveré a decir a usted lo que quisiera ..

—¡Por Dios! ¡Si conmigo se atreven todos! Yo divido el mundo en dos grupos: mis amigos y mis íntimos. Los primeros son todos los hombres; los segundos, ustedes, dos docenas. A los primeros se lo perdono todo; a los segundos, todo se lo consiento. De suerte que ya usted ve .. Diga lo que quiera.

Y al fin, la confianza vencía al respeto, y D. Francisco, el hombre de consejo, ejercía como nadie su laical cura de almas.

Atraídas por sus luces, y quizá más aún por su gran corazón, desfilaban por la estancia de D. Francisco personas las más distintas y de las ideas más opuestas. En todas influía con un tacto inimitable, unas veces enseñando y dirigiendo, otras provocando nobles inquietudes, pero siempre levantando el espíritu.

Don Francisco hablaba mucho, con una extraordinaria movilidad mental y con variedad inagotable en el tono y en el sentimiento. Tan pronto se abandonaba a una afectuosa confianza como discutía científicamente el tema más impersonal y objetivo. En ocasiones, por ejemplo, pensando en la situación de España, se humedecían sus grandes ojos grises, y parecía rendirse a la amargura y al abatimiento. Pero reaccionaba de pronto y sacudía y alentaba a los demás, con vehemencia de patriota, «tan desesperado del presente como seguro del porvenir».

Otros grandes hombres han hecho de la conversación un arte. D. Francisco hizo de ella un sacerdocio. Como él medio en broma decía, administraba pródigamente el santo sacramento de la palabra.

—¿Puedo hablarle un momento?— le preguntaba uno de sus infinitos visitantes—. Como tiene usted tanto trabajo...

—Sí, muchísimo: éste.

Y en efecto, éste era su mayor y su mejor trabajo. Solía estudiar a primera

hora de la mañana, y después de bañarse y de arreglar él mismo su cuarto, tomaba el desayuno y ya se sentía dispuesto a ejercer su función social. Porque—decía— voy viendo que mi función social es hablar.

Esa influencia de D. Francisco, difusa, inapreciable, sutilísima, toda espíritu, no es aún bien conocida, y nunca lo será del todo. Nunca podremos contar, uno por uno, los mil hilos que fué amorosamente tejiendo en cincuenta años de incesante apostolado. Influyó, siempre de una manera interna, pura é ideal, en muchos movimientos y en muchas instituciones que nadie creería relacionados con él. Le debemos lo mejor de lo mejor que ha surgido luego colectivamente en ciencia y arte, en educación y política. Nadie como él habrá impulsado la reforma moral de España. ¡No sabemos lo que hemos perdido!

#### NATURALEZA E HISTORIA

«Dios está en la Naturaleza. Dios está en la Historia...»

Amó a la Naturaleza D. Francisco y enseñó a amarla. No es posible explicar a los que no lo han visto lo que era D. Francisco en el campo. Sabía sacar de las cosas naturales todo su divino ideal; poetizaba el paisaje, pero fundiéndose en él y sin tomarlo nunca arbitrariamente como fondo para los propios pensamientos.

No le agradaba discutir en pleno campo. No solía en él estudiar ni apenas leer. La Naturaleza lo absorbía. Gustaba de ir y venir libremente, corría a veces como un niño, se tendía al sol, andaba a los setenta años jornadas de treinta o cuarenta kilómetros y se bañaba en invierno en el agua helada de los ríos. Ningún pagano amó tanto a la Naturaleza. Para D. Francisco, además, en ella estaba Dios.

También en la Historia. D. Francisco fué siempre historicista. Hijo de la Revolución, no creyó jamás en la eficacia de esas bruscas convulsiones sociales. Sostenía que todo pueblo revolucionario era, en el fondo, como el nuestro, un pueblo rutinario.

Sentía el valor y la belleza del desarro-

llo lento, perenne realización histórica de los principios ideales, cada día más perfecta, siempre imperfecta. No quería romper impiamente la continuidad con el pasado. No hubiera encontrado asiento en el Congreso, porque, en cuanto a los principios, los partidos más radicales le parecían atrasados—¡no piden nada!—, y en cuanto a los procedimientos, encontraba exceso, violencia, falta de profundo sentido histórico en los partidos más conservadores.

¡Cuánto debió sufrir al tener que abandonar la Iglesia, desgarrándose de la comunidad de su pueblo y de su tradición! Hizo todo lo que pudo para evitarlo. El joven pensador krausista oía misa los domingos, y conservaba, como su amigo D. Fernando de Castro, la esperanza en una renovación de la Iglesia española.

Esa esperanza, como tantas otras en el mundo religioso, se desvaneció después del Concilio Vaticano. Juzgó D. Francisco que no le era lícito, sin hipocresía, continuar llamándose católico. Fuera ya de la Iglesia oficial, su religiosidad se hizo todavía más intensa y más pura.

Hablaba siempre con respeto de la Iglesia católica. Dondequiera que él estuviese, estaba delante de Dios. Pero a veces entraba en algún templo solitario, en alguna olvidada capilla de monjas, quizá buscando una emoción meramente estética, quizás atraído por el aroma eterno de los viejos odres, ya vacíos, en los cuales no es posible—¿por qué, Dios mío, por qué?— encerrar el vino nuevo.

#### LA MUERTE

Fué como su vida.

A D. Francisco le disgustaba profundamente la conducta de nuestra sociedad con los muertos. Los echa a un cementerio abandonado, como si quisiera librarse de ellos y de su memoria.

En otro tiempo, los que descansaban para siempre en el atrio de la iglesia de su pueblo, no perdían de golpe la compañía de los suyos. Corrían los años, y aún los deudos y los amigos se sentaban a su lado sobre el banco de piedra, al salir de misa.

Lentamente el recuerdo iría palideciendo, difuminándose, pero sin que, de intento, los hombres precipitasen con brusquedad profana esa obra tranquila del tiempo.

Está D. Francisco enterrado en el cementerio civil, entre las dos tumbas de sus maestros D. Julián Sanz del Río y D. Fernando de Castro. Fué conducido sin carroza ni acompañamiento alguno, según tenía dispuesto.

Al sepelio asistieron sólo los íntimos, los verdaderos íntimos. Pero los íntimos de tan gran corazón se cuentan por centenares. Un arquitecto, antiguo alumno suyo, y un albañil, antiguo alumno también, que acertaron a encontrarse presentes, cerraron la bóveda de la tumba. Allí, o donde quiera que mañana reposen sus santas cenizas, el amor de su dilatada familia espiritual no lo dejará solo.

Y España adquirirá conciencia cada día más clara de que ese hombre se llevó al sepulcro todo un pedazo de nuestra alma nacional.

LUIS DE ZULUETA

### LO QUE NOS DEJA

Lleva quien deja, y vive el que ha vivido.  
¡Yunques, sonad; enmudeced, campanas!

(ANTONIO MACHADO.—A D. Francisco Giner de los Ríos.)

De lo que se lleva para siempre Don Francisco ya dijimos algo no hace muchos días en otra publicación. Pensemos ahora, un poco más serenos, en lo que D. Francisco nos deja.

Nunca lloraremos bastante lo que hemos perdido. Pero es preciso que sepamos volver los ojos, todavía húmedos, a lo que de Giner nos queda cada día más vivo; no sólo a su obra, sino a su inagotable legado espiritual, henchido de principios renovadores, de realidades nacientes y de idealidades que apenas comienzan a florecer.

Bien está que hayamos evocado la interesante figura del Giner de los Ríos histórico. Años románticos de estudiante en Granada, Ríos Rosas, el krausismo y la

Revolución del 68, D. Julián, D. Nicolás, D. José Fernando, D. Gumersindo, la Restauración, Orovio, la *Institución Libre de Enseñanza*, todo un pedazo de la Historia de España.

A Giner, sin embargo, muy rara vez se le oía recordar esos episodios con la minuciosa complacencia de los viejos. No; esto era el pasado. Y él, cada año un poco más joven, vivía de cara al porvenir.

¡Con qué gusto hablaba, en cambio, de las posibilidades de una nueva vida nacional! Era un hombre de su siglo. Y aún hubiera podido decir con el Marqués de Posa en el *Don Carlos*, de Schiller: «El mundo no está maduro para mi ideal. Yo vivo como un ciudadano de los tiempos venideros.»

No le enterremos, pues, como los muertos entierran a sus muertos, porque esto no sería digno de él. Sabemos lo que con D. Francisco desaparece, lo que él se ha llevado irremisiblemente a la tumba.

Hemos perdido su incomparable personalidad individual; irá palideciendo el recuerdo de su estilo peculiar en la conversación íntima; se apagó la llama de su corazón; cesará la eficacia verdaderamente enorme—enorme por lo mismo que era tan fina, tan delicada—de aquella acción difusa, ejercida en un consejo, en una carta, en un pormenor cualquiera de las relaciones sociales...

¡Cómo consolarnos de tanto dolor! Se extinguió una vida que era toda ella una obra de arte. ¿A quién acudiremos mañana tantos de nosotros en los momentos difíciles, en las crisis interiores? D. Francisco, D. Francisco... Su presencia, su diálogo, su psicología, la inquietante movilidad de su alma, lucecita siempre temblorosa, siempre ardiente, todo eso nos lo arrebató la tierra de aquel Camposanto... Campo santo, sí, santo.

*Non omnis moriar.* ¡Quién lo duda! Pero no podemos dejar de llorar sobre esa tierra. El mismo Jesús no resucitó a Lázaro sin antes consagrar el dolor humano, llorando amargamente junto al sepulcro de aquel amigo.

Queremos hablar sólo de lo que de Don

## Juan Ramón Jiménez



Juan Ramón Jiménez, «Elegía pura»,  
España, 26 de febrero de 1915,  
recogido en el *BILE*, núm. 659-660,  
febrero-marzo de 1915, págs. 41-42.

Juan Ramón Jiménez, «Elegía  
a la muerte de un hombre  
(1915-1924)», *BILE*, núm. 772, julio  
de 1924, pág. 224.

Juan Ramón Jiménez fotografiado por Juan Guerrero Ruiz, años veinte.  
Archivo de León Sánchez Cuesta. Residencia de Estudiantes, Madrid.

### Á D. FRANCISCO

Como se fué el maestro,  
la luz de esta mañana  
me dijo: Van tres días  
que mi hermano Francisco no trabaja.  
¿Murió?... Sólo sabemos  
que se nos fué por una senda clara,  
diciéndonos: Hacedme  
un duelo de labores y esperanzas.  
Sed buenos y no más, sed lo que he sido  
entre vosotros: alma.  
Vivid; la vida sigue,  
los muertos mueren y las sombras pasan;  
lleva quien deja y vive el que ha vivido.  
¡Yunques, sonad; enmudeced, campanas!

Y hacia otra luz más pura  
partió el hermano de la luz del alba,  
del sol de los talleres,  
el viejo alegre de la vida santa.

... Oh, sí, llevad, amigos,  
su cuerpo a la montaña,  
a los azules montes  
del ancho Guadarrama.  
Allí hay barrancos hondos  
de pinos verdes donde el viento canta.  
Su corazón repose  
bajo una encina casta,  
en tierra de tomillos, donde juegan  
mariposas doradas...  
Allí el maestro un día  
soñaba un nuevo florecer de España.

ANTONIO MACHADO.

(España, 26 Febrero 1915.)

### ELEGÍA PURA

«EL POBRE SEÑOR HA MUERTO»...

Mis ojos se encuentran, al abrirlos la  
mañana de Febrero, con la ventana sin  
paisaje, todo yerto el cristal de cruda bruma  
triste. El pensamiento de la madrugada,  
interrumpido por el paréntesis vano  
del breve sueño, halla de nuevo, en el  
opaco amanecer, su hilo:... «El pobre señor  
ha muerto»... «El pobre señor ha  
muerto»—dijo anoche un niño.

¡El pobre señor! ¡Qué bien aquí las palabras!  
Pobreza señora, con esa señorita  
cierta que, dándolo todo, de todo se enseña  
ñorea, por la rica humildad de su tesoro  
conocido; que hace señor lo que toca: la  
estancia austera en que piensa, el paisaje  
que le da fondo, la cátedra que purifica,  
el jardín que endulza, la amistad que ennoblece;  
todo esto que ahora va a ser de nuevo lo que es...

Don Francisco... Parecía que hubiese  
ido encarnando cuanto hay de tierno y de  
agudo en la vida: la flor, la llama, el pájaro,  
la cima, el niño... Ahora, tendido en su  
lecho, cual un río helado que corriera por  
dentro, es el camino claro para el recorrido  
sin fin... Fué como la estatua viva de  
sí mismo, estatua de tierra, de viento, de  
agua, de fuego. De tal modo se había librado  
de la escoria cotidiana, que, al hablar con él,  
se creyera que habláramos con su imagen,  
que tornara a nosotros fiel y perdurable. Sí.  
Se diría que no iba ya a morir: que ya  
hubiese pasado, sin saberlo nadie, por la  
muerte, y que estaba para siempre, como un  
alma, con nosotros.

PAZ

En la puertecita de la alcoba se siente  
ya el bienestar. Una senda de olor a romero  
y violetas, que, con el aire del balcón  
abierto, va y viene, conduce, como de una  
blanda mano, hasta el que descansa... Paz.  
La muerte sólo le ha trocado el color,  
con una violada veladura de ceniza.

¡Qué suave huele y qué buena cara tiene  
aquí la muerte! No esas agudas esencias  
odiosas, ni el exorno de negrura y de  
oropel. Albo es todo esto y pulcro, como  
una casita del campo andaluz, como el  
encalado portal de un paraíso del mediodía.  
Y todo igual que estaba. Sólo que el que  
estaba se ha ido. ¿Se ha ido? «Es maravilloso,  
Dios mío—dice Fraulein Tesman, en Hedda  
Gabler—: ahora Rina está, al mismo tiempo,  
conmigo y en el cielo»... Me acuerdo de  
esas jaulas que nos parecen vacías porque  
el pájaro calla en la tabla. Pero ¡ay! este  
dulce pájaro no subirá más al palillo sus  
vuelos ni sus cánticos.

¿Dolor?... No es dolor lo que transe el

alma al acercarse a este lecho pequeño y nítido que honra un leve cuerpo frío. Es una lenta pena bella, segura de sí misma y de su virtud mejoradora. ¿Verdad, Natalia? ¿Verdad, Jacinta?... Ejemplos de ternura, Natalia y Jacinta, entre las flores, miran sin descanso, con sus ojos abiertos en adusto éxtasis, el bendito rostro cerrado.

Se va el día, con un vientecillo afilado que se trae un envío de la primavera. En los cristales se copian confusamente unas nubes rosas. El mirlo, el mirlo que él oyera treinta años y que hubiese querido seguir oyendo muerto, ha venido a ver si lo oye. Paz. La alcoba y el jardín luchan mansamente con sus claridades: la albura de la alcoba vence y se derrama exaltándose, por toda la tarde. Un gorrión friolero sube a una mancha instantánea que el sol pinta en la cima de un árbol cercano, y pía casi dentro. En la penumbra de abajo silba otra vez el mirlo. De vez en cuando, parece que se oye la voz que ha callado para siempre...

¡Ay! ¡qué a gusto se está aquí! Es como cuando se sienta uno en una fuente, como cuando se lee bajo un árbol, como cuando se deja uno llevar de la onda por un poético río... Y se sienten ganas de no irse nunca: de abrir hasta lo infinito, como rosas blancas, estas horas blancas, puras, plenas; de quedarse prendido a este imán de candor, en el crepúsculo eternizado de esta última lección de austeridad y de hermosura.

«CEMENTERIO CIVIL»

«Cementerio civil» dice en la verja, para que se sepa; frente al otro letrero: «Cementerio católico», para que se sepa también.

Él no quería que lo enterrasen en este cementerio, tan contrario a la poesía risueña, jugosa y florida de su espíritu. Pero ha tenido que ser así. Ya oirá los mirlos del jardín familiar. «Después de todo—dice Cossío—, creo que no le disgustará estar un ratito con D. Julián»...

Manos solícitas han quitado humedad a la tierra con romero; sobre la caja han

echado rosas, narcisos, violetas. Viene, perdido, un aroma de ayer tarde, un poquito de la alcoba a la que le quitan tanto... Y, apretando con los corazones esta fragancia que se va, una masa cálida de cariño, de atención, de congoja, reduce, hasta dejarla del tamaño de un corazón inmenso, la fosa. Cada persona que llega aumenta con su presencia el silencio.

Silencio. Sol débil. Unos nubarrones con viento arrastran por nosotros grandes sombras heladas que atraviesan, volando bajo, las negras grajas. Al fondo, Guadarrama, excelsamente casto, se levanta en despejados montones cristalinos de cuajada luz blanca. Algún fino pajarillo trina un punto en el sembrado vecino que ya, verdea vagamente; luego viene a la corona de lata de una tumba, y se va...

Ni impaciencia, ni cuidados; lentitud y olvidos... Silencio... En el silencio, la voz de un niño que pasa por el campo, un sollozar que ha ido a esconderse entre los sepulcros, el viento, el viento largo de estos días...

He visto, a veces, apagar el fuego con tierra. Innumerables lengüecillas la talaraban por doquiera... Un discípulo albañil, alma fuerte, le ha hecho a este fuego apagado su palacio de barro, en el pedazo de tierra que guardaban dos amigos, entre ellos, para él. Tiene un evónimo, joven y sano, a la cabecera, y a los pies, ya brotada por la primavera que llega, una acacia.

GUIRNALDA

Otros—yo mismo, más tarde—contarán de su vida y de su obra tanta y tanta cosa buena, útil, bella y justa. Hoy sólo sea su pasar muerto por la estancia sería del alma, en la que tanto entrara vivo, colmándola entonces de gracia, de frescura y de alegría. En el sitio a que él venía queda para siempre su imagen, quieta como el cuerpo en la tumba. Le será al alma un día su sol, otro sus rosas, otro su fuego, otro su rocío, en una eterna postrimería de primavera purificada, cuyas hojas verde oro nunca se llevará el soplo del invierno.

J. RAMÓN JIMÉNEZ.

(España, 26 Febrero.)

iglesias confesionales u otros grupos más restringidos, y la enseñanza escolar o universitaria, que constituyen el objeto de la *Kultur politik* del Reich; 3.º Las colectividades esenciales: Magistraturas, Cuerpos de funcionarios, familias, Asociaciones, individuos o ciudadanos, que son el objeto de la política social del Reich.» (Obra citada, pág. 169.)

25. La Constitución de 1919 es quizá el ensayo más profundamente elaborado de una estructura de un Estado, según la exigencia de la concepción orgánica, política y social, y la rectificación histórica más radical de la concepción del Estado gregario o suma de individuos recogidos en una unidad política pura. Y esto, sobre todo, como consecuencia de la parte segunda.

26. Además de la Constitución, pueden citarse, entre otras, estas leyes interesantes: la de 8 de abril, dictada en ejecución del artículo 13, § 2.º, de la Constitución; la ley electoral y reglamento de 1.º de mayo; otra del 27, también en ejecución del artículo 170 de la Constitución; otra del 30, sobre formación del País (*Land*) de Turingia; ídem sobre la Unión de Coburgo a Baviera; la ley de 4 de mayo de 1920 sobre elección del Presidente del Reich; otra del 10 de julio, fijando la indemnización a los miembros del Reichstag; otra del 17 de agosto, sobre supresión de la jurisdicción militar, etc.

---

## INSTITUCION

---

### IN MEMORIAM

#### ELEGIA A LA MUERTE DE UN HOMBRE (1) (1915-1924)

por Juan Ramón Jiménez.

#### FRANCISCO GINER

Iba y venía, como un fuego con viento; y se erguía, silbante víbora de luz; y se derramaba y se prendía, chispeante enredadera de ascuas; y se abalanzaba, leonzuelo relampagueante; y se encauzaba, regue-

(1) Libro próximo a publicarse.

ro puro de oro; y aparecía, sin unión visible, aquí y allá, por todas partes, delgado, aéreo, inasequible, con la elasticidad libre de la diabólica llama. ¿Qué nombres eran entonces los que le pusieron, vivo y muerto, a este incendio agudo esos que tan bien lo desconocieron? ¿Qué fué aquello de «San Francisquito», de «Don Francisquito», de «Don Paco», de «Asís», de «Santito», de «Paco»? ¡No, no; nada de eso! De ponerle algo más que su nombre, y como él se lo ponía, Francisco Giner, o como se lo ponían los más suyos, Don Francisco, más bien algo de un infierno espiritualizado.

Bueno, sin duda, mejor que bondadoso; bonísimo; pero por gusto, por embriaguez verdadera, por arranque de enamorado, por dolor y por remordimiento totales. Sí, una alegre llama condenada a la tierra; llena de pensativo y alerta sentimiento; el espectro sobrecogido, ansioso y dispuesto de la pasión sublimada, seca la materia a fuerza de arder por todo y a cada hora, pero fresca el alma y abundante, fuente de sangre irrestañable en un campo de estío. Y sus lenguas innumerables lo lamían todo —rosa, llaga, estrella— en una caritativa renovación constante. En todo era todo en él: niño en el niño, mujer en la mujer, hombre como cada hombre; el joven, el enfermo, el listo, el peor, el sano, el viejo, el inocente; y árbol en el paisaje, pájaro y flor, y, más que nada, luz, graciosa luz, luz.

... La luz ardiente que surtía la espada de su quemado ser atravesó el cielo total de norte a sur, de este a oeste, en perenne encandilamiento, añadiendo fulgor al celeste dorado del día; llegó al fin de cada sin fin de sus caminos en cruz, y penetró por todos los secretos de su instante. Taló, besó, achicharró, murió, lloró, rió, resucitó con cada persona y con cada cosa. Una noche, como en la leyenda oriental, la luz, que se había ido, esta vez —¿a qué?— muy lejos, no tuvo tiempo de volver a su espada en el punto exacto; y espada y luz se quedaron solas, aquélla tendida —¡qué pavesita azul!— en su vaina de tierra; la luz —triste y como perdida con su dueña libertad— errando ancha, sin bordes, en su medido trigal infinito.

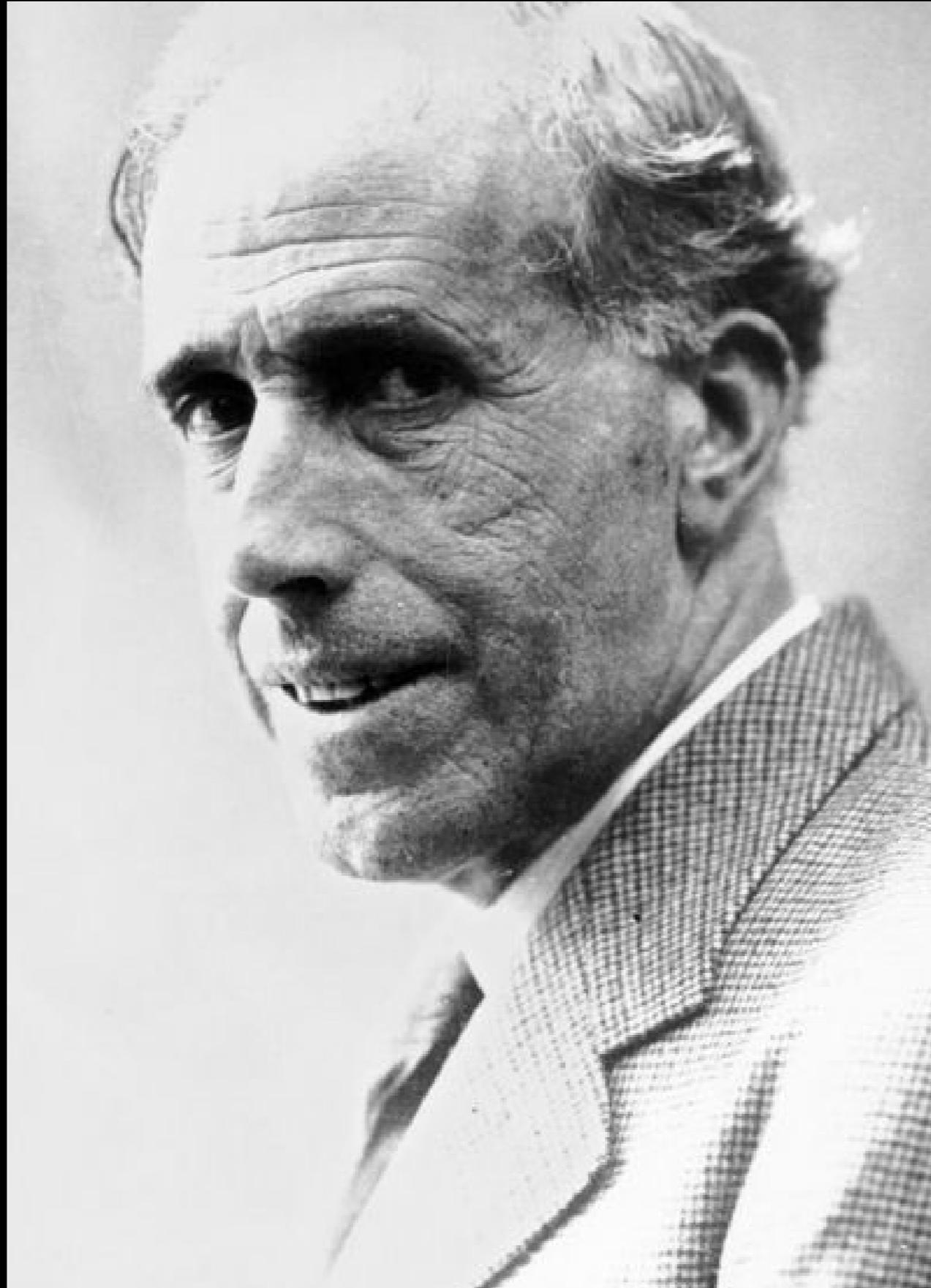
---

#### LIBRO RECIBIDO

Instituto de Reformas Sociales.— *Estadística de las huelgas. Memoria de 1922.*— Madrid, Minuesa, 1923.— Donativo del Instituto.

Imp. de Julio Cosano, suc. de Ricardo F. de Rojas, Torija, 5.—Teléfono 316 M.

Julián  
Besteiro



Julián Besteiro Fernández, «Don Francisco y el socialismo», *Acción socialista*, 27 de febrero de 1915, recogido en el *BILE*, núm. 659-660, febrero-marzo de 1915, págs. 87-88.

plácidamente en su lecho para no levantarse más. ¿Sería sólo entonces cuando comprendió la inmensidad de lo que perdía?

No he presenciado nunca homenaje más conmovedor, más verdadero. Los poetas cantaron aladamente; los prosistas pidieron a la sinceridad dignificación para sus palabras; algún alto representante de la Iglesia encomendó en sus misas; los niños y niñas de su escuela lloraron... Hasta hubo alguno que espontáneamente confió sus penas a la pluma en acentos cristalinos: «¡Ya no saldrá nunca, nunca jamás, el buen viejo al que queríamos tanto, y el cual nos quería tal vez más que nosotros a él!»

.....  
España, si realmente has comprendido lo que él quiso decirte, sigue, aunque tarde, los soberanos avisos que te envió, firme y amorosamente, desde su rincón.

Para nosotros, los de la «Institución Libre de Enseñanza», ya no puede haber más consuelo que el de hacer tuyas las palabras que puso en sus labios muertos el poeta: «Hacedme un duelo de labores y esperanzas».

Hermanos, sí. Guardemos piadosamente en nuestras conciencias los santísimos mandamientos de su doctrina tan pura.

Labores y esperanzas... Esto nos encargó siempre, siempre...

Ya calló.

Ahora, suavemente... de rodillas y ¡manos á la obra!

CAIEL.

21 Marzo 1915.

#### D. FRANCISCO Y EL SOCIALISMO

Con esa fina ironía que hería para curar y que ungía al herir, dijo un día el maestro, hablando de un profesor cuyo pensamiento había cristalizado en el programa de las oposiciones: «Él y yo somos los únicos krausistas que quedamos».

«¡Él y yo!»

Había en el contraste de la expresión,

más que una censura acre; un golpe asestado contra la osamenta de un sistema reducido a fórmulas rígidas y conservado en el santuario como la momia de un héroe embalsamado según preceptos rituales. Pero había también algo más en aquellas sencillas palabras: había una ardiente profesión de fe y una proclamación orgullosa de la nobleza moral de sus antecesores espirituales.

«¡Él y yo!»

En medio de las ruinas de la escuela, como emblema de la idea inmortal, se erguía aún, recia y fina, la figura del gran maestro.

¿Quién se atreverá a precisar qué es lo que quedaba de krausismo en el pensamiento incoercible de ese hombre ejemplar que descansa en la tumba al lado de D. Julián Sanz del Río y de D. Fernando de Castro?

Tal vez no se atreva nadie, ni deba nadie atreverse; tal vez lo que de krausismo quedaba en el alma de nuestro llorado Don Francisco fuera algo inefable, como una vibración de elementos sutiles que sólo por sus remotos efectos se aprecia, como una aspiración mística hacia un ideal infinito de perfección que huye de concretarse, como la razón huye del dogma y huye la vida de la muerte.

En medio de la gran complejidad de sus matices, aumentada por las constantes aportaciones de una cultura siempre renovada, el alma de D. Francisco Giner tenía, tal vez, una característica fundamental: la inquietud. Una inquietud, sin duda, alimentada con las energías increíbles de un temperamento excepcional, pero que ahondaba sus raíces en un suelo cuidadosamente laborado por el trabajo de la más pura especulación filosófica.

Era la misma inquietud mental que condujo al maestro de Alemania a renunciar a una cátedra para consagrar todo su tiempo a la adquisición de conocimientos concretos; era el ansia de saber que el filósofo de Eisenberg (Montaña de hierro) había heredado de la Filosofía de la naturaleza de Schelling; la misma inquietud moral que engendró la concepción krausista de una gran federación humana ligada por

los vínculos espirituales del Derecho. Era, en fin, la gran inquietud de todas las inquietudes que al mismo Krause había legado la filosofía crítica y que es aún hoy, en esta humanidad combatida por tan antagónicas tendencias, el resorte interno de las más profundas luchas del espíritu.

¡Ay! ¡La noble inquietud del espíritu de D. Francisco Giner, hermana de las grandes renunciaciones de los Barnés y de los Castro; la inquietud fecunda que engendraba y daba al mundo hombres nuevos en alumbramientos silenciosos asistidos por el trabajo y el dolor!

¿Quién puede haberse acercado a la enseñanza de D. Francisco Giner sin haber sentido en su conciencia un eco de las grandes crisis que desde el siglo xvii han sufrido los espíritus más selectos?

Y ahí quedan, inquietos, los discípulos, sin haber recibido del maestro la fórmula salvadora, ni haber escuchado la palabra misteriosa que contenga la solución del gran enigma.

¿Qué harán? Faltos de aquel gran resorte moral, libres de las punzadas de aquel penetrante aguijón, girán perdiendo lentamente su inquietud, hasta caer en brazos de cualquier miserable curandero, mezcla de ignorancia y maldad? ¿Irán, en su desamparo, a buscar el remedio de sus males a cualquier archivo de fórmulas añejas? No lo creemos. No podemos ni queremos crearlo.

Seguirán cultivando su herencia sublime: la inquietud de los grandes filósofos, la noble inquietud del maestro admirable.

Don Francisco Giner no entregó la fórmula, porque ni podía, ni debía entregarla; porque ni la poseía, ni la posee nadie, ni la puede nadie poseer. En la escuela, no le importaba el caudal, ni la clase de conocimientos, sino las capacidades que el alumno adquiriese para aprender; en el aula, no le preocupaba el sistema, sino el método.

Seguirán, sin duda, los discípulos cultivando el tesoro de inquietudes que recibieron en la enseñanza. Pero ¿acaso basta eso? En las horas tumultuosas en que la voz del maestro ha dejado de vibrar, ¿no

ha acumulado la Historia nuevas causas de inquietudes nuevas, nuevos motivos de crisis renovadas y nuevos estímulos de generosas renunciaciones?

La filosofía de Krause significaba ya, en la especulación alemana, una marcada orientación hacia los problemas prácticos, jurídicos y morales. La actuación pedagógica de D. Francisco Giner es una concreción de resultados especulativos, una aplicación concreta de la teoría a las luchas de nuestro lugar y nuestro tiempo.

Vendrán (han llegado ya), con las nuevas circunstancias históricas, los momentos decisivos, en los cuales la especulación no puede menos de traducirse en acciones.

Pero ¿cómo conciliar el mantenimiento de la inquietud, la posición crítica ante toda solución dogmática, con las exigencias de la actuación política?

Sólo un modo de acción política y social puede resolver esta antinomia, que vive y labora en tantas conciencias juveniles. Ha de ser un modo de acción que consista en la práctica de un método libertador de las energías sociales, no en la construcción de un sistema social.

Y ese modo de acción, pese a tantas afirmaciones como se han hecho en contrario, no puede ofrecerlo más que un solo partido, en cuyo triunfo moral creía firmemente el maestro, tras la dura y sangrienta prueba que actualmente está desgarrando a Europa. Ese único partido digno de los herederos de las nobles inquietudes filosóficas es la Democracia Social.

JULIÁN BESTEIRO.

(*Acción Socialista*, 27 Febrero 1915.)

## EL MAESTRO DE MAESTROS

A los 75 años de una vida ejemplar, modelo, no de austeridad hosca y repulsiva, sino de humana y amable virtud, ha muerto en su hogar de la Institución Libre de Enseñanza, rodeado de los suyos, de cara al sol, como su ilustre homónimo el beato de

## Josep Pijoán



Josep Pijoán, hacia 1920.

Josep Pijoán Soteras, «Mi Don Francisco Giner», Repertorio Americano, San José de Costa Rica, 1927, recogido en el *BILE*, núm. 813, diciembre de 1927, págs. 25-29.

Josep Pijoán Soteras, «Mi Don Francisco Giner», Repertorio Americano, San José de Costa Rica, 1927, recogido en el *BILE*, núm. 813, diciembre de 1927, págs. 58-61.

humana y demostraron su posibilidad con el hecho de la propia conducta.

Mientras no se borre de la conciencia —por lo menos de la de los hombres de alta cultura— una disposición como la que caracteriza y explica, a mi juicio, el hecho de los actuales centenarios, podremos decir que sigue viviendo la civilización en lo más alto a que ha conseguido llegar. Si se borrara algún día, entonces es cuando podríamos decir que no sólo lo que hemos llamado la «civilización occidental», sino todo lo que poseen de verdaderamente humanas todas las civilizaciones, se ha extinguido, y el hombre habrá vuelto a la barbarie.

(*La Nación*, de Buenos Aires, 1927.)

---

## INSTITUCION

---

### IN MEMORIAM

#### MI DON FRANCISCO GINER <sup>(1)</sup> (1906-1910)

por J. Pijoán.

2.—*El Abuelo*.—Dudo haber sido yo el primero en llamarle con el dulce nombre de Abuelo. Creo que así le llamaban las hijas de Cossío, y así empecé a llamarle yo también. El decía que eran sus hijos los hombres de la generación anterior a la nuestra. Si ellos eran sus hijos, nosotros debíamos ser sus nietos. Y, a decir verdad, teníamos abuelo, pero no teníamos padre espiritual.

La primera generación del siglo se resiente de esta falta de férula de un padre que la llevara a creer y a obedecer. Don Francisco nos miraba como un abuelo, nos sacudía con caricias fuertes, impaciente por vernos desarrollar en estatura espiritual, como decía San Pablo, pero no podía suministrarnos aquella dosis cotidiana de entendimiento que nos hubiera dado un padre. Su prole era demasiado grande para regirla con disciplina.

Desgraciadamente, los hombres de la

generación inmediatamente anterior a la nuestra estaban demasiado ocupados o preocupados para poder pensar en nosotros. Unos, después del desastre de 1898, quedaron de tal manera sobrecogidos por el problema nacional, que no hicieron discípulos, o, si los hicieron, debieron ser muy malos. Otros, después del fracaso de las tentativas de regeneración, redoblaron su actividad personal, y por un elevado patriotismo, se recluyeron a intensificar su trabajo, con el objeto de probar al mundo que si España había decaído políticamente, tenía aún el alma sana y era capaz de producción científica.

El Abuelo era el único que cuidaba de nosotros. Se interesaba en nuestro progreso moral, vigilaba nuestras caídas. Hasta los que vivíamos lejos de Madrid íbamos allí a menudo, no sólo a recibir sus consejos, sino también en busca de cariño. En seguida de instalarnos en una pésima casa de huéspedes (no había entonces aún Residencia de Estudiantes!), corríamos a buscarlo, impacientes de verle y oírle, de abrazarle y de que nos abrazara. El ya no dejaba al forastero en toda la jornada. A veces se quejaba con socarronería: — ¡Qué absorbentes son ustedes los provincianos! ¡Se imaginan que nosotros, antes de llegar ustedes, no hacíamos más que esperarlos...!

Pero cuando el forastero pretendía dejarle (acaso porque estaba también cansado del traqueteo espiritual de aquella conversación), reaparecía el Abuelo, y casi sollozando, replicaba:

— ¡Oh, no, no, demasiado pronto que se nos irá usted...! Cuando pienso que no va a estar aquí más que tres o cuatro días, se me hiela el alma! Venga, venga usted, acompañeme usted, venga conmigo a mi clase... Claro que nada aprenderá usted allí — ¡un hombre como usted! — ; pero verá estos chicos y ellos se alegrarán de ver a usted.

Ya en la clase, no dejaba de presentar al forastero más o menos en esta forma: Ustedes me dispensarán, pero me ha caído este hombre de Galicia (o Cataluña, o de donde fuera), cuando yo salía de casa. ¡Qué regalo, eh! Ya desde entonces no ha

(1) Véase el número anterior del *Boletín*.

parado de hablar. ¡Y las cosas que he tenido que oír!... Aquí donde le ven ustedes ha traducido a B., ha escrito un libro sobre P., y es el que sabe más en el mundo de X. o Z. ... Y la prueba es que le han hecho ya secretario del Ateneo de su pueblo, cargo que desempeña honorablemente. Sólo que, hasta hace poco, no sabía lavarse, y tuve que enseñarle a limpiarse la tinta de los dedos con sal de acederas...

El forastero, que oía este extraño elogio sonriendo y viendo sonreír a los discípulos, como que conoce toda la bondad del Abuelo, sigue la broma haciendo una reverencia.

D. Francisco prosigue, dirigiéndose al forastero:

—No se extrañe usted si he mencionado esto de la limpieza. Aquí estamos estudiando ahora las ideas de Platón sobre el Derecho natural. Ya hace tres meses que comentamos sus escritos, y como no hay duda que si hemos estudiado con fervor sus ideas, Platón estará ya aquí entre nosotros, no podemos presentarnos en esta clase sin toda la limpieza moral y material posible. ¡Qué vergüenza si Platón entrara ahora y descubriese a uno de ustedes con los zapatos sucios o a alguien con el pésimo vicio de roerse las uñas! (y esto no lo dice el Abuelo, pero el recién llegado forastero se roe las uñas con furor). ¿No se acuerdan ustedes de cuando hacían sus ejercicios de doctrina cristiana en el colegio de jesuitas? — porque todos ustedes se les ve a la legua han sido educados en un convento de jesuitas—, ¿no se acuerdan que les decían que debían tener el alma siempre pura y limpia, dispuesta para acercarse a la presencia de Dios? ¿No se acuerdan de aquel tétrico *será hoy, será mañana...* anunciando la muerte como la única manera de ver a Dios? — Esto estaba bien para niños: ¡esta idea de ver a Dios, limpio, puro, y que para verle es preciso morirse! Pero ustedes ya son hombres, y saben, no sólo que pueden ir a Dios a todas horas, sino que Dios puede venir a verlos, y vendrá si solamente estuvieren ustedes limpios y dispuestos. Pero contentémonos con ser dignos de recibir a Platón

y no tener que avergonzarnos, si él se presentara. El fué, como nosotros, un simple mortal.

—Vamos, continúe usted, señor Quiroga, su discurso de ayer para aclarar la distinción entre el *noumenos* y la *cosa en sí*...

El estudiante interpelado empieza lo que el Abuelo ha llamado su *discurso*, balbuceando a pesar de unas cuantas notas que tiene delante. Pronto, sin embargo, una hábil intervención del maestro pone las cosas por buen camino, y al fin se establece una conversación general. Los estudiantes se interrogan unos a otros, comentando lo que se ha dicho; el Abuelo los observa discutir con alegría. A veces interrumpe, preparándoles con artificio un engaño dialéctico, haciéndoles caer en una contradicción aparente, para que discurren y con método traten de salir del peligro. Cuando se atascan, él los levanta con unas cuantas frases ideales que dan nuevos ánimos... La hora pasa: nadie se acuerda de que es tiempo... El Abuelo dice: «¡Qué lástima, pero hay que marcharse! ¡Qué van a decir si nos ven estar así más tiempo del debido en una clase de esta Universidad!...»

Y salen todos rodeándole. ¡Con qué cariño le llevan! ¡Qué orgullosos están de tenerlo! Es el único hombre que han encontrado en su vida que les haya dado el pan espiritual tan deseado. En el portal de la Universidad se cruzan con otros estudiantes, otros profesores. Pasa saludando, con su chistera reluciente, Santamaría de Paredes, que marcha a Palacio a dar su campanuda lección de Derecho público al joven rey. Los que rodean a D. Francisco, y que recuerdan las clases de Santamaría, sonríen al verlo pasar. Uno hace alusión al joven monarca, condenado a no escuchar otras lecciones que las del gran Santamaría de Paredes, el padre P. y el general G.

El Abuelo reprueba la chanza; no gusta de chismes, y menos de chismes de esta clase.

—Se equivocan—dice—al juzgar a Santamaría en esta forma. Es un hombre que sabe muchísimo. Por lo menos, no es peor que los otros; no es peor que yo, sólo que

tiene otro método de enseñar. No es a él, ni a mí, ni a los otros... somos todos, y es todo lo que tienen ustedes que barrer y echar a puntapiés. Esto sí, para hacerlo mejor que nosotros! ¡Qué poco les costará! Porque es por nuestra culpa, o por incapacidad o inacción, por lo que no hemos conseguido levantar al país. Estaba ya degradado, pero se ha envilecido aun más en nuestro tiempo. Todo cae en pingajos; la nación se deshace, y no es sólo moralmente, sino también en realidad. Miren al pringue, al mugre dominando Madrid. ¡Estas casas sucias, estas tapias pringosas! Estas gentes. ¡Dios mío, estas gentes rotas, mugrientas! El mugre es el déspota absoluto de España. Impera, triunfa en todos lados. ¡Todo huele mal! ¡Tendríamos que ponernos nosotros a barrer las calles! ¡Qué cosa más espiritual que barrer un pueblo, enseñarle el culto de la limpieza—que limpieza quiere decir integridad, pulcritud, santidad, exclusión de cosa extraña, absolutez, libertad de pasión!... Aunque ya sé que nuestro amigo aquí presente, D. Juan de Maqueda y del Corral, que, como saben ustedes, está escribiendo un libro sobre las costumbres españolas en la Edad Media, nos dirá que España siempre ha sido sucia, y que debió precisamente su gloria a esta misma suciedad que ahora deploramos.

El aludido D. Juan de Maqueda y del Corral es un estudiante joven, rubio, con una barbita fina, y muy pulcro y atildado. Al ver que los demás le miran, rearguye diciendo que él no sostiene que la suciedad sea una gloria española, pero que hay algo de verdad en que la indiferencia hacia el bienestar llevó a España a realizar grandes hechos en otras épocas. Hasta los mismos conquistadores buscaban el oro para procurarse lujo, gloria, a lo menos placeres..., pero no comodidades. Nuestros edificios monumentales son poco prácticos. En mi pueblo, dice, hay un palacio que construyó un marqués que vino del Perú con tres arcas de polvo de oro, y no hizo más que la fachada magnífica y un salón grande con techo dorado; lo demás quedó sin concluir y así está todavía...

Pero el Abuelo no se rinde. —Lo que usted dice es cierto, parece cierto...

—Y lo es, añade el Maqueda cada vez más atrevido...

—Pero usted olvida, prosigue diciendo D. Francisco, que lo que era el ideal en aquellos días no es el ideal de nuestros tiempos. ¿Por qué si España fué la más grande en tiempos de suciedad, no puede ser la más avanzada hoy en estos días de higiene, limpieza, economía, claridad?

—¿Y por qué deberíamos empeñarnos en ser los primeros en una cosa para lo que nuestra naturaleza acaso no esté bien conformada?—dice un joven pequeñito, triste, con acento visiblemente andaluz.—Seamos los primeros en el pensamiento, en la acción y en la contemplación, y dejemos para otros esto de las calles limpias y las aceras rectas.

—¡Y además, que no es oro todo lo que reluce! Cuando yo estuve en Cambridge...

—Sí, sí, ya sé lo que me dirá usted: me dirá, interrumpe el Abuelo, que en aquellos Colegios no hay baños, ni ascensores y faltan ciertas comodidades modernas. Pero acuérdesse usted, no de lo que falta allí, sino de lo que hay. Con lo que sobra en aquellos Colegios medievales de limpieza e higiene, ya nos contentaríamos aquí, hoy por hoy. Usted es como un mercante de cuadros de Madrid que encontré en París, y que me invitó a acompañarle a ver una exposición de arte. Todo estaba magníficamente, sabiamente, artísticamente combinado... Noté que mi hombre se cansaba de elogiar y buscaba algo que poder criticar... Por fin, no sé qué defecto notó en estos extraños objetos que ustedes llaman escupideras, y que ustedes sabrán para qué sirven. Si hubieran visto ustedes con qué alegría se desató mi acompañante viendo que tenía algo que criticar.—Esto sí que lo contaré, iba diciendo, esto sí que lo contaré... ¡Y después dirán que en España todo está mal!

Mientras dura esta conversación entre el Abuelo y los discípulos, han llegado ya a una plazuela donde tendrán que despedirse para tomar cada uno su tranvía. El recién llegado forastero, que ha escuchado

hasta ahora sin decir nada, interviene una vez diciendo:

—Pero, D. Francisco, si quiere usted limpiar, modernizar y purificar a Madrid, está usted aviado. Esto es peor que mi pueblo de sucio y pringoso. ¡Qué casas! ¡Qué tranvías! ¿Qué es esta estatua fea que le han puesto aquí?... ¿Por qué no hacen otra nueva capital moderna, como Washington, en un sitio donde haya árboles, colinas, ríos, y que sea un modelo para la nación?

—¿Por qué no levantan ustedes la provincia en masa, dice el Abuelo, y vienen ustedes como otros marseleses a purificar la capital con el fuego de su indignación? Si quiere usted trasladar la capitalidad de España, ¿por qué no hace usted una capital de su pueblo? Sea usted otro Pericles, y su pueblo será otra Atenas; sea usted Marsilio Ficino, y tendremos otra Florencia. Levante usted su pueblo al nivel de una capital, y verá usted cómo toda España la acepta en seguida. Atenas y Florencia no eran mayores que su pueblo.

—Ni falta hacía que fueran mayores, dice sentenciosamente Maqueda del Corral. Una ciudad moderna será por necesidad fea. Han hablado ustedes de Washington, pero dejen que crezca y se le añada medio millón de habitantes. Por más que se empeñen en trazar grandes vías y dejar espacios para parques, una ciudad moderna tiene servicios monstruosos de comunicación y habitación, de un género tal, que la hacen necesariamente fea. Miren ustedes que el famosísimo París, cerebro del mundo, es ni más ni menos que horrible. Londres ya ni tiene pretensiones de belleza. Le hablan a uno de las puestas de sol en la plaza de la Concordia, o de la avenida de los Campos Elíseos..., pero sólo cuando la ciudad desaparece, al caer de la tarde, que se convierte en paisaje, es cuando París es interesante. El visitante de París no se da cuenta de ello, pero son los efectos del aire rojo, encendido por las puestas de sol, o la neblina, irisada... que le impresionan. ¿Qué arte ni parte tiene la ciudad en todo esto?...

El Abuelo y los demás ya están acos-

tumbrados a las tiradas oratorias del señor Maqueda del Corral, y saben que, a menos de interrumpirlo, hay para rato. Por esto D. Francisco le toma la mano para despedirse, diciendo:

—Sí, sí, ya sé. Tiene usted mucha razón. Pero una razón pequeña... Le concedo que las ciudades, y toda la civilización actual, si usted se empeña, sean todavía muy feas. ¡Digo todavía, observe usted, todavía! Vivimos en un período de transición. Algo muy bello y noble ha de aparecer muy pronto... Preparémonos, pues, para recibirlo. Adiós, adiós, amigos, hasta mañana.

Y el Abuelo toma todavía por el brazo al forastero, cogiéndole fuertemente y le dice:

—Me acompañará usted a dejar una tarjeta en casa de R. Al pobre se le murió ayer el suegro, el que usted sabe fué su gran protector desde que entró en la política. ¿Qué va a ser de él ahora? Los periódicos se preguntan ya de qué lado va a caer. ¡Y cómo cambian los hombres, Dios mío! ¡Si usted hubiese conocido a R. hace 20 años! Era más revolucionario que usted y más idealista que estos muchachos. ¿Quién sabe lo que va a ser de ustedes? Querido amigo, sálvese usted; huya de esta política que todo lo envilece...

Y continúa hablando y derramando ideas entrecortadas por suspiros, casi gemidos. El forastero acompaña al Abuelo en su marcha a través de Madrid. Allí, en la calle, parece más pequeñito, pero acaso también más joven. ¡Con qué seguridad y rapidez anda aquel anciano! El forastero se sorprende de su vitalidad; no parece cansarse nunca. Va apenas abrigado, con un paletó pardusco, un sombrero hongo negro, unos fuertes zapatos sin costuras.

Al fin llegan a la puerta de la Institución Libre de Enseñanza cuando ya anochece. El Abuelo se despide con otra caricia casi violenta:

—¡Me ha tomado usted todo el día, hombre terrible! Ahora tendré que pasar tres horas velando, para leer lo que hubiera de haber leído por la mañana. ¡No me voy a la cama sin haber leído estas tres horas!

Hay que estar al corriente —el mundo va tan de prisa, y nosotros aquí charlando, charlando... Pero venga usted mañana; no falte; venga usted temprano. Venga usted a la hora del desayuno; es la mejor hora de encontrarnos a todos, a las ocho y media que nos desayunamos con un *breakfast* a la inglesa. Venga usted a desayunarse con nosotros... Y después me tomará usted también la mañana, como lo ha hecho hoy. ¡Y la tarde! ¡Ay, qué pronto va usted a marcharse! ¡Adiós, adiós!

El forastero queda en la calle algo turbado, sin saber a dónde ir. Siente que algo le atrae allí. Ve encenderse la luz en los balcones; el Abuelo debe sentarse en el sillón a tomar paz para empezar de nuevo. El forastero observa pasar la multitud abigarrada que vuelve del trabajo, y piensa en todo lo que ha oído. ¡Cuántas ideas! Cuántas chispas de luz en la ondulante conversación de la mañana y de la tarde. La muchedumbre vuelve del trabajo, pero el verdadero trabajador está allí arriba, viejecito, solo en el gran salón, con la cabeza entre las manos.

### ENSAYOS DEL MAESTRO

por Roberto Castrovido.

Don Francisco Giner de los Ríos es el maestro por antonomasia. Si alguien lo dudara, que nadie lo duda, desvanecerían el menor escrúpulo los tomos XVI, XVII y XVIII de las Obras Completas de D. Francisco Giner de los Ríos, en los cuales últimos tomos se ha recopilado los *Ensayos menores* que sobre *Educación y enseñanza* escribió D. Francisco en el BOLETÍN DE LA INSTITUCIÓN LIBRE DE ENSEÑANZA, los más de ellos firmándolos con el nombre y con el primer apellido, con la inicial G. o con una X.

Merecen bien de cuantos por la educación y por la enseñanza se afanan, se preocupan o simplemente se interesan los recopiladores, y de entre ellos, los prologuistas, D. B. S., P. B. S. y A. R. y R. (respétemos el incógnito). Gratitud les debemos.

Hay en estos ensayos menores y mínimos (que así denominan a los albergados en el tomo tercero) verdaderos tesoros de ciencia de la vida, de psicología, de pedagogía, de arte, y, sobre todo, de bondad, de elevación espiritual, de grandeza de alma.

Una anécdota, un rasgo, una muletilla, un apunte dibujado a la diábala un día de excursión campestre, un retrato hecho, por muy poco dinero, por un fotógrafo ambulante, os dan, en muchas ocasiones, idea más completa y exacta de un ser querido que el libro magistral, que el discurso académico, que el retrato pintado al óleo por un pintor de fama, que la fotografía presuntuosa, que la biografía doctoral, que el sermón necrológico. Así, respecto del maestro, estos sus ensayos menores. Su personalidad se refleja en ellos clara, distinta, atrayente, seductora. Tienen heterogeneidad y armonía, una íntima armonía, comparable al *leit motiv* de las sinfonías de Beethoven.

Hay en esta colección semblanzas de Amorós, de Teófilo Braga, de D. Juan Riaño, referencias a la obra de Montesinos y Bonilla y a la generosidad de Virio, detalles sobre el proyectado edificio de la Institución (el actual Colegio Nacional de Sordomudos y Ciegos), consejos sabios para la construcción de edificios escolares y preciosidades literarias, cual el artículo titulado «La alegría del niño».

Mas lo que maravilla en estos ensayos menores y mínimos es ver contenido en ellos todos los problemas y todas las cuestiones relacionados con la enseñanza pública, y no sólo en nuestra nación. Nada relacionado con la educación y la enseñanza era ajeno a Giner de los Ríos. Aquí está todo, unas veces anotado, esbozado; otras muchas, estudiado, desarrollado, entrañado. Lo que preocupa en la Rusia soviética, pongámoslo como ejemplo de novedad póstuma —pues antes de la Gran Guerra murió el maestro—, preocupaba ya a Giner de los Ríos. Nada hay que se escape a su atención, a su juicio y a su bondad. La coeducación, la enseñanza física, los juegos, las horas de clase, la familia y

nueva de Piaget consiste en haber procurado explicar también la evolución del pensamiento individual en función del medio social a que se adapta. Si el niño, entregado primeramente a la fantasía de una subjetividad sin regla, se disciplina poco a poco y se orienta hacia la indagación de una verdad objetiva, será en parte gracias a la resistencia de las cosas—Piaget no quiere dejar en la sombra la mitad de la realidad—, pero sobre todo por el contacto con sus semejantes y por la obligación de pensar según reglas comunes, en la unanimidad de los espíritus. Claro está que el adulto no tiene por qué temer la intrusión, que se juzga a veces indiscreta, en la vida intelectual del niño; su misión consiste precisamente en iniciarle en una «socialidad» más rica y llena que la que puede surgir en las sociedades infantiles más vivas y mejor organizadas.

(*Revue pédagogique*, de París.)

---

## INSTITUCION

---

### IN MEMORIAM

---

MI DON FRANCISCO GINER <sup>(1)</sup>  
(1906-1910)

por J. Pijoán.

---

3.—*Los domingos en El Pardo.*—Aseguran ahora que el paisaje de los alrededores de Madrid es el más interesante de España. Y en verdad, en ninguna parte como allí la meseta castellana es imponente en su aridez y sequedad. Pero es sólo en la dirección de El Pardo y a lo largo del Manzanares donde se obtiene lo que podríamos llamar una *visión detectable*. Es todavía un paisaje eminentemente castellano, es el *monte*, donde pueden correr galgos y lebreles, sin cultivos ni huertas, sólo una que otra grande encina, manchando de sombra el suelo gris de la hierba seca. Así debía ser el paisaje de Castilla

cuando los celtíberos desbarataban las legiones de Pompilio y de Mancino. Y así se comprende que será siempre el paisaje de esta parte de España, siempre que se la deje sola, abandonada a la mano de Dios. Crecerá aquí y allí algún árbol, donde haya un hueco de tierra y mantillo, pero el granito berroqueño en la superficie impedirá la formación de grandes prados y selvas espesas.

Varias veces se ha tratado de civilizar este valle del Manzanares, tan inmediato a la capital. A pocas leguas de Madrid, los Austrias edificaron el palacio de El Pardo. Más tarde, en tiempos de las reinas napolitanas, se intentó vestir de jardines, a la moda de Italia, una parte del valle, pero el *monte* los invadió también, y en su dilapidación actual aparecen vencidos, y reconocen ya que es inútil luchar con el ambiente celtíbero que los rodea. Sin embargo, la principal belleza de este valle del Manzanares es la vista de la Sierra del Guadarrama, que aparece en el fondo. Se distinguen en el aire trasparente los rellanos de la montaña, también ennegrecidos por las encinas. En el invierno, el contraste es mayor con la blancura de sus cumbres coronadas de nieve.

El Abuelo va a El Pardo todos los domingos; habla ya de su fiesta en el campo dos o tres días antes. ¿Con quién irá esta semana? Generalmente, Cossío sale más tarde; aprovecha la mañana de asueto y de quietud en aquella casa escuela para escribir. Pero el Abuelo sale temprano con algún amigo o uno de sus discípulos que ha venido a buscarle.

La mañana la pasan solos. El discípulo se atreve al principio a exponerle en esta soledad sus más íntimas dudas y dificultades. ¡El Abuelo reacciona tan dulcemente en aquel ancho horizonte abierto! Se para a escucharle a la sombra de una encina, y aun contesta con una explicación ideal; pero a menos de ser algo muy importante, su compañero pronto nota que el Abuelo está perdido en un éxtasis de asombro. Sus ojos miran algo lejano, que acaso no sea lo mismo que está viendo el discípulo abrumado. La conversación enmudece; el

(1) Véase el número anterior del *BOLLETIN*.

Abuelo exclama sólo de vez en cuando: «¡Dios mío, Dios mío, y qué indignos somos de esta terrenal belleza!...» A veces se tiende en el suelo, levantando sólo la cabeza con las manos para mirar mejor; absorbe, díriase, con los ojos los colores del campo; huele la tierra; se adivina que percibe cantos en el rumor de las ramas de las encinas...

Esto puede durar horas, lo mejor de la mañana, a lo más interrumpido por un breve diálogo en esta forma:

*Maestro.*—¡Qué vergüenza encontrarse aquí de nuevo, después de toda la semana perdida entre cuidados vanos! Estos árboles han estado aquí cada día, desde el alba hasta la noche, y aun durante la noche misma, cantando la gloria de Dios, obediendo sus más ligeras indicaciones, moviéndose al menor soplo del viento... Y nosotros, ¿qué hemos hecho, Dios mío, por ti esta semana?

*Discípulo.*—¿No nos dice usted, Abuelo, a menudo que las obras humanas son también parte de la creación? También nosotros hemos dado nuestra nota en el concierto del mundo.

*Maestro.*—¡Sí, sí! Si nuestras obras hubiesen sido verdaderamente humanas. ¿Pero es que lo son? ¿Es que usted y yo hemos abierto nuestro espíritu humanamente, derramando nuestras facultades como este árbol inclina su tronco y extiende sus ramas en todas direcciones, creciendo como un árbol? Mire cómo agita sus hojas, moviéndolas una por una, todas tan vivas, ¡tan perfectas! En la contemplación de un árbol podríamos pasar enteramente nuestra vida. ¡Y qué enseñanzas! ¡Qué humildad! Años y años ha pasado para crecer sano y gigante, y nosotros le derribamos en un día a hachazos. Si nunca hubiésemos visto una encina como ésta, y nos la enseñaran como enseñan un elefante o un rinoceronte en un circo, ¡con qué pasmo no nos maravilláramos de su belleza! Y aquí las vemos crecer tan juntas y nobles, día por día, tan compenetradas con el paisaje que las rodea y tan personales e independientes, cada una con su carácter propio.

*Discípulo.*—Pero careciendo de lo más precioso del universo, que es la conciencia y la voluntad.

*Maestro.*—¿Y quién le dice a usted que la conciencia y la voluntad sean lo más precioso del universo? ¿Y quién le asegura a usted que estos seres, por ser más humildes, no la tienen? ¿Es que usted pigmeo, no cree que puede haber otras encarnaciones del espíritu que las que conocemos con el calificativo de *hombre*? ¿Por qué no puede pensar y querer esta encina, o hacer algo más espiritual todavía que el pensar y el querer?

*Discípulo.*—Pero acuérdesse usted que nosotros, orgánicamente por lo menos, somos lo más elevado en la escala de los seres. Por lo menos físicamente, dominamos la creación.

*Maestro.*—¿Qué duda hay que si fuéramos realmente hombres obraríamos y percibiríamos con más perfección que estos seres inferiores. Seríamos dioses o hijos de Dios. ¡Qué estupendo misterio! Criaturas en continua relación con el Criador, unidos con él por el amor, unificados con el todo, participando de la vida de todas las criaturas, seríamos parte de esta encina, y ella viviría en nosotros. Nuestros místicos distinguieron maravillosamente entre unión y unidad con Dios, y reconocieron esta última como posible aquí en la tierra. ¡Y quien dice unidad con Dios dice unidad sustancial con el todo! ¡Oh hombre, cuán grande eres y cuán pequeño te haces! En verdad, tienen razón en decir que el hombre es un ángel caído.

*Discípulo.*—Pero aun en nuestro estado de abyección debemos ser superiores a los otros seres. Podemos, hasta en estado de pecado, comunicarnos con Dios por la oración. ¿Qué piensa usted, Abuelo, de este extraño fenómeno de la oración? ¿Es una de las más universales experiencias de la humanidad! Desde el salvaje que ruega al fetiche, esperando su ayuda material, hasta el puritano, que escucha la voz de Dios murmurando a su oído la concesión de una plegaria, todos parecen recibir lo que fervientemente han pedido a la personificación de la Divinidad que ellos adoran.

*Maestro.*—Los psicólogos le dirán a usted muchas cosas de la fuerza de la sugestión en el creyente, que sabe su éxito asegurado por la intervención de lo sobrenatural, que no ha de faltarle. Yo detesto estas explicaciones pseudocientíficas de fenómenos sobrenaturales, o mejor dicho, naturales, pero fuera del radio de acción de nuestro conocimiento. Me ofende la idea de un Dios personal que atiende a escuchar las miserables súplicas de estas hormigas de la tierra. Pero me ofende más todavía el oír negar la posibilidad de comunicación directa y casi tangible con la potencia activa del Cosmos, que llamamos Dios sólo para mejor entendernos.

*Discípulo.*—¿Pero es que concretamente usted afirma la eficacia de la oración?... ¿Me será permitido preguntarle a usted si ruega usted pidiendo cosas concretas?...

*Maestro.*—¿Y qué es lo que estamos haciendo ahora sino rogar? ¿No pedimos con todo fervor luz, conocimiento y amor? ¿No los sentimos llegar como presentes de la Divinidad que no nos merecemos y que recibimos como un don gratuito? Como esta vida misma, ¿quién nos la ha dado? ¿Quién nos la mantiene, tan complicada y magnífica?

El Sol ha llegado al zenit; el maestro y el discípulo comen del paquetito donde cada uno ha llevado su frugal almuerzo. Un perro roñoso, perdido del campo, se acerca mirando con envidia a los dos hombres, que continúan su conversación entre bocado y bocado. El Abuelo llama al perro cariñosamente y le echa un pedazo de pan, que el pobre animal hambriento engulle rápidamente.

—He aquí un gran milagro que vemos cada día y no reconocemos — dice el Abuelo —. Yo como este pan, y se convierte en hombre, y el mismo pan, comido por el perro, se convierte en perro. ¿Cómo explicar este misterio? Y si no sabemos explicarnos una función tan universal, casi un fenómeno químico, ¿qué audacia pretender explicarnos cómo nosotros nos hacemos Dios o cómo Dios se hace en nosotros?

Unos gritos a lo lejos anuncian la llegada de otros amigos. Han estado buscando

al Abuelo entre los árboles por largo rato, y por fin lo distinguen allí, acabando su almuerzo. Llegan en grupos de dos, de tres: pronto se reúne una compañía numerosa. La conversación toma otro carácter. Unos bajan de la Sierra, adonde ya marcharon la tarde anterior: hablan de la noche, pasada oyendo el rumor incesante de las cascadas. Otros vienen de más cerca: han llegado sólo al pie de la montaña; otros vienen de bañarse en el agua, fría aún, del vecino Manzanares.

El maestro los observa. ¡Qué noble grupo de jóvenes! ¡Otra generación! Dios mío, ¿qué es lo que va a dar de sí? ¿Será mejor que las otras? ¿Quedaré algo de este deseo de ideal que los anima a todos ahora?

Se comenta la grandiosidad de aquel paisaje. Uno menciona a Velázquez, el pintor de esta imponente sierra, oscura, y añade sentenciosamente:

—¡Parece imposible cómo pudo Velázquez, medio andaluz, medio portugués, identificarse con *esta cosa*: el paisaje más castellano que existe! ¡Y pensar que admiró a Rubens! Viajó y vivió en Italia, hizo copias de mármoles antiguos y del Tiziano!...

Otro hace esta observación, algo pedante:

—¿Es que esta sierra nos dió a Velázquez, o es que Velázquez nos dió esta sierra? Porque ya nunca más podremos mirarla, sin pensar en la *versión* que él nos dió de este paisaje, ni podremos nunca ver un cuadro de Velázquez sin sentirnos al pie del Guadarrama.

—Si tuviéramos el alma de artista que tenía Velázquez — añade el primero que habló —, cada uno daría su expresión a este paisaje, y aunque quisiéramos aquí recordar sus cuadros, se nos representarían como algo muy distinto de lo que realmente son.

—Entonces, ¿cómo se explica usted — replica el otro — que si el arte, como dicen B. y C., nos da la esencia misma de las cosas, la representación sea diferente según cada artista?

Todos miran al Abuelo, deseando que

intervenga; pero éste mueve la cabeza y replica sonriendo:

—No lograrán hoy hacerme hablar; he venido aquí a escuchar, no a debatir; a escuchar algo más grande que estas palabras: esencia y representación... ¿Qué quiere decir aquí todo esto? Guárdenlo para mañana en la clase. ¡Escuchen ustedes al cuclillo que canta! ¡Miren este cielo azul! Vivamos, vivamos; gocemos de este vivir, como gozan de él todas las demás cosas...

Y se hace un gran silencio. Van andando; se desparraman otra vez en grupos de dos, de tres... más callados, más conscientes. ¿Qué les ha dicho el Abuelo para así impresionarlos? Nada, casi nada; pero la hora y el tono de su voz hacían aumentar el valor de las palabras.

El Abuelo desaparece. Habrá ido al Asilo de niños pobres de El Pardo, regido por su primo, otro Giner, y la señora de éste, D.<sup>a</sup> Tomasa. He aquí otra casa-convento, una obra parecida a la Institución Libre de Enseñanza, allí, tocando al palacio real de El Pardo.

¡Don Francisco es recibido en aquella casa con tanto amor! D.<sup>a</sup> Tomasa le prepara una taza de té caliente, y él se reconforta en la lumbre del hogar encendido del salón. Hacía fresco; el Abuelo siente que el campo le ha penetrado dentro del alma, y está como derretido de dulzor.

El Abuelo permanece sentado, hablando con D.<sup>a</sup> Tomasa ¡Una mujer! El Abuelo recuerda los días cuando venían allí con D.<sup>a</sup> Concepción Arenal y los esposos Riaño. Entonces se preocupaba de otras cosas. ¡El tiempo vuela, y él es ya viejo! El Sol se va poniendo!

Deja que marche la multitud; espera uno de los últimos tranvías, para ir casi solo a Madrid. Cuando sale del Asilo, en dirección al tranvía, atraviesa el sitio real, todo tan callado. Las estrellas brillan en el cielo, y el Abuelo las mira, las mira con sus ojitos brillantes, como otras estrellas en la oscuridad. Al subir en el incómodo vehículo que ha de llevarle a la ciudad, pasa volando un automóvil, tocando una fuerte bocina. El Abuelo ve al rey que vuelve con

sus amigos de su día de caza, ignorante de que allí, en aquel tranvía, va el más excelsos de sus súbditos. El Abuelo lo ve pasar, pensando que también el monarca joven busca, al fin y al cabo, como él, el goce de la vida, la *joie de vivre*, ni más ni menos que él, ¡y quién sabe si con más resultado!

#### GINER EN LA INSTITUCIÓN

por E. Gómez de Baquero.

En la colección de «Obras Completas» de D. Francisco Giner de los Ríos, que vienen publicando con merecida devoción sus discípulos, y que llega ya al tomo XVIII, han salido a la vez tres volúmenes de *Ensayos menores sobre educación y enseñanza*. La mayoría de los opúsculos recopilados procede del BOLETÍN DE LA INSTITUCIÓN LIBRE DE ENSEÑANZA, el más valioso y casi el único archivo pedagógico que existe en España; por lo menos, el único proseguido con continuidad y método. Hay en España, sin duda, muchas personas de algunas letras que no han visto en su vida un número de este BOLETÍN. Ha circulado en un ámbito reducido. No se le puede acusar de exceso de proselitismo. Pero entre las revistas españolas, que por lo común nacen trabajosamente y desaparecen con suma facilidad, es una de las más interesantes y de las que han reunido una documentación más copiosa sobre la cultura.

Estos escritos breves de D. Francisco Giner son los que mejor reflejan el carácter de su obra, la ofrenda que hizo a España. No serán, por su brevedad, los de mayor densidad científica, ni los de mayor perfección literaria, ni, sobre todo, los de más permanente actualidad. Muchos de ellos son notas informativas escritas hace muchos años acerca de novedades de la enseñanza que con el tiempo han dejado de serlo, o de cuestiones cuya literatura ha aumentado copiosamente desde entonces. Pero ¡qué vida hay en ellos, con todo! ¡Qué ejemplo ofrecen de apostolado sin bombo ni platillos! ¡Qué personales son

# John Dos Passos



John Dos Passos, «D. Francisco Giner de los Ríos», extracto del capítulo «Dos profesores universitarios» en *Rosinante to the Road Again*, recogido en el *BILE*, núm. 758, marzo de 1923, págs. 154-159.

John Dos Passos, 1949. Archivo de León Sánchez Cuesta.

te, por lo menos 264 personas habían sido salvadas de la rabia.

Esta nueva conquista de Pasteur fué acogida con entusiasmo. Una suscripción abierta para la creación de un establecimiento de vacunación contra la rabia produjo 2.586.680 francos. Este establecimiento, erigido en París, calle Dutot, y llamado Instituto Pasteur, por la gratitud pública, fué inaugurado el 14 de noviembre de 1888. Pasteur decía que no había en esa casa ni una piedra que no fuese el signo material de una idea generosa. Entró en ella con salud quebrantada y, según su expresión, un poco melancólica, como hombre «venido por el tiempo», pero con la alegría magnífica de ver su obra segura de sobrevivirle y de continuar y multiplicar su obra bienhechora.

#### XV

*El jubileo de Pasteur.—Sus últimos días.*—En 1892, hombres de ciencias de todos los países se congregaron con los discípulos de Pasteur para festejar el octogésimo aniversario de su nacimiento. Fué la inolvidable ceremonia realizada en el gran anfiteatro de la Sorbona y presidida por Carnot, presidente de la República. Uno de los asistentes ha escrito al respecto: «Todos aquellos que la presenciaron experimentaron una de las alegrías más profundas y más generosas de su vida. El alma de Francia pasó por esa asamblea conmovida por los sentimientos más nobles y desinteresados: la admiración y la gratitud».

Pasteur no tuvo, en sus estudios sobre la rabia, ningún precursor. Sus descubrimientos en ese dominio inexplorado se siguen y se encadenan con un rigor perfecto y parece, cuando se lee la breve reseña de ellos, que se presentaron naturalmente. Sin embargo, costaron cinco años de trabajo tenaz. Pasteur tuvo contradictores apasionados. Pero él empezaba de nuevo los experimentos que no le satisfacían por entero.

Ese esfuerzo le agotó. Su colaborador Roux escribía: «Soportó mejor el trabajo obstinado del periodo de las investigacio-

nes que las emociones del triunfo. Desde que fueron aplicadas al hombre las inoculaciones preventivas, perdió la tranquilidad de espíritu. Cada mordido que se presentaba era una preocupación más para él. La presencia de los niños heridos, sobre todo, le causaba una emoción que apenas podía dominar. Cuando se presentaban casos desesperados, contra los cuales todo método era impotente, Pasteur sufría todos los sufrimientos de sus enfermos. Cada visita que les hacía era para él una tortura, y no podía dejar de visitarlos».

Llegó un momento en que Pasteur tuvo que renunciar a los trabajos de laboratorio, lo que le ocasionó una gran tristeza. Sus fuerzas disminuían cada vez más; dejó de existir el 28 de setiembre de 1895.

Cuando, llegados al término de esta historia, tratamos de abarcarla de una mirada, admiramos que tantos trabajos y tan importantes hayan tenido cabida en el curso de una vida humana. Buscamos, en vano, una obra comparable a la de Pasteur, a los descubrimientos a que debemos los más grandes beneficios.

---

### INSTITUCION

---

#### IN MEMORIAM

DON FRANCISCO GINER DE LOS RÍOS (1)  
por John dos Passos

Doce días son pasados  
después que el Cid acabara;  
aderézanse las gentes  
para salir a batalla  
con Búcar, ese rey moro,  
y'contra la su canalla.

Cuando fuera media noche,  
el cuerpo así como estaba  
le ponen sobre Babieca,  
y al caballo lo ataban.

Y cuando el ejército salió de Valencia,  
los moros del rey Búcar huyeron ante el

---

(1) Extracto del capítulo titulado «Dos profesores universitarios» (D. Francisco Giner y D. Miguel Unamuno) del libro *Rosinante to the road again*, por John dos Passos.—New York.

cadáver del Cid, y diez mil se ahogaron al tratar de refugiarse en sus naves, entre ellos veinte reyes, alcanzando los cristianos tal botín en las tiendas, que los más pobres se convirtieron en ricos. Luego el ejército prosiguió. El cadáver del Cid, cabalgando todos los días, viajó sobre su caballo, a través de las áridas montañas, hasta San Pedro de Cardeña, en Castilla, adonde el rey Don Alfonso había llegado desde Toledo, y viendo la cara del Cid todavía tan hermosa y sus barbas tan largas y sus ojos tan brillantes, mandó que en lugar de encerrar el cadáver en un féretro con clavos de oro, lo sentasen en una silla junto al altar, con su espada Tizona en la mano. Y allí estuvo más de diez años.

Mandó que no se enterrase,  
sino que el cuerpo arreado  
se ponga junto al altar  
y a Tizona en la su mano;  
así estuvo mucho tiempo,  
que fueron más de diez años.

En lo alto del puerto, la gente estaba patinando. Sobre la nieve endurecida del camino había cáscaras de naranja. Por él avanzaba un carruaje conduciendo una pomposa y aburrida pareja, muy forrada en pieles.—¿A qué parte del mundo van éstos?—Al Puerto de Navacerrada, contestó mi amigo.—Pero parece que estarían más a gusto tomando el té en Casa de Molinero que ascendiendo sobre la nieve.—Sin duda alguna; pero ésta es la moda... de deporte de invierno... y todo porque un hombre pequeño, delgado y moreno, que murió hace dos años, amaba las montañas.—¿Quién era ese hombre?—Don Francisco Giner.

Aquella tarde, cuando ya anochece, descendíamos ateridos de frío, azotados nuestros rostros por la nieve, a través de los ventisqueros de una ladera de Siete Picos, envueltos en niebla y sin más guía que las huellas de un rebaño de ovejas. La luz de una cabaña trazó una gran pincelada anaranjada sobre la falda del monte. Una vez dentro de ella, nos despojamos de nuestras botas y medias y calentamos los pies en una gran hoguera, alrededor de la cual,

las caras encendidas, brillando los dientes por la risa, escolares y universitarios gritaban y declamaban, envueltos en un aroma de té y ropas mojadas. Un joven de pelo rubio me contó una historia en francés acerca del emperador de Marruecos y me enseñó un cacharro de lata que dijo pertenecía al ajuar privado de dicho personaje. Inagotables mares de té hervían sobre el hogar en dos marmitas ennegrecidas por el humo. A la parte de atrás de la casa, entre sombras oscilantes, había montones de *skis* y la puerta se abría de vez en cuando para dar paso a una nevada figura que de nuevo cerraba y volvía a patinar sobre la nieve. Todos estaban llenos de una enorme alegría. Súbitamente llegó luego la hora del tren y recorrimos los kilómetros que nos separaban de la estación descendiendo con estrépito por el camino pedregoso.

En el vagón de tercera clase, la gente cantaba mientras el tren recorría su vía hacia la llanura en dirección de Madrid. La persona que iba sentada junto a mí me preguntó si yo sabía que era D. Francisco quien había construido aquella casa para los niños de la *Institución Libre de Enseñanza*. Poco a poco me fué contando la historia de los krausistas, de Francisco Giner de los Ríos y de la revolución de 1873, una historia bastante semejante a muchas otras en los anales del movimiento educativo del siglo XIX; pero en sus matices tan íntimamente español e individual, que vino a ser la explicación de muchas cosas que habían causado mi admiración, y me hizo comprender algunos de los orígenes de una especial mentalidad que había observado en la gente que conocí en Madrid.

Hacia la mitad del siglo pasado, un profesor de la Universidad Central, Sanz del Río, fué pensionado por el Gobierno para estudiar Filosofía en Alemania. España se encontraba todavía en el letargo intelectual que siguió al fracaso de las Cortes de Cádiz y restauración de Fernando VII. Una década o algo más antes, Larra, la última llamarada de la revolución romántica, se había suicidado por amor, en Madrid. Ya en Alemania, en Heidelberg, Sanz del Río halló que acababa de morir Krause, el ar-

cipreste que estableció la interpretación entre Kant y el mundo.

Cuando regresó a España se negó a volver a ocupar su cátedra en la Universidad, diciendo que necesitaba algún tiempo para reflexionar sobre sus problemas, y se retiró a una habitación pequeña con una ventana, en el pueblo de Illescas, donde estaba otro estudiante, San Ildefonso, del Greco. Allí vivió recluso varios años. Cuando volvió a su plaza de la Universidad se negó a hacer la profesión política y religiosa exigida por cierto ministro llamado Orovio. Por este motivo fué, con varios de sus discípulos, despojado de su cátedra. Al mismo tiempo, Francisco Giner de los Ríos, joven entonces que acababa de ganar una cátedra con gran dificultad, a causa de sus ideas liberales, la renunció por solidaridad con los demás. En 1868 venció la revolución liberal, que era la expresión política de este movimiento total, y todos estos profesores fueron restablecidos en sus cargos. Hasta la restauración de los Borbones en 1875, España fué una colmena de modernización, de europeización.

Al retornar al poder Orovio, sin pérdida de tiempo, volvió a publicar su decreto de profesión de fe. Giner, Azcárate, Salmerón y otros varios fueron detenidos y confinados en castillos lejanos en cuanto formularon su protesta; sus amigos manifestaron su simpatía por ésta y perdieron sus cargos, y tantos otros dimitieron, que la Universidad se vió en un soplo despojada de sus mejores hombres. De aquí nació la idea de fundar una Universidad libre que pudiese sostenerse completamente por suscripción privada. Desde aquel momento, la vida de Giner de los Ríos estuvo completamente ligada al desarrollo de la *Institución Libre de Enseñanza*, la cual se convirtió en el trascurso de pocos años en una escuela primaria de coeducación. Y directa o indirectamente, no hay una sola figura eminente en la vida española contemporánea cuyo desarrollo no haya sido influido ampliamente por este viejecito calvo y moreno, de blanca barba, cuyo retrato se encuentra sobre la mesa de trabajo de tantas personas.

...Oh, sí, llevad, amigos,  
su cuerpo a la montaña,  
a los azules montes  
del ancho Guadarrama

escribió su discípulo Antonio Machado—y creo, desde luego, que Machado es el discípulo cuyo nombre vivirá por más tiempo — a la muerte de D. Francisco, en 1915.

...Oh, sí, llevad, amigos,  
su cuerpo a la montaña,  
a los azules montes  
del ancho Guadarrama.  
Allí hay barrancos hondos  
de pinos verdes donde el viento canta.  
Su corazón repose  
bajo una encina casta,  
en tierra de tomillos, donde juegan  
mariposas doradas.  
Allí el maestro un día  
soñaba un nuevo florecer de España.

He aquí fragmentos de una elegía de Juan Ramón Jiménez, otro poeta discípulo de D. Francisco:

«Don Francisco... Parecía que hubiese ido encarnando cuanto hay de tierno y de agudo en la vida: la flor, la llama, el pájaro, la cima, el niño... Ahora, tendido en su lecho, cual un río helado que corriera por dentro, es el camino claro para el recorrido sin fin... Fué como la estatua viva de sí mismo, estatua de tierra, de viento, de agua, de fuego. De tal modo se había librado de la escoria cotidiana, que, al hablar con él, se creyera que habláramos con su imagen que tornara a nosotros fiel y perdurable. Sí. Se diría que no iba ya a morir-se; que hubiese pasado, sin saberlo nadie, por la muerte, y que estaba para siempre, como un alma, con nosotros.

.....  
»En la puertecita de la alcoba se siente ya el bienestar. Una senda de olor a romero y violetas, que con el aire del balcón abierto va y viene, conduce, como de una blanda mano, hasta el que descansa... Paz. La muerte sólo le ha trocado el color, con una violada veladura de ceniza.

»¡Qué suave huele y qué buena cara tiene aquí la muerte! No esas agudas esencias odiosas, ni el exorno de negrura y de oropel. Albo es todo esto y pulcro, como

una casita del campo andaluz, como el en-  
calado portal de un paraíso del mediodía.  
Y todo igual que estaba. Sólo que el que  
estaba se había ido.

.....

»Se va el día con un vientecillo afilado,  
que se trae un envío de la primavera. En  
los cristales se copian confusamente unas  
nubes rosas. El mirlo, el mirlo que él oyera  
30 años y que hubiese querido seguir  
oyendo muerto, ha venido a ver si lo oye.  
Paz. La alcoba y el jardín luchan mansa-  
mente con sus claridades: la albura de la  
alcoba vence y se derrama, exaltándose,  
por toda la tarde. Un gorrión friolero sube  
a una mancha instantánea que el sol pinta  
en la cima de un árbol cercano, y pía casi  
dentro. En la penumbra de abajo silba otra  
vez el mirlo. De vez en cuando, parece  
que se oye la voz que ha callado para  
siempre...

»¡Ay! ¡qué a gusto se está aquí! Es como  
cuando se sienta uno en una fuente, como  
cuando se lee bajo un árbol, como cuan-  
do se deja uno llevar de la onda por un  
poético río... Y se sienten ganas de no  
irse nunca, de abrir hasta lo infinito, como  
rosas blancas, estas horas blancas, puras,  
plenas; de quedarse prendido a este imán  
de candor, en el crepúsculo eternizado de  
esta última lección de austeridad y de her-  
mosura.

.....

«Cementerio civil», dice en la verja, para  
que se sepa; frente al otro letrero: «Ce-  
menterio católico», para que se sepa tam-  
bién».

»El no quería que le enterrasen en este  
cementerio, tan contrario a la poesía risue-  
ña, jugosa y florida de su espíritu. Pero ha  
tenido que ser así. Ya oír los mirlos del  
jardín familiar. «Después de todo—dice  
Cossío—, creo que no le dis gustará estar  
un ratito con D. Julián...»

»Manos solícitas han quitado humedad  
a la tierra con romero; sobre la caja han  
echado rosas, narcisos, violetas. Viene,  
perdido, un aroma de ayer tarde, un poqui-  
to de la alcoba a la que quitan tanto...»

»Silencio. Sol débil. Unos nubarrones  
con viento arrastran por nosotros grandes

sombras heladas, que atraviesan, volando  
bajo, las negras grajas. Al fondo, Guada-  
rrama, excelsamente casto, se levanta en  
despejados montones cristalinos de cuaja-  
da luz blanca. Algún fino pajarillo trina un  
punto en el sembrado vecino que ya ver-  
dea vagamente; luego viene a la corona  
de lata de una tumba, y se va...

»Ni impaciencia, ni cuidados; lentitud y  
olvidos... Silencio... En el silencio, la voz  
de un niño que pasa por el campo, un so-  
llozar que ha ido a esconderse entre los  
sepulcros, el viento, el viento largo de es-  
tos días..

»He visto a veces apagar el fuego con  
tierra. Innumerables lengüecillas la tala-  
draban por doquiera.. Un discípulo alba-  
ñil, alma fuerte, le ha hecho a este fuego  
apagado su palacio de barro, en el pedazo  
de tierra que guardaban dos amigos, entre  
ellos, para él. Tiene un evómimo joven y  
sano, a la cabecera; y a los pies, ya brota-  
da por la primavera que llega, una acacia...»

\*\*\*

En los alrededores de El Pardo, los ro-  
bles, las encinas siempre verdes, están  
desparramadas acá y allá, con sus apreta-  
das copas redondas de verde azulado,  
sobre colinas que en el verano son amari-  
llentas como las ancas de los leones. De  
Madrid a El Pardo era uno de los paseos  
favoritos de D. Francisco, pasando por de-  
lante de la cárcel, donde, sobre la puerta,  
hay un eco de enseñanza que dice: «Odia  
el delito, pero compadece al delincuente»;  
pasando por el palacio de la Moncloa con  
sus soberbios jardines abandonados y a lo  
largo del Manzanares por una carretera  
que atraviesa la posesión real, donde hay  
guardabosques con escopetas y se ven le-  
treros diciendo: «Cuidado con los cepos»;  
subiendo luego una pequeña colina desde  
donde se ve la Sierra del Guadarrama des-  
tacándose sobre el cielo hacia el norte, ver-  
dosos picos nevados sobre amplia base azu-  
lada, y todo el primer término, terreno  
accidentado y lleno de grupos de encinas;  
y al fin, en el pueblecito de El Pardo, con  
sus cuarteles y su convento y sus árboles

planos frente al palacio construido por Carlos V. Y allí sentado bajo una encina próxima a El Pardo, pasé yo toda una larga mañana leyendo, en diferentes revistas y libros, sobre la teoría del derecho, la vida y opiniones de D. Francisco. En los momentos en que el sol brillaba, el calor hacía desprender, todo a mi alrededor, picante vaho de las matas de viscosos cistus cubiertos de blancas flores. Una fresca ráfaga de viento trajo luego una frialdad de nieve de las montañas y unas lejanas fragancias indefinibles. A intervalos, de un modo fastidioso e inoportuno, sonaba la campana del convento de la colina opuesta. Yo leía un párrafo sobre el concepto filosófico del monismo, devanándome los sesos con frases como ésta: «Y su ferviente amor por la naturaleza hacía al maestro evocar de cuando en cuando en clase esta bella imagen del gran poeta y filósofo Schelling». El hombre es el ojo con que el espíritu de la naturaleza se contempla a sí mismo, y luego de haber calificado con una frase la expresión de Schelling, se volvía contra aquellos que ven en la naturaleza una manifestación de lo tosco, lo grosero, lo instintivo, haciendo meditar sobre el dicho de Michelet: «La tela tejida por un tejedor es tan natural como la que teje una araña. Todo está en un Ser, todo está en la Idea y por la Idea, entendiéndola en el sentido en que ha sido interpretada por el sustancialismo platónico...»

Entre la hierba, bajo mi libro, había brillantes hojas de musgo, entre las cuales unas hormigas rojas muy pequeñas ejecutaban prodigios de alpinismo, mientras, a través de largos túneles, otras hormigas negras pasaban secretamente, brillando cuando las hería la luz. El aroma de los cistus era intenso, caliente, lleno de especias, como las estrechas calles de una ciudad oriental por la noche. En la lejanía, las montañas se agrupaban en zonas superpuestas: aceitunada, verde, azul prusia, ultramar, blanco de nieve. Una ráfaga de aire frío volvió las páginas del libro: «Pensamientos y pasión, reflexión e instinto, sentimientos, emociones, impulsos colaboran en el poder del hábito que se revela,

no en palabras expuestas y promulgadas en relación a una conducta futura, sino en el acto mismo, tácito, presupuesto o de acuerdo con la enérgica expresión del *Digesto: rebus et factis.*»

Sobre *factis* saltó una pequeña mosca verde y púrpura con el cuerpo encorvado hacia la cola. Supuse vagamente si sería una mosca de mayo. Y entonces, de un modo súbito, vi claramente que estos libros, estas polvorientas frases filosóficas, estos artículos necrológicos de personas autorizadas estaban oscureciendo la leyenda en mi espíritu y extrayendo el brillo del choque indirecto, pero extraordinariamente personal, del hombre mismo. Ellos embalsamaron al Cid y lo sentaron en la iglesia con su espada en la mano, para que todos los hombres lo viesesen... ¿Qué especie de leyenda hubiera engendrado en el espíritu del hombre una adquisición técnica por el arzobispo sobre la teoría del Cid en el ángulo de los matacanes? Y un santo o un soldado o un fundador de instituciones, ¿qué puede dejar tras sí que sea duradero sino una leyenda? Ciertamente no es por los franciscanos por lo que se recuerda a Francisco de Asís.

Y lo curioso en la leyenda de una personalidad es que puede alcanzar el mayor fervor sin ser formulada. Es algo por sí mismo que permanece tras las anécdotas, artículos necrológicos y elegías.

En Madrid, en el entierro de otra de las grandes figuras españolas del siglo XIX, Pérez Galdós, estaba yo en la acera al lado de un joven de boca grande, cara aplastada como de sapo, que sostenía un jarro metálico sobre su hombro. El empenachado carro fúnebre y los coches llenos de flores acababan de pasar. Delante de nosotros, la calle era una corriente pausada de gente muy silenciosa, restregando los pies en el suelo, pies con zapatos de cuero salpicados de barro, pies con zapatos de punta cuadrada, puntiagudos, en alpargatas, sandalias de lona; la gente, situada a ambos lados de la calle, parecía incapaz de resistir a la succión del cortejo y se unía a él espontáneamente, sin ostentación, para seguir, siquiera por unos momentos, la

procesión de la leyenda de D. Benito. El muchacho de la leche se volvió hacia mí y me dijo que tenía suerte en que se celebrase entonces el entierro de Galdós, pues así tenía una excusa, por ser tarde para la leche. Luego, de repente, se quitó la gorra, y, enormemente excitado, empezó a ofrecer cigarrillos a todos los que estaban alrededor de él. Se rascó la cabeza, y dijo con la voz de un Saulo herido en el camino de Damasco: «¡Cuántos libros había escrito este señor!... Da pena que se muera un señor como éste...» y echándose al hombro su garrafa, su blusa azul flotando al viento, se unió a la procesión.

Como el muchacho de la leche me veo a mí mismo uniéndome a la procesión de la leyenda de Giner de los Ríos. Aquella mañana, al pie de la encina, cerré completamente los volúmenes sobre la teoría de la ley y las revistas con sus artículos necrológicos, y los dejé a mis pies; contemplé las amarillentas lomas de El Pardo y pensé en aquel hombre pequeño, delgado y calvo, con barba blanca como la del retrato de Covarrubias del Greco; que había enseñado a una generación a amar los tremendos contornos de su país, a trepar por las montañas y bañarse en fríos torrentes; que fué el primero, al parecer, en sentir la belleza trágica de Toledo; que en el curso de una vida de animoso y discreto trabajo, procuró marcar a todos los hombres y mujeres cuyas vidas tocaron remotamente a la suya con el sello de su personalidad. Nacido en Ronda, en la parte más agreste de Andalucía, de una familia que vino de Vélez Málaga, ciudad blanca próxima al mar en la rica orla de Sierra Nevada, tenía la agilidad mental, la escéptica tolerancia y el excelente buen carácter de aquella región, combinado con la sobriedad y fortaleza de un montañés. Su puritanismo viene a ser una parte definida del credo de las descontentas generaciones llenas de esperanzas que van gradualmente transformando, para mejor o para peor, a España. Su nostalgia de los fiordos del norte, donde los abetos se inclinan sobre las negras aguas del mar, de las gentes rubias, alegres, tranquilas, en ciudades rectangu-

lares de tejas azules, viene a ser el evangelio de la europeización, de la total destrucción de todo lo que es individual, salvaje, africano, en la tradición de España. *Rebus et factis*. Y sin embargo, ninguna de estas cosas ni ninguno de estos hechos sirven mucho para explicar el peculiar resplandor de su memoria, el alegre cariño con que la gente habla de él. La inmanencia del hombre es tal, que hasta un extraño, uno que, como el muchacho de la leche del entierro de Galdós, tropieza con la procesión accidentalmente, con otras preocupaciones en la cabeza, se siente atraído casi sin saberlo. Es imposible pensar en él, en una caja en tierra sin consagrar en el *Cementerio Civil*. En Madrid, en el pequeño jardín de la *Institución*, donde él acostumbraba a enseñar a los niños, ante el liberal fuego de cierta casa de El Pardo, donde dicen que le gustaba sentarse a conversar, casi me parece que voy a tropezarme con él, que algún amigo va a querer llevarme a verle, como llevaban a la gente a ver al Cid en San Pedro de Cardeña.

Cara tiene de hermosura  
muy hermosa y colorada;  
los ojos igual abiertos,  
muy apuesta la su barba.  
Non parece que está muerto,  
antes vivo semejaba.

#### CORPORACION DE ANTIGUOS ALUMNOS

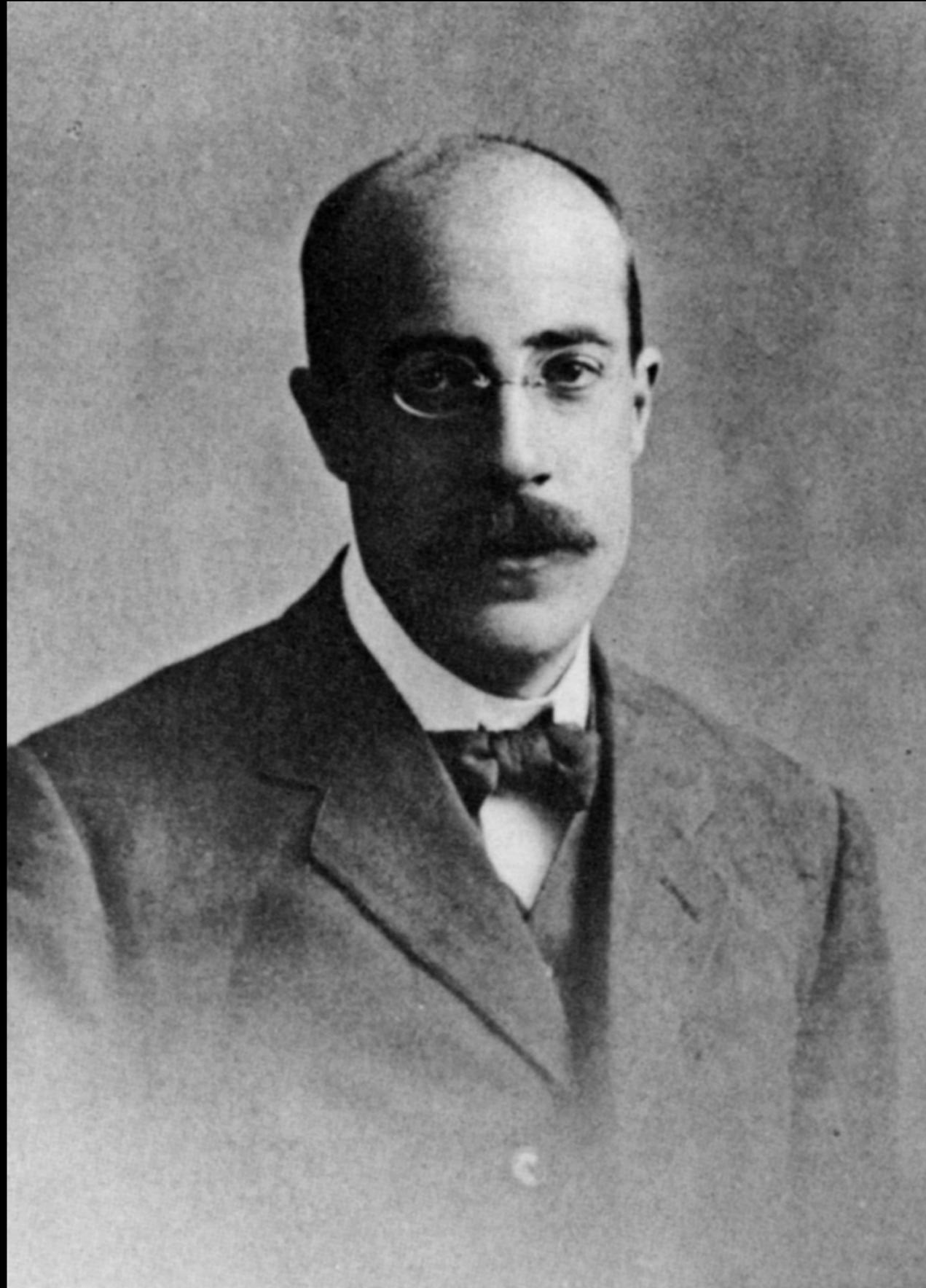
*Cuenta de ingresos y gastos correspondiente al año 1922, leída y aprobada en la sesión del 18 de abril de 1923.*

##### INGRESOS

	Pesetas.
Saldo anterior (1) .....	2.978,50
Recaudado durante el año.....	2.409
Devuelto por un profesor, importe total del anticipo que recibió de la Corporación .....	1.201
<b>TOTAL.. .....</b>	<b>6.588.50</b>

(1) Véase el número 744 del *BOLETÍN*, correspondiente a marzo de 1922.

José Castillejo



José Castillejo Duarte, «Nota preliminar a Filosofía del Derecho de F. Giner », *BILE*, núm. 795, junio de 1926, págs. 185-187.

José Castillejo, hacia 1920.

de la inteligencia y la voluntad, sostienen aquéllos tradicionalmente la supremacía de la inteligencia. Y la cultura que en todos los grados de la enseñanza se quiere dar a los alumnos es aquella que les permita asir las grandes ideas, inspiradoras de los esfuerzos útiles, pero siempre razonables. Pero porque los alumnos de las escuelas francesas no tengan siempre tenso el espíritu en la persecución de lo útil, no quiere decir que estén menos preparados para su papel de hombres, y aun de obreros, que los pequeños americanos, educados, por ejemplo, según la pedagogía pragmática de Dewey. No parece que la pedagogía idealista haya perjudicado a los técnicos. La educación francesa se caracteriza por otro rasgo: es social, aspira a desenvolver la aptitud social. Y por ser racional, puede ser a la vez individualista y social.

*Edgar Quinet*, por M. Thiédot.—Se instala en París en 1838. Se relaciona con las figuras más ilustres de la época e inicia su colaboración en la *Revue des Deux Mondes*. En 1839 es nombrado profesor de lenguas y literaturas meridionales en la Facultad de Letras, de Lión, que era entonces una ciudad arcaica, adormecida y espiritualmente aislada. Quinet estremece el ambiente como un apóstol, y llegó a tener más de 1.200 oyentes. Su fe, su impulso y su ardor eran contagiosos. Quinet, que creía en lo divino en el hombre, busca en «El Genio de las Religiones» los grandes principios reveladores de las civilizaciones antiguas. Como campeón de la libertad, emprende su famosa cruzada contra los Jesuitas y el Ultramontanismo, a la cual arrastra a Michelet. En 1846 se suspenden sus cursos en Lión, y al año siguiente, los de Michelet, en el Colegio de Francia. Quinet se lanza a la lucha política, y participa activamente en la revolución del 48, y en la República triunfante, Quinet parece vivir en una penumbra, quizás por su misma vehemencia y su falta de flexibilidad en las transacciones de los hombres y su intransigencia a nombre de los principios. Ante el golpe de Estado de 2 de diciembre de 1851, Quinet, impotente para organizar la resistencia, se refugia en

Bélgica, y más tarde en la Suiza republicana y calvinista. Este es su período más fecundo como autor. Pero, para él, el pensamiento es siempre una forma de la acción. Napoleón III tuvo el cinismo de perdonar a sus víctimas, y les ofrece la amnistía en 1859. Quinet, como Víctor Hugo, no la acepta. El 5 de setiembre de 1870, le proporcionó un gran dolor y una gran alegría la derrota de Sedán y la proclamación de la República. A lo menos podía esperar que Francia, regenerada, rechazase la invasión. Hacer de Francia el ideal de los pueblos modernos fué su noble sueño.

*La correspondencia de un director de Escuela Normal con sus antiguos alumnos. Fragmentos.*

*El tema libre en la composición francesa*, por L. Dechappe.—El «tema libre», sin ninguna regla, corre el riesgo de ser incoherente y desordenado, aun cuando convenga, sin duda, a la fantasía del niño, y pueda dar, a la larga, resultados excelentes. Convendría quizás ponerle ciertos límites precisos, para no entregarlo únicamente al capricho del niño.

*Notas pedagógicas.*

*Exámenes: Certificado de aptitud para la inspección primaria.*

*A través de los periódicos extranjeros: Suiza romana, Luxemburgo, Bélgica*, por H. Mossier.

*A través de los periódicos franceses*, por Jean Vidal.

*Los libros: I. Libros de biblioteca; II. Libros de clase.*—D. BARNÉS.

---

## INSTITUCION

---

### IN MEMORIAM

NOTA PRELIMINAR A «FILOSOFÍA DEL DERECHO»,  
DE D. F. GINER

por D. José Castillejo.

He aquí el «libro» de D. Francisco, su obra por excelencia.

Porque consideró la Filosofía del Derecho como la vocación de su vida y sintió

al enseñarla más responsabilidades y mayores temores que al tratar de otras materias en que se creía profano. Puso en éstas fresca inspiración y genialidad; alcanzó en aquélla la máxima densidad y el escrúpulo en el retoque.

Cada frase de este libro es una alusión a todo un panorama de doctrinas y problemas, que deja traslucir la abundante cantera de donde salió: aquellas cajas repletas de notas e impresiones de lecturas, material inagotable de trabajo para muchas generaciones, si el espíritu burocrático y recortado del siglo no hubiera impedido a Giner dejar en la Universidad el Seminario de la Filosofía del Derecho en que consistió su cátedra.

Nunca una función docente fué ejercida con más tenaz entusiasmo, en medio de la aridez y hostilidad del ambiente. De aquellas clases crepusculares, en el aula inhospitalaria del caserón universitario, salieron los escritos jurídicos de Giner. En su espíritu, netamente meridional, la conversación alumbraba y daba contornos a las ideas, demasiado complejas y trémulas para osar asomarse sin aquel apremio.

Salían así contrastadas y pulimentadas en el roce con otras inteligencias, con cerebros jóvenes y frescos, de cuyos primeros aleteos sabía Giner extraer el más hondo significado filosófico. Como que su Filosofía arrancaba del conocimiento vulgar, y su Derecho, de la conciencia del pueblo.

Así, la génesis de este libro muestra la ciencia como un producto social; la clase universitaria, como un laboratorio, y la enseñanza, como una colaboración; es decir, los principios que el autor profesó y vivió.

Pero, además, su contenido pone a prueba la sólida vitalidad de las concepciones de Giner. No hay capítulo de la Filosofía más difícil y peligroso que el de la Filosofía del Derecho. Si se inclina al lado metafísico, una realidad clamorosa le pide soluciones de carácter empírico y circunstancial; si toma la posición de una ciencia biológica, su contenido se esfuma o desvanece a medida que se aparta de él la luz de un ideal eterno.

Al publicarse nuevamente, tiene este libro mayor actualidad que cuando se escribió. Porque la época presente, repleta de observaciones e información, tiende en la Filosofía, en la Biología y en la Historia a visiones sintéticas; y queriendo dejar el suelo movedizo y peligroso de un pragmatismo convencional, busca en el campo del Derecho valores universales. Y porque los problemas de la guerra y los de la etapa presente de paz enconada parecen hallar en los ideales de Giner la solución más armónica y elevada.

Las doctrinas que Giner combatió han dado fruto de tragedia. Los horrores de la lucha, el nacionalismo agresivo de esta tregua imperialista y sus ensayos de dictadura se nutren con la idea hegeliana del poder absoluto del Estado nacional, a la cual oponía Giner la soberanía inviolable de individuos, familias y regiones y el supremo límite de una Sociedad de Naciones abarcando a la Humanidad entera.

Al orden social externo, vacío de contenido ético, quiso sustituir una voluntad de cooperación y asistencia entre los hombres, sin más límites que el de los medios y necesidades de cada uno.

En vez de legislación y coacción, que vemos fracasadas como supremos resortes de vida jurídica, pidió la educación de individuos y pueblos en un espíritu de justicia.

Más que leyes buenas, quería jueces rectos y humanos.

La filosofía de Giner se dejó influir por todas las ideas fecundas de su tiempo. Recibió inspiraciones de Kant y Rousseau; recogió el sentido de unidad de Hegel y la síntesis de Naturaleza y Espíritu de Schelling; aceptó el proceso de formación del derecho en la conciencia del pueblo, que la escuela histórica de Savigny había desentrañado; aprovechó las conquistas del positivismo y de la Sociología, el análisis psicológico de Wundt, la dirección idealista de la escuela teológica y la solidez armónica del sistema de Krause.

La nota más excelsa de Giner fué su aptitud para entresacar y depurar ideales, como un imán arranca del polvo inerte las limaduras de hierro.

Por eso fué también, ante todo, un maestro. Supo evocar y levantar en cada uno de nosotros un yo más noble. Nos hizo tener tanta humildad por nuestros defectos como fe en nuestras cualidades positivas.

Y así, este libro, cuya solidez científica y penetración no han sido aún superadas, tiene que parecernos un seco inventario. Casi desearíamos que las ideas no hubieran sido aprisionadas en este texto inmóvil. De tal modo es insustituible para las grandes jornadas de la vida humana: la Ciencia, el Derecho y la Educación, el calor de un alma fervorosa.

*Acta de la Junta general ordinaria de Sres. Accionistas celebrada el día 29 de mayo de 1925.*

Reunidos en el local de la Institución los Sres. Accionistas que al final del acta se expresan, bajo la presidencia del Sr. Pedregal, se leyó la lista de señores socios presentes y representados, que sumaban 102 votos hábiles.—El Sr. Palacios, Secretario, dió lectura del acta de la sesión anterior, celebrada el día 28 de mayo de 1924, que fué aprobada.—Dió también lectura del artículo 14 de los Estatutos, que ordena que «todos los años se reunirá la Junta general, para conocer el estado de la Asociación, examinar y aprobar las cuentas que presente la Junta directiva, elegir tres de los Vocales de ésta y aprobar las medidas conducentes al progreso de la Fundación»; para dar cumplimiento a estos extremos, se procedió a la lectura de la Memoria redactada por la Secretaría, correspondiente al período trascurrido desde la Junta general anterior. Abierta discusión sobre la Memoria, y no habiendo ningún socio que pidiera la palabra, fué aprobada. A continuación usaron de la palabra los Sres. Ontañón, Posada, Cossío y Pedregal, para encarecer la necesidad de una propaganda activa del BOLETÍN DE LA INSTITUCIÓN, cuyos ingresos apenas cubren su presupuesto de gastos.—El Sr. Gancedo insiste, con aprobación de la Junta, en

su moción del año anterior, para que se procure dar a conocer nuestra obra en los países americanos de lengua española.—El Sr. Palacios propone que, en vista del superávit del presupuesto consignado en la Memoria de Secretaría, debiera destinarse parte de él al aumento de la nómina facultativa. El Sr. Presidente manifestó que había de tenerse en cuenta el origen de dicho superávit, en su mayor parte procedente de donativos extraordinarios, y que, por tanto, se debiera autorizar a la Junta a llevar a la nómina facultativa esos aumentos solamente de la parte del superávit procedente de los ingresos normales.—El Presidente de la Corporación de Antiguos Alumnos, Sr. Marqués de Palomares, dió cuenta de haberse llevado a cabo el pasado verano las colonias 42 y 43 que organiza dicha Corporación. El Sr. Presidente propuso que constara en acta el profundo sentimiento de la Junta por las dolorosas pérdidas de D. Juan Vicente Viqueira, antiguo alumno y profesor de esta casa, y de D. Antonio Portuondo Eizaguirre, también alumno de la casa y que tantos años ha estado encargado de la inspección de cuentas.—A continuación, el Sr. Cossío leyó unas cuartillas consagradas a otras dos bien sensibles pérdidas para esta casa: la del profesor que fué en ella Mr. H. St. Capper, y la del que fué grande amigo y simpatizante con nuestra obra Lord Sheffield.—Procedióse después reglamentariamente a sustituir a los señores D. José Manuel Pedregal, Sr. Marqués de Palomares y D. Pablo de Azcárate, a quienes tocaba salir de la Junta directiva. Fueron reelegidos los tres. Se procede después al nombramiento de la Comisión de cuentas para el año próximo, siendo nombrados los Sres. D. Adolfo A. Buylla y D. Leopoldo Soler y Pérez.—Y no habiendo más asuntos de que tratar, se levantó la sesión, de que es acta la presente, que firmo en Madrid, con el vistobueno del Presidente, a treinta de mayo de mil novecientos veinticinco.—V.º B.º—El Presidente, *José M. Pedregal*, El Secretario, *Leopoldo Palacios*.

Emilia Pardo  
Bazán



Emilia Pardo Bazán, «Don Francisco Giner», *La Lectura*, marzo de 1915, recogido en el *BILE*, núm. 659-660, febrero-marzo de 1915, págs. 56-59.

Emilia Pardo Bazán, 1910.

combate» contra el químico? ¿No son ambos colaboradores igualmente indispensables en la obra de la cultura? Cuanto más químico sea el químico, más necesario será el poeta. Se acerca, se acerca un tiempo en el que el materialista y el espiritualista, el conservador y el radical se sentirán, como el poeta y el químico, cordialmente enlazados en una colaboración venturosa.

De un modo análogo, sería interesante ir observando los principios que se manifestaban en los varios aspectos de la mentalidad o de la actividad de D. Francisco, los ejes de los distintos planos de su vida. Podríamos señalar también como ejemplos sus principios en lo relativo a la moral sexual y a la familia, o al valor de la ciencia, o al sentido de la religión.

Pero esas cosas no deben ser tratadas a la ligera, como final de unas notas ya, para su modesto objeto, demasiado extensas. No se busque en las presentes líneas más que un piadoso recordatorio dedicado al maestro y al viejo amigo, y una ojeada consoladora al ancho campo que nos dejó sembrado.

¡Campo de esperanza, mancha verde en la tierra desolada de nuestra patria! ¡Cómo te extenderías, si nosotros, si todos, supiésemos trabajar con la misma pureza de propósitos, la misma energía, el mismo amor que el muerto tuvo siempre!

Porque él fué un trabajador, no un luchador. La lucha hubiera parecido limitación y debilidad; la violencia, degeneración de la fuerza, ante aquella plenitud de conciencia y de alma.

Sembró, no arrancó. Fué todo intimidad y delicadeza. Respetó religiosamente la continuidad de la Historia. También él procuraba tocar con cuidado la caña resentida, para que no se acabase de quebrar.

Hizo bien a todos. No tuvo enemigos. Ardía en santa ira contra el mal. Pero la ira trocábase pronto en conmiseración y la conmiseración era un nuevo estímulo para no desmayar en su empresa de perfeccionamiento humano... *Tanto ti pregho piu, gentil spirto. Non lassar la magnanima tua impresa.*

Su gran espíritu no está ya entre nos-

otros. Amó la paz. Aun en medio de los más viriles esfuerzos por la propia perfección y por la ajena, vivió en paz. Ahora descansa en paz.

«El bien que hacemos—escribía Don Francisco a un amigo suyo. enfermo desde hacía veinte años—es base firme para serenarnos, al menos cuando remite un poco la dolencia, y para mirar sin terror el fin de una vida para cuyo valor, a mi entender, importa poco que todo acabe aquí o siga en una evolución eterna. Cada hora de bien vale por sí un infinito, aunque fuese única.»

No hubo acaso en su vida una hora, una sola hora consciente, que no valiera ese infinito. No; el bien no es un engaño ni una sombra. Habría de serlo la vida entera, y el bien no lo sería. Continuemos. Lo que dejó D. Francisco Giner, lo dejó en nuestras manos, en la de todos, españoles.

Prosigamos, trabajemos unidos y en paz. Los momentos son críticos. No es paz, sino guerra lo que se grita, desde el Iser al Vístula, en toda la extensión de Europa. Sin duda, después de esa convulsión o después de un ciclo, apenas imaginable, de guerras, revoluciones y espantosos trastornos sociales, Europa y el mundo entero se renovarán. *Dies irae...* El siglo se disolverá en cenizas. Pero se abrirá una nueva Era. ¡Qué responsabilidad la de los que lleguen a vivirla! Trabajemos, pues, con doblada energía, con más fe. Tiempos son éstos difíciles, tiempos de prueba, tiempos fatales. Se nos fué nuestro Don Francisco cuando, a la vez, se va, en el mundo, todo un período de la Historia Universal.

LUIS DE ZULUETA.

(*La Lectura*, Marzo 1915.)

## DON FRANCISCO GINER

### CRÓNICA DE MADRID

Pocos días después de haber visitado mi hogar la Intrusa, se dirigió con su andar sigiloso y traicionero, entre las preferidas sombras de la noche, a otro hogar, consti-

túdo por la comunidad de ideales, y asestó el golpe a la preciosa y venerable cabeza de D. Francisco Giner de los Ríos, rector de la Institución Libre de Enseñanza.

Era tal vez el mejor de mis amigos el que acaba de emprender el viaje hacia ese país desconocido que tanto atraía su atención y en el cual no temía entrar, anheloso quizás de la definitiva certidumbre. Nació nuestra amistad, no de similitud de ideas, sino, por su parte, de un bondadoso interés hacia mi trabajo, y por la mía, del conocimiento de la suma de bondad de aquella escogida alma. El, que se dedicaba a tantas cosas útiles, no interrumpió jamás la especie de vigilancia afectuosa que le merecieron las evoluciones de mi arte, y a menudo sus palabras o sus renglones, llenos de efusión y de sinceridad, me consolaron de la crítica incomprensiva, del bárbaro *palo* o del elogio superficial y yerto.

Conocí a D. Francisco Giner siendo yo muy joven, y nunca cesó la comunicación intelectual entre nosotros, aunque la hiciese menos frecuente la excesiva ocupación, de tan diferente índole, que a los dos nos abrumaba por igual. Hallábame en un momento de desorientación, sin saber si escribir en verso o en prosa, atormentada por las ansias de la vocación irresistible, pero confusa e incierta, y sufriendo la duda, que tanto atormenta, respecto de mi aptitud y condiciones para que la labor de mi pluma rebasase un poco del nivel más vulgar. Y en largas conversaciones, Giner me fué abriendo camino. Para alentarme, me sugirió que en mí existía un temperamento artístico. Los consejos, no exentos de cierta severidad sana, me indujeron a estudiar, a viajar, o conocer idiomas y autores extranjeros y, al propio tiempo, a sentir la poesía del ambiente patrio y hasta del casero y familiar. Es más fácil, en esta penosa hora, reconocer la deuda que catalogar el tesoro de luces y de auxilios que debí a Giner. En él se daba un caso singular: no era lo que se llama un literato, a pesar de ser un escritor y expositor notable; pero, al hablar de cuestiones literarias, creyérase que le interesaban, sobre todo, las letras; tal era el calor entrañable que

en ellas ponía. No se contaba en el número de los sabios que conceden a las letras el valor de un bello juego, de un adorno, cuando más. Para Giner, tanta fuerza tenía una novela como un libro didáctico; en igualdad de mérito, los dos, porque en todo veía palpar la vida, el sentido radiante de la espiritualidad humana.

En tal época se discutía mucho acerca de la escuela filosófica a que pertenecía el grupo del cual D. Francisco formaba parte. Contábase que Sanz del Río había traído a España las doctrinas de un pensador alemán, Krause, y a ellas estaban afiliados profesores jóvenes de brillante porvenir, Linares, los tres Calderones, Salmerón: Giner. Sin embargo, ya en los días a que voy a referirme, la escuela había sido impugnada reciamente por Marcelino Menéndez y Pelayo en *La Ciencia Española* y mordazmente, con corrosiva agudeza, por el insigne poeta Campoamor, que siempre cultivó la crítica filosófica, en el terreno del ingenio y hasta de la paradoja chispeante. Estaba, pues, quebrantada ante el público la doctrina, sin que pudiese afirmarse que la conocía bien, y, además, tenida por peligrosa, a pesar del misticismo ardiente de Krause. Y no pocos amigos míos andaban preocupados con el temor de que, por la amistad que me unía a Giner y su grupo, fuese yo a incluirme entre los adictos a la «filosofía alemana», según la consagrada frase.

Era inútil repetir la verdad: que ni había leído dos renglones de Krause, ni D. Francisco y sus amigos me hablaban de filosofía, de la cual poquísimo se me alcanzaba entonces, sin que esto quiera decir que ahora se me alcance mucho más, a pesar de los años transcurridos y las lecturas realizadas. Krause, suponía yo, debía de existir; pero, por nuestras charlas, no lo hubiera sospechado. Es más: otros filósofos me atraían, especialmente Kant; pero aquel Krause, casi mítico, no salió a relucir. Tratábamos de literatura, de algunas novedades científicas al alcance de todos, hasta de política (cosa no muy del gusto de D. Francisco), y nada de iniciaciones, catequizaciones ni propagandas. Todo se re-

ducía a que yo conversase con hombres de valer, y esto lo consideraba afortunado azar, pues de ellos mucho aprendí, sin meterme a indagar si pensaban de esta o de la otra suerte.

Don Francisco me enseñó aquel sentido de tolerancia y respeto a las ajenas opiniones, cuando son sinceras, que he conservado y conservaré, teniéndolo por prenda inestimable y rara, no ya en España, en que las discusiones suelen ser violentas y los juicios rajantes y secos, sino en el mundo que se tiene por más civilizado, como me lo prueban las inverosímiles exigencias de los que se empeñan en traerme por fuerza a su manera de entender las cosas. Don Francisco respetaba, no con los labios, sino internamente, los sentires y pensares ajenos, y ponía en este ejercicio un espíritu de justicia y hasta de amor. Y no era un escéptico, que respeta porque todo le es igual; al contrario, fué el más convencido de los hombres. Otro amigo mío inolvidable, Luis Vidart, solía plantear en nuestras pláticas esta cuestión:

—¿Es compatible la tolerancia con la convicción sólida y profunda?

Y le citaba a Giner como probante ejemplo. Giner, decíale yo, no sólo es un convicto, sino un agitador de conciencias, cabalmente en fuerza de su convicción, y, por lo mismo, su fe le sugiere transigencia respetuosa con la fe y la razón de los demás. A esto respondió Vidart que no todo el mundo podía ser como D. Francisco, y que acaso su tolerancia fuese una «retórica del corazón», un efecto de sensibilidad más que de discurso, porque nadie transige con el error, si está seguro de que lo es.

¡Líbreme Dios de afilar tanto la punta del lápiz como la afilaba aquel buen amigo!

Un instinto me dice que la tolerancia nos es tan indispensable como el aire que se respira. De la aureola de Giner formaba parte esta virtud. ¡Lástima que no escriba la vida de maestro tan singular alguien que haya podido recoger los rasgos y matices de su personalidad encantadora! No he visto a nadie más alegre, más animoso, más infantilmente enamorado del vivir. Su alegría era la de un franciscano de los pri-

meros tiempos, al cual la desgracia de los nuestros hizo heterodoxo. Parte de su alegría se fundaba, como la de los primitivos compañeros del Santo, en la pobreza. «La pobreza es dueña del mundo», parecía repetir todo lo que rodeaba a Giner. «La pobreza anda ligera y no conoce el miedo.» Pobreza, sencillez, modestia y algo de delicado refinamiento en ciertos pormenores; he aquí el ambiente propio del que acaba de morir. Nadie se asemejó menos al sabio de gabinete o biblioteca, huraño, de revuelta melena, de insociables hábitos, que el cariñoso y naturalísimo, y hasta iba a decir inocente, D. Francisco, que no quiso tener cosa suya, y en muchos conceptos pisó la bola del mundo. Envejeció sin ninguna de las manías egoístas que trae consigo la edad, sin desesperar un minuto, sin interrumpir su labor, sin hacer caso, ni mentar siquiera, los achaques y los sufrimientos, que iban acosándole. Su carácter era cosa de estética, pareciendo de ética. Hizo amable la ciencia, amable la austeridad, amable el estoicismo.

Así, los que no estábamos de acuerdo con él en puntos trascendentales, llegábamos al extremo de dudar de nosotros mismos y preguntarnos, como el misero Pilatos: «¿Qué es la verdad?» Y teníamos que ahondar mucho para salir confirmados en aquel propio sentido, en el cual San Pablo nos aconsejó que ahondásemos todo lo posible.

Otro dato que conviene no olvidar es que Giner, a su modo, era un español apasionado. Sufrió cuando vinieron para nosotros aciagos días, y sufrió más porque lo triste no nos entristecía — que fué lo peor del caso. — Puso cuidado en revelar a sus discípulos lo hermoso y sugestivo del fondo español, conociendo, como conocía, los monumentos, regiones y costumbres de España y de Portugal también, por incessantes excursiones, visitas y estudios. Para lo genuino de nuestro modo de ser, tuvo religiosa piedad. Quizá su misma incesante relación con Europa le hizo entender mejor lo castizo. Su simpatía por todas las manifestaciones del arte y del sentimiento le inducía á buscar en lo popular

el alma de las razas; en las ollas, tazas y platos de cerámica ruda, testimonios del pasado, y en la persistencia de las formas, la del carácter étnico.

Era Giner resueltamente feminista. Todo lo que atañía al mejoramiento de la condición de la mujer le interesaba en el más alto grado. Por él conocía yo la famosa obra de Stuart, *La esclavitud femenina*, que tanto influyó en el movimiento feminista de Inglaterra, y que hice traducir y publiqué en castellano, cuando creía que pudiesen aquí importarle a alguien tales asuntos.

Giner profesaba plenamente la igualdad de derechos del género humano, sin distinción de sexos; pero no hizo en este sentido propaganda, al menos que yo sepa, y acaso tuvo razón, porque el terreno está árido y no sabemos cuántas generaciones trascurrirán antes de que pueda germinar en él la semilla. Yo tampoco haría propaganda en esto ahora, y por eso no he concurrido a Congresos extranjeros muy importantes. ¡Y en el momento presente! Ignoramos por completo lo que va a dar de sí esta guerra monstruosa, qué cola traerá, qué brotará sobre la tierra despanzurrada por las trincheras, encharcada, embutida de fragmentos de hierro, ensopada de sangre. Parece difícil que todo vuelva a ser como antes...

Giner veía con repulsión la guerra, porque era de los que desean la paz sin interrupción entre los hombres y los pueblos. No haré a su inteligencia preclara la ofensa de suponer que creyese asequible la aspiración. En esto se diferencia lo ideal de lo real por su misma esencia.

Quizá la guerra haya ensombrecido un momento el sereno declinar de su existencia, que se nos figura imposible que haya terminado. Esto sucede con la muerte: la tenemos prevista, hasta parece que oímos, como en el terrible drama, el chirrido con que afila su hoz; pero, por bien preparados que nos hallemos, cuando nos ciega, al fin, el amarillo relámpago de su faz, nos causa un asombro indefinible, trágico, unido a una especie de incredulidad misteriosa. Y después de haber visto a D. Francisco Gi-

ner extendido en su lecho último, cercado de flores, como dormido, el problema nos tortura, angustioso. «Ser o no ser...»

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

(*La Lectura*.—Marzo, 1915.)

## GINER DE LOS RÍOS

Acaba de morir uno de esos hombres extraordinarios en quienes, de tiempo en tiempo, condensa la humanidad los más puros y admirables triunfos de su ascensión penosa hacia la bondad, el desinterés y el culto de lo verdadero. Cada país da esa condensación según conviene a las notas fundamentales de su espíritu, a lo que en el proceso de su historia fué destilando y condensando como lo más genuino y propio de su personalidad; y así son ellos, a la vez que modelos humanos, hombres representativos de la individualidad de su pueblo, en lo que cada uno puede ofrecer de más alto y aprovechable para la obra común de civilización.

Don Francisco (no me resuelvo a llamarle sino como le llamábamos siempre los que gozamos de su intimidad), ha sido ese hombre, para España, en la segunda mitad del atormentado siglo XIX y el comienzo del desconcertante siglo XX. Para encontrarle alguien que se le parezca entre nosotros (en esa necesidad de las explicaciones por comparación, tan claras para la mayoría de los hombres), sería preciso dar un gran salto atrás hasta encontrarse con Jovellanos, con quien, en efecto, tuvo semejanzas morales e intelectuales, más de aquéllas que de éstas, no obstante los muy diferentes órdenes de vida en que uno y otro actuaron. Este paralelo es, por de contado, muy parcial; no cabe darlo por exacto sino en algunos particulares de las dos personas comparadas, y realmente sólo se puede sostener su pertinencia pensando en la impresión general de honradez, de dulzura, de sano patriotismo, que surge de la figura de Jovellanos. Pero en cuanto se quiere precisar y detallar en

# Antonio Machado



Antonio Machado,  
«A D. Francisco», España, 26 de  
febrero de 1915, recogido en el *BILE*,  
núm. 659-660, febrero-marzo  
de 1915, pág. 41.

Antonio Machado,  
«D. Francisco Giner de los Ríos»,  
Idea Nueva, Baeza, 23 de febrero  
de 1915, recogido en el *BILE*, núm.  
664, julio de 1915, págs. 220-221.

Antonio Machado retratado por Alfonso, hacia 1927.

### Á D. FRANCISCO

Como se fué el maestro,  
la luz de esta mañana  
me dijo: Van tres días  
que mi hermano Francisco no trabaja.  
¿Murió?... Sólo sabemos  
que se nos fué por una senda clara,  
diciéndonos: Hacedme  
un duelo de labores y esperanzas.  
Sed buenos y no más, sed lo que he sido  
entre vosotros: alma.  
Vivid; la vida sigue,  
los muertos mueren y las sombras pasan;  
lleva quien deja y vive el que ha vivido.  
¡Yunques, sonad; enmudeced, campanas!

Y hacia otra luz más pura  
partió el hermano de la luz del alba,  
del sol de los talleres,  
el viejo alegre de la vida santa.

... Oh, sí, llevad, amigos,  
su cuerpo a la montaña,  
a los azules montes  
del ancho Guadarrama.  
Allí hay barrancos hondos  
de pinos verdes donde el viento canta.  
Su corazón repose  
bajo una encina casta,  
en tierra de tomillos, donde juegan  
mariposas doradas...  
Allí el maestro un día  
soñaba un nuevo florecer de España.

ANTONIO MACHADO.

(España, 26 Febrero 1915.)

### ELEGÍA PURA

«EL POBRE SEÑOR HA MUERTO»...

Mis ojos se encuentran, al abrirlos la  
mañana de Febrero, con la ventana sin  
paisaje, todo yerto el cristal de cruda bruma  
triste. El pensamiento de la madrugada,  
interrumpido por el paréntesis vano  
del breve sueño, halla de nuevo, en el  
opaco amanecer, su hilo:... «El pobre señor  
ha muerto»... «El pobre señor ha  
muerto»—dijo anoche un niño.

¡El pobre señor! ¡Qué bien aquí las pa-  
labras! Pobreza señora, con esa señoría  
cierta que, dándolo todo, de todo se ense-  
ñorea, por la rica humildad de su tesoro  
conocido; que hace señor lo que toca: la  
estancia austera en que piensa, el paisaje  
que le da fondo, la cátedra que purifica,  
el jardín que endulza, la amistad que en-  
noblece; todo esto que ahora va a ser de  
nuevo lo que es...

Don Francisco... Parecía que hubiese  
ido encarnando cuanto hay de tierno y de  
agudo en la vida: la flor, la llama, el pája-  
ro, la cima, el niño... Ahora, tendido en su  
lecho, cual un río helado que corriera por  
dentro, es el camino claro para el recorri-  
do sin fin... Fué como la estatua viva de  
sí mismo, estatua de tierra, de viento, de  
agua, de fuego. De tal modo se había li-  
brado de la escoria cotidiana, que, al ha-  
blar con él, se creyera que habláramos con  
su imagen, que tornara a nosotros fiel y  
perdurable. Sí. Se diría que no iba ya a  
morirse: que ya hubiese pasado, sin sa-  
berlo nadie, por la muerte, y que estaba  
para siempre, como un alma, con nosotros.

PAZ

En la puertecita de la alcoba se siente  
ya el bienestar. Una senda de olor a ro-  
mero y violetas, que, con el aire del bal-  
cón abierto, va y viene, conduce, como de  
una blanda mano, hasta el que descansa...  
Paz. La muerte sólo le ha trocado el co-  
lor, con una violada veladura de ceniza.

¡Qué suave huele y qué buena cara tie-  
ne aquí la muerte! No esas agudas esen-  
cias odiosas, ni el exorno de negrura y de  
oropel. Albo es todo esto y pulcro, como  
una casita del campo andaluz, como el en-  
calado portal de un paraíso del mediodía.  
Y todo igual que estaba. Sólo que el que  
estaba se ha ido. ¿Se ha ido? «Es maravi-  
lloso, Dios mío—dice Fraulein Tesman, en  
Hedda Gabler—: ahora Rina está, al mis-  
mo tiempo, conmigo y en el cielo»... Me  
acuerdo de esas jaulas que nos parecen  
vacías porque el pájaro calla en la tabla.  
Pero ¡ay! este dulce pájaro no subirá más  
al palillo sus vuelos ni sus cánticos.

¿Dolor?... No es dolor lo que transe el

## D. FRANCISCO GINER DE LOS RÍOS

Los párvulos aguardábamos, jugando en el jardín de la *Institución*, al maestro querido. Cuando aparecía D. Francisco, corríamos a él con infantil algazara y lo llevábamos en volandas hasta la puerta de la clase. Hoy, al tener noticia de su muerte, he recordado al maestro de hace treinta años. Yo era entonces un niño; él tenía ya la barba y el cabello blanco.

En su clase de párvulos, como en su cátedra universitaria, D. Francisco se sentaba siempre entre sus alumnos y trabajaba con ellos familiar y amorosamente. El respeto lo ponían los niños o los hombres que congregaba el maestro en torno suyo. Su modo de enseñar era el socrático, el diálogo sencillo y persuasivo. Estimulaba el alma de sus discípulos — de los hombres o de los niños — para que la ciencia fuese pensada, vivida por ellos mismos. Muchos profesores piensan haber dicho bastante contra la enseñanza rutinaria y dogmática, recomendando a sus alumnos que no aprendan las palabras, sino los conceptos de textos o de conferencias. Ignoran que hay muy poca diferencia entre aprender palabras y recitar conceptos. Son dos operaciones casi igualmente mecánicas. Lo que importa es aprender a pensar, a utilizar nuestros propios sesos para el uso a que están por naturaleza destinados y a calcar fielmente la línea sinuosa y siempre original de nuestro propio sentir, a ser nosotros mismos, para poner mañana el sello de nuestra alma en nuestra obra.

Don Francisco Giner no creía que la ciencia es el fruto del árbol paradisiaco, el fruto, colgado de una alta rama, maduro y dorado, en espera de una mano atrevida y codiciosa, sino una semilla que ha de germinar y florecer y madurar en las almas. Porque pensaba así hizo casi tantos maestros como discípulos tuvo.

Desdeñaba D. Francisco Giner todo lo aparatoso, lo decorativo, lo solemne, lo ritual, el inerte y pintado caparazón que acompaña a las cosas del espíritu y que acaba siempre por ahogarlas. Cuando veía

aparecer, en sus clases del Doctorado — él tenía una pupila de lince para conocer a las gentes — a esos estudiantones hueros, que van a las aulas sin vocación alguna, pero ávidos de obtener a fin de un año un papelito con una nota, para canjearlo más tarde por un diploma en papel vitela, sentía una profunda tristeza, una amargura que rara vez disimulaba. Llegaba hasta rogarles que se marchasen, que tomasen el programa H o el texto B para que, a fin de curso, el señor X los examinase. Sabido es que el maestro de maestros no examinaba nunca.

Era D. Francisco Giner un hombre incapaz de mentir e incapaz de callar la verdad; pero su espíritu fino, delicado, no podía adoptar la forma tosca y violenta de la franqueza catalana, derivaba necesariamente hacia la ironía, una ironía desconcertante y cáustica, con la cual no pretendió nunca herir o denigrar a su prójimo, sino mejorarle. Como todos los grandes andaluces, era D. Francisco la viva antítesis del andaluz de pandereta, del andaluz mueble, jactancioso, hiperbolizante y amigo de lo que brilla y de lo que truena. Carecía de vanidades, pero no de orgullo: convencido de ser, desdeñaba el aparentar. Era sencillo, austero hasta la santidad, amigo de las proporciones justas y de las medidas cabales. Era un místico, pero no contemplativo y extático, sino laborioso y activo. Tenía el alma fundadora de Teresa de Ávila y de Iñigo de Loyola; pero él se adueñaba de los espíritus por la libertad y por el amor. Toda la España viva, joven y fecunda acabó por agruparse en torno al imán invisible de aquel alma tan fuerte y tan pura.

... Y hace unos días se nos marchó, no sabemos adónde. Yo pienso que se fué hacia la luz. Jamás creeré en su muerte. Sólo pasan para siempre los muertos y las sombras, los que no vivían la propia vida. Yo creo que sólo mueren definitivamente —perdonadme esta fe un tanto herética— sin salvación posible, los malvados y los farsantes, esos hombres de presa que llamamos caciques, esos repugnantes cucañistas que se dicen políticos, los histriones

de todos los escenarios, los fariseos de todos los cultos, y que muchos, cuyas estatuas de bronce enmohece el tiempo, han muerto aquí y, probablemente, allá, aunque sus nombres se conserven escritos en pedestales marmóreos.

Bien harán, amigos y discípulos del maestro inmortal, en llevar su cuerpo a los montes de Guadarrama. Su cuerpo casto y noble merece bien el salmo del viento en los pinares, el olor de las hierbas montaraces, la gracia alada de las mariposas de oro que juegan con el sol entre los tomillos. Allí, bajo las estrellas, en el corazón de la tierra española, reposarán un día los huesos del maestro. Su alma vendrá a nosotros en el sol matinal que alumbró los talleres, las moradas del pensamiento y del trabajo.

A. MACHADO.

(Idea Nueva, Baeza, 25 Febrero 1915.)

*Nota de Secretaría leída en la Junta general de Sres. Accionistas, celebrada el 31 de Mayo de 1915.*

La Junta directiva, según costumbre, acude en este acto a referiros brevemente lo que ha sido la marcha de la Institución en el curso que va a terminar: algo de lo que ha constituido su labor íntima y las preocupaciones de los profesores y los datos resumidos que expresan la situación económica y el estado de fondos. Al intentarlo, necesariamente se presenta a la memoria de todos, el nombre reverenciado de D. Francisco Giner, cuya vida, si ha sido la vida misma de la Institución durante cerca de 40 años, tiene que ser en lo porvenir como el símbolo que a todos nos una para seguir trabajando con amor en la renovación constante de lo que fué su obra más querida.

¿Qué propósitos de reforma acariciaba en sus últimos años nuestro inolvidable maestro? Entre otros, dos, que afectan hoy por hoy muy hondamente a la vida de la Institución: continuidad en la formación del personal, con vocación y también con independencia económica asegurada, y la instalación de nuestras escuelas en un medio que reúna el máximo de refinada modestia con el máximo de condiciones higiénicas y de rusticidad; condiciones indeclinables, ambas, para vigorizar nuestra juventud.

Planes de enseñanza, programas y direcciones metódicas, la Institución ha recogido y ha elaborado un rico arsenal, sujeto sin duda a rectificación; pero que sólo parcialmente y con interrupciones constantes ha podido poner en práctica en los distintos grados de la educación, precisamente por falta de personal que lo planteara y que siguiera estudiando su desenvolvimiento. Estamos seguros de la orientación, mas quizá no podemos estar satisfechos igualmente de la ordenada intensidad cualitativa y cuantitativa de nuestra labor educativa con los muchachos. Y esta observación general, que no asoma ahora por vez primera en las notas de Secretaría, al concretarse en la opinión unánime de los profesores y de la Junta directiva, determina con bastante seguridad la dirección en que deben encaminarse los esfuerzos inmediatos de reforma.

La matrícula se ha sostenido en el curso actual en el término medio calculado: 121 alumnos. Este número total de alumnos se descompone primeramente en dos grandes grupos: una pequeña sección de párvulos (15) y tres secciones de enseñanza primaria, elemental y superior con 80 alumnos (43 niños y 37 niñas) entre las tres secciones, que absorben casi la totalidad del alumnado, y también condensan la mayor parte de las fuerzas con que la Institución cuenta de una manera regular y metódica para la realización de sus planes. Los otros 26 alumnos forman el grupo de mayores, en el cual nuestra acción se debilita forzosamente, porque no podemos intensificar, en el grado que quisiéramos, el esfuerzo educativo que las condiciones de su edad exigen, ni responder, dentro de nuestro ideal y de nuestro criterio, a todas las exigencias de su formación y de su cultura. Es éste un antiguo problema que la Junta de profesores ve con perfecta claridad, y sólo espera mejores tiempos para poderlo resolver.

También en el curso actual hemos procurado mantener vivo el interés por las excursiones dentro y fuera de Madrid. Las primeras, de carácter histórico, artístico e industrial, como medio de enseñanza que no se interrumpe, y las segundas, que tienen una finalidad doble: unas consisten en paseos, excursiones y deportes de la nieve, utilizando las ventajas que ofrecen nuestras Casas-refugio en el Guadarrama y en La Granja, y otras, las que se hacen en las vacaciones de Navidad y Semana Santa, más especialmente con carácter instructivo, a los Centros artísticos e industriales próximos a Madrid, y aun lejanos, como las verificadas este año por va-

## Constancio Bernaldo de Quirós



*El Hon. general inglés Mr. C. G. Bruce, explorador del monte Everest, en el Himalaya, que ha dado una interesante conferencia en la Residencia de Estudiantes, con el duque de Alba y Sr. Bernaldo de Quirós (For Pío)*

Charles G. Bruce, el duque de Alba y Bernaldo de Quirós, reunidos con motivo de la conferencia del primero en la Residencia de Estudiantes, Madrid. Fotografía publicada en El imparcial, Madrid, 14 de enero de 1926.

Constancio Bernaldo de Quirós.  
«El hombre y el maestro», Acción socialista, 27 de febrero de 1915, recogido en el *BILE*, núm. 659-660, febrero-marzo de 1915, págs. 76-78.

Constancio Bernaldo de Quirós.  
«La memoria de D. Francisco Giner», *BILE*, núm. 747, junio de 1922, págs. 185-187.

## EL HOMBRE Y EL MAESTRO

Quien no haya conocido a D. Francisco Giner, difícilmente podrá ya formarse una representación aproximada de su persona. Los elogios, las semblanzas, las anécdotas, a lo sumo podrán recomponer vagamente su bellísima figura moral un brevísimo instante, tan breve como el que dura a los ojos de nosotros, sus discípulos, la querida sombra de su cara, cuando la evocamos mentalmente sin el auxilio de ninguna fotografía.

Por el contrario, todo aquel que tuviera la fortuna de haberle conocido, cambiando con él una sola vez la mirada y la palabra, no necesita ajena ponderación, panegírico de otro, para apreciar el enorme valor moral y social perdido por ahora en la circulación de la vida inexorable. En el acto se veía en aquel menudo y ágil hombre mediterráneo vestido con tal sencillez, se veía en el acto un hombre extraordinariamente superior y excepcional, último fruto de una raza y una civilización insignes que antes de Cristo producía ya ejemplares preciosos en la Grecia. Las virtudes y las gracias, cuanto es fuerza y cuanto es atractiva belleza, se hermanaban en él, todas desarrolladas por igual y manifestándose en una euritmia completa. Todos hemos conocido multitud de hombres que, dotados magníficamente en tal o cual función espiritual, son deficientes o defectuosos en otras. Estos son, a pesar de las apariencias brillantes que puedan ofrecer, monstruos verdaderos a quienes no se debe admirar por lo propio que constituye su monstruosidad precisamente; tal como aquel hombre de ingenio, de apellido Ingegneros, que hallaba bien en Adelina Patti todo menos su monstruosidad personal: su voz de oro, por lo que, según cuenta, no la felicitó cuando fué presentado a ella. Pero tan sólo hemos visto y conocido un D. Francisco Giner, en quien todo — inteligencia, sentimiento, voluntad — estaba por igual y nada faltaba.

Se comprenderá, pues, que este hombre fuera, ante todo y sobre todo, un educa-

dor, y que lo hubiera sido a su pesar, si no lo hubiera intentado. Pero él quiso serlo con toda su vehemencia pasional y lo fué con el mayor de los éxitos que haya sido posible lograr en un país salvaje como el nuestro, aun tomando este su salvajismo «en el mejor sentido de la palabra», como pretende Havelock Ellis. Fué D. Francisco Giner profesor por medio siglo de Filosofía del Derecho en la Universidad central. Su enseñanza, aun habiendo sufrido las correcciones y adaptaciones que a todo espíritu que vive a compás con él impone el tiempo, se inspiró siempre en el sentido del filósofo alemán Krause, que importó en España D. Julián Sanz del Río. Este sentido puede resumirse diciendo que consiste en dar al Derecho un contenido ético mayor que el que suelen concederle otras doctrinas, hasta el punto de suprimir la coacción como nota característica del Derecho. Y fué en la esfera del Derecho penal donde más y mejor fructificaron sus enseñanzas. Fué una verdadera sorpresa para los criminalistas italianos que, treinta años hace, innovaron esta disciplina jurídica, encontrar en un criminalista español, D. Pedro Dorado Montero, las ideas más afines a las suyas, más radicales y profundas que circulaban por entonces en Europa. Procedían todas del maestro D. Francisco Giner, fuente de la que comenzó a llamarse «escuela penal española», que desde la idea vieja correccional de Carlos Roeder—otro discípulo de Krause, en la tierra alemana—llegó aquí al mayor grado de elaboración bajo la fórmula de la «tutela jurídica del delincuente», que todavía D. Pedro Dorado Montero caracteriza al día mejor, llamando al Derecho penal del porvenir «el Derecho protector del delincuente». Nosotros, que en modesta medida, como soldados de fila, hemos combatido no pocos años en esta campaña, evocamos ahora, mientras se cubren las cuartillas de signos negros, las horas inolvidables de tantos cursos de aprendizaje en su curso de la Universidad central: la pequeña aula donde nos sometía a su disciplina, cuando preparábamos el libro «Las nuevas teorías de la criminalidad», hundién-

dose poco a poco en la penumbra del crepúsculo, mientras vibraba la palabra ardiente del maestro con aquella poderosa facultad crítica, ariete que desmoronó tantas veces nuestras cuartillas. La noche nos cogía totalmente y alguno de nosotros, sigilosamente, se levantaba a encender las bujías sobre la chimenea que alumbraba con su rojo hogar la íntima escena de enseñanza.

Además de esta función universitaria y sobre ella, D. Francisco Giner fundó y dirigió la «Institución Libre de Enseñanza», que, siendo en sus orígenes una especie de escuela de estudios superiores opuesta por los espíritus libres (Salmerón, Azcárate, Labra, Linares, etc.) a las restricciones de la Restauración, acabó, al término de una evolución curiosa, siendo un centro de cultura general, un colegio único e inimitable de primera y segunda enseñanza. Esta fué su gran obra y la que él amaba más, como hija de su alma. Largo y difícil sería explicar qué era, en esta su última y definitiva fase, la Institución Libre de Enseñanza. Diremos tan sólo sus rasgos fundamentales, a saber: la coeducación, esto es, la enseñanza simultánea de ambos sexos, niños y niñas, mezclados desde el principio en la escuela, como han de encontrarse en la vida; la abstención de toda enseñanza religiosa, reservada exclusivamente a las familias; el procedimiento cíclico, que da desde los comienzos a los alumnos toda clase de conocimientos, cada vez más ampliados, según la edad, como círculos concéntricos; y, finalmente, la supresión de premios y castigos. Don Francisco aparecía a diario entre los niños enseñando a los pequeñuelos bien historia del arte, bien geología, como quien da pan a los pájaros; y así es justo que, cumpliéndose su voluntad, si alguna vez son trasladados sus restos desde la sepultura donde descansan en el cementerio civil del Este, entre D. Julián Sanz del Río y D. Fernando de Castro, sus dos grandes maestros, vayan a reposar para siempre bajo el tejo del jardinito de la Institución, en torno del cual juegan las criaturas para quienes abre la vida su perspectiva deslumbradora. De esta

suerte se cumplirá su deseo de permanecer entre los vivos más allá de la muerte y aceptaremos su voluntad aun aquellos que, habiendo recibido de él el amor a las cumbres elevadas, nos complacíamos en la esperanza de tenerle en la Sierra, donde la vieja montaña que le guardara cambiaría en adelante su nombre por el de él, como Mulhacén, de nombre anterior desconocido, desde que la sultana Zoraya depositó allí el cuerpo del desgraciado padre de Boabdil.

Ejerció D. Francisco Giner una poderosísima influencia social en vida. Los más eminentes contemporáneos suyos la sintieron y recibieron de él la inspiración o la energía para las creaciones y las reformas que últimamente se señalan en nuestra España. El modesto hotelito del paseo del Obelisco, donde la Institución Libre de Enseñanza tiene su domicilio, y aun más especialmente su sala particular de hombre de trabajo, era el minúsculo rincón de España en intensa relación constante con Europa, donde de todo se hablaba y se sabía, donde se hallaba con frecuencia algún eminente extranjero venido a saludarle, ofreciéndose en el diálogo de uno con otro a los presentes las más raras e inolvidables fiestas espirituales, donde solía entrarse triste, decaído, herido en la batalla diaria de la vida, llevando una confianza a su sabiduría inagotable, y de donde se salía repuesto y animoso, llena el alma, poco antes agotada, de un desbordante valor adquirido de aquella generosa fuente de energía en una sola mirada, en algunas palabras, en un contacto de sus manos sabias. Poderosísimo foco radiante en el vacío frío del espacio, ¿cuándo volverá a encenderse otro tan brillante y tan cálido, tan activo?, ¿cuándo la tierra volverá a dar otra humanidad semejante?

Don Francisco Giner deja tras de sí algunos hermosos libros de Derecho, de Sociología, de Estética y de Pedagogía especialmente; escritos algunos de los primeros en colaboración con D. Alfredo Calderón, el más compenetrado con él, de todos sus discípulos en este aspecto. Deja también multitud de discípulos que viven

sus doctrinas y enseñanzas que, como Cosío, Rubio y Flórez, las seguirán transmitiendo siempre. Y también son no pocos los que precedieron en el tránsito definitivo donde todo se revuelve. Escribiendo estas frases recordamos, por todos, la dulce cara enfermiza de uno de estos últimos, creo que se apellidaba Salas, muerto a poco de ganar una cátedra de Derecho, de Zaragoza. Por aquellos días comenzamos nosotros a tratar a D. Francisco, y conocimos por primera vez, llenos de emoción y asombro, el gesto de dolor, las palabras vehementes de rebeldía del filósofo contra la absurda muerte, que hiere siempre a ciegas. Vivos y muertos, los más de los discípulos son los antiguos alumnos de la Institución Libre de Enseñanza, formados en su sentido de la vida, de marcada influencia sajona. Nuestro maestro, natural de Ronda, donde esta influencia es tan marcada, la mostró siempre, siendo—a la inversa de la balada del poeta alemán Enrique Heine—palmera del valle Mediterráneo enamorado del abeto del Norte. Pero sin que faltara en él el dolorido amor a la tierra patria que le tuvo sangrando toda la vida.

C. BERNALDO DE QUIRÓS.

(*Acción Socialista*, 27 Febrero 1915.)

### UN MAESTRO

De necrología se ha de vestir hoy esta crónica, para ser fiel a la dolorosa actualidad. Un maestro ha desaparecido de entre nosotros. Y es tan raro, en la España de hoy, tan raro, para los hombres que pasan de los treinta, sobre todo, lo que se quiere significar con esta palabra: ¡maestro! El que se va, lo ha sido durante toda su vida, vida ejemplar como pocas; y, por ello, ha de seguir siéndolo aun después de muerto. Y al desaparecer de entre nosotros, se lleva D. Francisco Giner de los Ríos el respeto de todos, hasta el de aquellos que no participaron de sus ideas.

Su cualidad de maestro es el rasgo saliente de su fisonomía. El maestro, no

siempre lo encontramos, casi nunca lo encontramos en las aulas: habrá en ellas hombres eminentes que nos inicien en los principios, en los métodos de una disciplina, que nos habiliten para seguir, por cuenta propia, trabajando en una dirección, hacia donde su impulso primero nos lanzara; si hay también maestros, serán muy contados, porque no lo es quien quiere, sino aquel que ha recibido con el ser, don de magisterio. Maestro puede ser un hombre sin letras, y notorio es que los grandes sabios no suelen resultar, por añadidura, grandes maestros. Si les damos nombres de tales, ha de entenderse en un sentido restrictivo, que lo limita al terreno de la ciencia o arte que enseñan. Con exacto conocimiento se inventaron y aplicamos hoy, en el sentido que tienen para nosotros, las palabras catedrático, profesor; la de maestro, se la reservamos a los que primeramente tuvieron a su cuidado nuestras inteligencias infantiles, enseñándonos, no algunas cosas, sino a ver las cosas, o a los que tuvieron el deber de hacerlo; más humildes en las categorías de nuestra sociedad, con estarles encomendada la más noble función, que amplía y perfecciona la obra paterna. Y maestro viene a ser, más que nadie, aquel que despertó en nosotros algo que dormía; aquel que nos ensanchó los horizontes del vivir y del pensar; aquel, en una palabra, que, tal vez sin enseñarnos nada concreto, nos puso en camino de descorrer, por nosotros mismos, algo del velo que nos encubre la propia personalidad; que nos hizo ver lo más conforme a nuestra naturaleza y nos decidió a seguirlo sin desmayo.

De estos últimos fué D. Francisco Giner para cuantos a él se llegaron.

Su persona tenía tal atractivo, que desde el primer momento cautivaba. No era un hombre como los que vemos todos los días, aquel viejecillo, pequeño de cuerpo, enjuto de carnes, de recia barba corta, que evocaba en su aspecto figuras de leyenda dorada; asceta laico, en quien revivía, con toda su nerviosa movilidad, el tipo del San Pedro que, en el *Entierro del Conde de Orgaz*, apoyado en las nubes,

tuía un artículo, en las enmiendas de la Delegación británica, fué discutida en su esencia y en varios pormenores; pero al fin se aceptó la novedad de una manera análoga a la que representa el texto del artículo 26 bis.

Terminadas así las cuestiones que estimó principales, la Subcomisión volvió a la general, ya apuntada varias veces en las deliberaciones, de la forma según la que el estatuto había de ser aprobado por la Asamblea o por los Estados. Las opiniones estaban muy divididas: unas, favorables al solo voto de la Asamblea como suficiente para crear el compromiso entre los Estados; otras, que estimaban necesaria una convención expresa, firmada y ratificada por las Potencias. No se resolvió el punto en la Subcomisión, por estar sometido su examen a la Mesa de la Asamblea.

---

## INSTITUCION

---

### IN MEMORIAM

---

#### LA MEMORIA DE DON FRANCISCO GINER

por *Constancio Bernaldo de Quirós*.

Del Instituto de Reformas Sociales.

«Oh, sí, llevad, amigos,  
su cuerpo a la montaña,  
a los azules montes  
del ancho (1) Guadarrama.»  
ANTONIO MACHADO: *A Don  
Francisco Giner de los Ríos*.

Mas la Pedriza tiene también ahora su ángel bueno, que combate el sombrío recuerdo de Pablo Santos.

En la cara del Canto del Tolmo, que mira hacia el oeste precisamente, casi por encima del claro manantial, una lápida blanca irradia la memoria de D. Francisco Giner entre las peñas bravas.

(1) El adjetivo resulta totalmente impropio. El Guadarrama no es «ancho», sino largo. En el centro de la cadena, hacia el Puerto de su nombre, se reduce a una arista de 10 Km de espesor que la línea férrea atraviesa rápidamente. Aun en su diámetro transversal máximo, entre Pedraza y Torrelodones, a uno y otro extremo de los depósitos diluviales, el Guadarrama no llega a los 60 Km. de anchura. Perdoneme el gran poeta esta rectificación fácil.

«A los motivos de simpatía y afecto que nuestro hermoso Canto del Tolmo ofrece: el manantial, el hogar, el valiente roble que le adorna—decíamos nosotros en el sentido acto de la inauguración de este sencillo recuerdo, el 6 de junio de 1915, ante muchos maestros y discípulos (1)—, acabamos de añadir uno más, incrustando en su superficie la lápida destinada a recordar, en la más áspera entraña de la Sierra, la gloriosa memoria de D. Francisco Giner de los Ríos, ya que, para mayor perpetuidad, no hayamos podido esculpir su nombre, como fuera nuestro proyecto primitivo, sobre este basto granito de la Pedriza, que tiene en su propia deleznablez la razón de su sorprendente relieve que estáis viendo.

»Nuestro maestro no conoció, ciertamente, este formidable paisaje geológico; sus ojos no vieron de la Pedriza sino las crestas lejanas, «el pintoresco dentellado», como él mismo escribió, con que se recortan en el cielo azul, marchando desde Villalba al Puerto de Navacerrada. Pero no es menos cierto que le agradaría, haciendo vibrar en su espíritu poderosas sensaciones de belleza. Dondequiera, por lo demás, se hallaba él a gusto en estas queridas Sierras; él, tan sabio gozador de la Naturaleza. Nosotros colocamos aquí esta piedra, no sólo porque el Canto del Tolmo—hermoso bloque para tallar el monumento al Guadarrama—nos parece merecer de conllevar la grandeza del nombre de D. Francisco, sino con el propósito de tenerle a la puerta de nuestra casa en construcción, que ha poco habéis visto en nuestra Pedriza querida; leyéndole a diario, para que nos dé la virtud de entender y practicar el amor a las montañas con la elevación y la dignidad que él personalmente sabía y quería comunicarnos, como homenaje e imitación de las cumbres silenciosas y fuertes.»

La alusión que en su estudio *Paisaje* se encuentra al «magnífico tono frío amorado» de los gneises de los acantilados del circo de las Dos Hermanas, en el macizo

(1) Cfr. el número 663 del *BOLETÍN*.

de la Peñalara, donde, según Obermaier (1), debió existir otra laguna glaciar, ya desecada, nos hizo desear primeramente para este sitio, admirado expresamente por él (2), el emplazamiento del humilde recuerdo. Pero allí estaría ocioso, casi baldío, en el abandono completo de este paisaje; mientras en la encrucijada de los caminos interiores de la Pedriza, que se señala casi exactamente en el Tolmo, la pequeña lápida, extraída de cualquier cantera anónima, realiza día tras día la función de recordar al glorioso y resplandeciente maestro, que, entre tantas elevadas enseñanzas, inició en el amor del Guadarrama incluso a los que, tal el que escribe estas páginas, le tenían como destino último, por la raza; pues— como se dice en una de las más extrañas narraciones de Rudyard Kipling (3)—, «basta que un hombre lleve en sus venas una gota de sangre montañesa, para que, al fin, vuelva al sitio de donde salió», ¡oh sagradas cumbres de San Juan de Malagón, del Cabezo del Guijar y de Cueva Valientel!

D. Francisco Giner fué el más ilustre y eficaz de los precursores del alpinismo castellano.

Su gusto por el campo, que debió, sobre todo, a la influencia de D. Juan Facundo Riaño, llegó hasta el Guadarrama, hacia la mitad del camino de su vida, recibiendo del geólogo Macpherson la educación que su espíritu, tan sensible a la belleza de las construcciones humanas—pues era la Arquitectura la que más le impresionaba de las Bellas Artes— apenas necesitaba para

comprender la grandiosa tectónica de la tierra. Pero D. José Macpherson era, dentro de la Sierra, el geólogo de la Peñalara, cuyas nieves impregnadas de residuos de rocas extrañas le dieron, en la primavera de 1884, la explicación de las extrañas puestas del Sol, singularmente ricas de colores, que el verano anterior habían llamado la atención en toda Europa, atribuyéndolas a las cenizas volcánicas en que la formidable erupción del Krakatoa, en las remotas islas de la Sonda, había envuelto al hemisferio boreal desde la noche del 26 de agosto de 1883, en que ocurrió el cataclismo geológico: brillante intuición que acredita el genio del sabio español, a quien su dificultad en la expresión escrita de las ideas coloca hoy en el número de los pocos entendidos.

Casi limitado a la Peñalara y al Valle de Lozoya, D. Francisco Giner desenvuelve en esta gestión de la Sierra toda su acción intensa.

Carecía, casi enteramente, del sentido de la orientación, que, sin embargo, forma parte, al menos en apariencia, de otro, el del oído, en él tan delicado. «Se perdía en su casa», según la expresión de Cossío, a quien puede considerarse como a su hijo. No sentía el deseo de las escaladas peligrosas por los riscos difíciles. Andaba mucho y muy bien, con gran ritmo. Le gustaba la nieve y se bañaba, todavía anciano, en el agua de los ríos, con la primera luz de la mañana, rompiendo la costra de hielo de la superficie. Todo le interesaba y cautivaba su atención, suscitando el manantial de su efusiva palabra, cambiante a cada instante de motivo, como las irisaciones del agua.

El fino novelista Acebal me ha referido una pequeña anécdota que muestra amablemente en acción el excursionismo de D. Francisco Giner, en sus aspectos más personales.

Marchaban de Torrelodones al Hoyo de Manzanares, perdidos, como siempre. Un empinado risco ofreció de improviso una atalaya momentánea. Pero en vano intentaban escalarle los dos discípulos que acompañaban al maestro. Increpándoles graciosamente por su ineptia, D. Francis-

(1) Obermaier y Carandell: *Los glaciares cuaternarios de la Sierra de Guadarrama* (en la serie geológica, número 19, de las publicaciones del Museo Nacional de Ciencias Naturales), Madrid, 1917, página 43.

(2) He aquí el pasaje: «Recuerdo el magnífico tono frío amoratado de los acantilados del circo de las Dos Hermanas, en el macizo de Peñalara, debido a la hidratación del óxido de hierro contenido en las micas de sus gneises; mientras que en el Puerto del Reventón, en el vallecito de la Berzosa (debajo de La Maliciosa y de las Cabezas de Hierro), y en tantas y tantas otras partes, ese mismo gneis, por cuyas lajas corre una fina capa de agua, ofrece los rojos más cálidos, ricos y transparentes, merced a otro grado de hidratación de esos mismos hierros.»

(3) Rudyard Kipling: «El milagro de Purun Bhagad», en *El libro de las tierras vírgenes*.

co intenta, a su vez, coronar el bravo risco. A brazo partido, trata de dominarle un cuarto de hora.

—Para el honor ¿es bastante?— exclama, al fin, dirigiéndose a los compañeros. Todos tres reanudan la marcha persiguiendo el Hoyo de Manzanares. La tarde avanza y es preciso conceder tiempo al regreso. Pero hay una pequeña eminencia a la vista, y los tres se prometen llegar a ella, como última concesión a su pesquisa. ¡Decepción última! El breve vallejo, salpicado de peñas verdinegras entre la vegetación esteparia, está desierto. D. Francisco, antes de partir, extiende el brazo y dice estas palabras:

—Señores, yo les aseguro que la última vez que estuve en este sitio, el Hoyo de Manzanares estaba ahí.

Todo esto es todavía la infancia del guarramismo de hoy. Pero cuantas veces, con dirección al Albergue Giner, remontando el arroyo de la Majadilla, con el que alguna vez he querido comparar al maestro (1), he cruzado, semidesnudos, abrasados por el sol, con los hermosos y atrevidos escaladores del Pájaro o de cualquiera de los innumerables riscos peligrosos de la Pedriza, ejemplares de prometedora juventud de una raza inmortal que se renueva eugénicamente, he pensado con alegría interior que ocupa largo tiempo la conciencia en un estado feliz y sin palabras.

—También éstos descienden de don

(1) Cfr. mi artículo «La clase de D. Francisco» en la *Revista de Derecho Privado*, de 15 de mayo de 1915. «Arroyo de la Majadilla, con tus pequeños meandros encajados, tus bifurcaciones, tus afluentes, tus accidentes todos, resultantes de la leve, tenue naturaleza del agua sobre la aspereza y dificultad de la roca, me eres más grato ahora recordándome el pensamiento del maestro, ante el cual callábamos todos encantados, lo mismo que ante la canción eterna de ti y de toda agua corriente! A menudo, cuando el entusiasmo por la idea querida o la crítica de los errores, las vulgaridades y los convencionalismos le apasionaban, el arroyo sonaba como torrente y salpicaba efervescentes espumas... Más tarde, cuando sonaba la hora límite de la clase y llegaba el momento de resumirla, el agua se remansaba clara, fría, serena, dejando ver bajo el cristal la profundidad enorme de la sima. Así trabajaba el maestro en clase, y sobre nosotros - cantos rodados en el álveo - pasaba la corriente pulimentadora.»

Francisco Giner, que les sonríe y aprueba desde el gran Canto del Tolmo y desde el pequeño albergue de la Umbría Calderón, donde, con su nombre y retenida por él, vive todavía una parte de su persona.

*Acta de la Junta general ordinaria de Sres. Accionistas, celebrada el día 28 de mayo de 1921.*

Reunidos en el local de la Institución los Sres. Accionistas que al final del acta se expresan, bajo la presidencia de don José M. Pedregal, se leyó la lista de los socios presentes y representados, que sumaban un total de 105 votos hábiles.—El Sr. Secretario dió lectura del acta de la sesión anterior, celebrada el 28 de mayo de 1920, que fué aprobada.—Leído a continuación el artículo 14 de los estatutos, que ordena que «todos los años se reunirá la Junta general para conocer el estado de la Asociación, examinar y aprobar las cuentas que le presente la Junta directiva, elegir tres de los vocales de ésta y aprobar la medidas conducentes al progreso de la fundación», y para dar cumplimiento a estos extremos, se procedió a la lectura de la Memoria, redactada por la Secretaría, correspondiente al período trascurrido desde la Junta general anterior.—Abierta discusión sobre la Memoria, la Junta acordó, ante todo, por unanimidad, que constara en acta el sentimiento de la misma por la irreparable pérdida del antiguo profesor de la Institución D. Blas Lázaro e Ibiza.—Después la Junta aprobó, por unanimidad, el acuerdo de la Junta directiva de conceder una pensión de 75 pesetas mensuales a la viuda del inolvidable profesor de esta casa D. Edmundo Lozano.—Acordó también la Junta que las mil pesetas de la libreta número 1.083 de la Caja de Ahorros de la Compañía Madrileña de Urbanización, procedente de la herencia de D. Vicente Calderón, se destinen a la compra de una parcela de terreno en la Ciudad Lineal.—El Sr. Marqués de Palomares dió cuenta de haber realizado la Corporación de Antiguos Alumnos las colonias de vacaciones

## El Marqués de Palomares del Duero (Antonio Vinent y Portuondo)



Antonio Vinent, Marqués de Palomares.

El Marqués de Palomares del Duero  
(Antonio Vinent y Portuondo),  
«Final», *BILE*, núm. 659-660,  
febrero-marzo de 1915, pág. 44.

tal de aquellos filósofos que fiaban al amor, al trabajo y a la cultura la felicidad y la perfección de las humanidades encima de la tierra.

JOAQUÍN DICENTA.

(*El Liberal*, 21 Febrero 1915.)

### ADIÓS A DON FRANCISCO

¡Adiós, D. Francisco, padrecito nuestro! ¡Adiós, viva lucecita de albergue, encendida en la gran noche moral de España!

¿Te has apagado para condenarnos a la larga tiniebla, a nosotros, peregrinos pecadores? ¿O bien, acaso, porque ya en el oriente diríase que apunta una indecisa claridad?

¿Cómo fué tu voz, oh, D. Francisco —aquella voz con que nos decías mientras tus brazos se levantaban al cielo: «¡Pero, hombre!»... «¡Dios mío!»... «¡Qué cosas!»...—; tu voz, que nunca supimos si cantaba una canción de alborozo o una elegía?

XENIUS

(*España*, 5 Marzo 1915.)

### FINAL

... Se habían ido los últimos coches; al lado de la tumba de D. Francisco Giner quedaban algunos, muy pocos, de sus antiguos alumnos. Les retenía allí el deseo de rendir un último tributo al amado, al irremplazable maestro, y cuál podría satisfacerle más que ver, ¡si pudiera!, construir la bóveda que cubre sus restos por mano de sus discípulos, sin ajena intervención alguna. Los obreros del cementerio, piadosos, comprendieron la razón de este deseo, y retirándose a segundo término, dejaron que toda la labor fuera hecha por quienes realizaban con ello uno de los mayores goces de su vida.

El albañil, el ingeniero, el arquitecto,

los que ayudaban a la obra, todos habían sido discípulos de D. Francisco, y a él debían cuanto de más noble y elevado haya en sus almas. ¡Qué satisfacción más grande podría haberles! ¡Qué trabajo fué hecho nunca con más amor!

«Morir en paz y rodeado de los míos», dijo alguna vez que era su deseo. Así ha podido cumplirse, y a tal extremo, que también en el cementerio descansa al lado de quienes fueron en vida dos de sus más caros afectos: D. Julián Sanz del Río y D. Fernando de Castro.

Los que conocían las intimidades de aquel espíritu y las inmensas delicadezas de su alma, reflejadas en todos los actos de su existencia, comprenderán que nada hubiera podido serle más grato que ver realizado aquel su ideal de morir al lado de los suyos y ser por éstos colocado, sólo por éstos, en su reposo eterno.

Para que todo sonara al unísono aquel día inolvidable, la naturaleza ofrecía una mañana puramente castellana, de esas que D. Francisco supo apreciar más que nadie, y a lo lejos, la sierra del Guadarrama, vestida de sus más puras nieves, parecía querer dar el último adiós a quien descubrió su hermosura y supo transmitir a la generación actual, y para siempre, su amor por ella.

Don Francisco Giner ha muerto; pero el ejemplo de su vida y de sus obras lucirá como un faro inextinguible para el corazón de cuantos le conocimos.

EL MARQUÉS DE PALOMARES DE DUERO.

### DE SOBREMESA

Sólo una vez, y de pasada, tuve ocasión de saludar a D. Francisco Giner de los Ríos; pero siempre tuve para él la admiración y el respeto que de todo buen español merecía la noble figura del sabio aureolado de santidad.

Son tantas las inteligencias cumbres admirables por su elevación, pero, como algunas cumbres, también erizadas de picos,

Azorín



Azorín [José Martínez Ruiz],  
«Don Francisco Giner», *ABC*, 18 de  
febrero de 1916, recogido en el *BILE*,  
núm. 672, marzo de 1916,  
págs. 91-93.

José Martínez Ruiz, Azorín, hacia 1902. Casa Museo Azorín.

bierno de la casa. «Alguna vez gusta de entrometerse en los asuntos de su hija casada» (risas irónicas en las alumnas); «acuérdense ustedes, añadió, cuando sean suegras, que no hay clases para esta especialidad».—ADOLFO A. BUYLLA.

---

## INSTITUCION

---

### ANIVERSARIO

---

#### DON FRANCISCO GINER

Sobre un fondo de picachos del Guadarrama, en la misma sierra, un viejecito sentado en un peñasco. Se halla comiendo y está cascando un huevo; da golpes ligeros, como quien no se atreve a hacer mucha fuerza, y cuando el huevo está roto, lo va comiendo con un gesto tranquilo de limpieza y de escrupulosidad. Un perrito—hay perritos en todas partes—se ha acercado lentamente, temiendo algo, esperando algo, y el anciano, con un ademán de cariño, lo ha tranquilizado. Luego, en vez de tirárselo al suelo, le da un pedacito de este huevo que está él comiendo, y le dice unas palabras, a las que el perrito, que ya sabe lo que se hace, contesta moviendo suavemente la cola y mirándole con unos ojos de amor... ¿Quién es este viejecito que sentado en la piedra hace su comida frugal? Si nos lo encontráramos solo y pudiéramos examinarlo bien, ¿qué pensaríamos de él? Pensaríamos lo siguiente. Primero: este anciano va vestido modesta, toscamente; pero no es un labriego de las cercanías, ni un artesano de los pueblos, ni un trajinante que va de acá para allá a sus faenas. La ropa es modesta, pero ¡qué blanca, qué irreprochablemente blanca la camisa! ¡Y qué limpio, extremadamente limpio, todo el traje! Segundo: ¿habéis visto qué luz inquisitiva tiene este anciano en los ojos? Cubre su faz una barba corta; sus labios están casi emboscados entre el bigote; pero, de cuando en cuando, algo se ve de la línea de la boca. Y esta boca—como en algunos grandes ar-

tistas, como en algunos grandes pensadores, como en Schopenhauer—, esta boca tiene una expresión extraordinaria; dice muchas cosas que sería difícil concretar. ¿No dice una observación larga y algunas veces dolorosa, íntima, recatadamente dolorosa, de las cosas y de los hombres? Tercero: cuando habláramos con este anciano, cuando le viéramos moverse libremente, notaríamos un gesto de atención, que consiste en tener un poquito ladeada la cabeza. (Así ha salido en sus mejores retratos.) Parece que en tanto que este anciano escucha u observa, su cabeza se inclina ligeramente a un lado, como para recoger mejor la impresión, o como muestra de deferencia y de respeto, o para poner más intensidad en el momento de atender, o como un movimiento, casi *religioso*, que encierra todo lo que llevamos dicho y además respeto a la vida, amor a la vida, recogimiento ante las grandes cosas, sí, pero también ante lo que parece humilde y desdeñable.

¡Amor a la vida, respeto a la vida! Aquí está toda la filosofía de este anciano. ¿Cómo desenvolveremos esta fórmula compendiosa? En la segunda mitad del siglo XIX ha florecido en España una cierta modalidad filosófica de considerable trascendencia. Si el iniciador no fué Giner, vino a ser Giner, con el tiempo, su más elevado representante. Aludimos al movimiento filosófico llamado krausista. El krausismo español, lo que aquí seguimos llamando impropriamente krausismo, no ha sido estudiado debidamente todavía; apenas si podemos contar, como observaciones profundas y delicadas, algo más que lo que Clarín dice en el prólogo a las *Ideas pedagógicas modernas*, de Adolfo Posada. La indicada tendencia filosófica se ha caracterizado, entre nosotros, por cierta austeridad, por un sentido de reflexión y de simpatía ante la vida, por un gesto de escrupulosidad, por un examinar atento y cuidadoso de todos los más opuestos aspectos de las cosas. ¡Qué importa el viaje a Alemania de Don Julián Sanz del Río y las traducciones de Krause! La inspiración de Krause ha sido un *excitante*; el fondo, la sustancia pri-

maria del movimiento estaba en España. No hubiera podido darse esta bella, espléndida, fecundísima floración del pensamiento español, sin una tradición honda en que arraigara la semilla. Lo que parece extranjero y ha sido mil veces reprochado de extranjero, era profunda, íntimamente nacional. Cuando nosotros consideramos esta filosofía—que no es sólo una filosofía—se nos antoja estar viendo, prolongadas en ella, viviendo nuevamente en ella, muchas cosas españolas tradicionales. Vemos, por ejemplo, el *Informe*, de Melchor Cano (independencia, libertad civil), y el prólogo a la *Educación popular de los artesanos*, de Campomanes (dignificación y conciencia del trabajo), y las *Cartas marruecas*, de Cadalso (crítica de los valores recibidos)... No es una filosofía meramente el krausismo; es toda una manera de sentir la vida. Manera que ha venido a condensar en la Institución Libre de Enseñanza y que D. Francisco Giner ha representado en su grado más alto. En un momento grave de la vida, ante un problema trascendental, o simplemente frente a *las cosas*, ¿cuál debe ser nuestra actitud? ¿Cómo nos colocaremos espiritualmente en el mundo y cuál será nuestro primer movimiento para la acción? Ante las cosas, lo que se habrá de imponer, como actitud primera y fundamental, es un gesto de atención y de examen. Abramos los ojos; examinemos; vayamos poco a poco, con escrupulosidad, viendo todos los aspectos del problema. No nos dejemos llevar de nuestro primer impulso, ni corramos tras la primera apariencia. «Es cierto, en efecto, eso; pero...» «Parece así; mas sin embargo...» No es un escepticismo lo que se impone; al menos, escepticismo en su acepción vulgar; ni lleva tal sistema a una negación de todo. No; cuando escrupulosamente y con amor hayamos hecho nuestro examen; cuando hayamos considerado todos los aspectos y matices de las cosas, entonces resolvámonos, vayamos sin vacilaciones a la acción. Sin vacilaciones, pero con un alto sentido de humanidad. Presentémonos siempre nosotros mismos y nuestras ideas de modo que, en vez de provo-

car un choque violento, una no aceptación violenta, se suscite a su vez, en los demás, el examen y la discusión. La serenidad y lo que se ha llamado modernamente la *objetividad* deben realizar esta obra. Pongamos la menor cantidad de *personalismo* en la exposición y difusión de nuestras ideas, o, mejor dicho, ese *personalismo*, esa energía humana, tan útil siempre, tan eficaz siempre, la forma que debe revestir es, en vez de la pasión y el ardor al uso, la escrupulosidad en la presentación, el cuidado del detalle, la simpatía y la comprensión respecto del adversario, la perseverancia, la indispensable perseverancia, la maravillosa perseverancia para proseguir sin desmayos, sin desaliento, en la tarea. Y dejemos que el mundo grite, que las pasiones se entrechoquen, que la maldad amenace nuestra obra. Nuestro gesto de comprensión lo abarcará todo y nuestra serenidad nos pondrá a cubierto de lamentables y mezquinas intervenciones...

Así, a grandes rasgos, entendemos nosotros la filosofía, la manera de D. Francisco Giner. En cada filósofo, cada adepto ve acaso lo que él mismo quiere ver. Signo es éste de fecundidad y de grandeza en el pensamiento filosófico. Fecundo lo ha sido el movimiento que la Institución Libre representa y que D. Francisco Giner ha encarnado tan admirablemente. «¿Qué se debe a la Institución Libre de Enseñanza?», se suele preguntar. Y se suele contestar ligeramente: «Poca cosa.» ¿Poca cosa, desde D. Fernando de Castro acá? ¿Poca cosa, cuando toda la literatura, todo el arte, mucha parte de la política, gran parte de la pedagogía, han sido renovados por el espíritu emanado de ese Instituto? Lentamente, a lo largo de cuarenta o cincuenta años, la irradiación de ese núcleo selecto de pensadores y de maestros se ha extendido por toda España. La obra sigue su marcha progresiva. El espíritu de la Institución Libre—es decir, el espíritu de Giner—ha determinado el grupo de escritores de 1898; ese espíritu ha suscitado el amor a la Naturaleza, y, consecuentemente, al paisaje y a las cosas españolas, castellanas, amor que ha renovado nuestra

pintura (Beruete, Zuloaga, etc.); ese espíritu ha hecho que se vuelva la vista a los valores literarios tradicionales, y que los viejos poetas sean vueltos a la vida, y que se hagan ediciones de los clásicos, como antes no se habían hecho, y que surja una nueva escuela de filólogos y de críticos con un espíritu que antes no existía. Desde el cuidado en el vestir y las maneras hasta el amor a una vieja ciudad o a un poeta primitivo, ¡qué gama tan fecunda y humana de matices y de aspectos debe la cultura española a este viejecito que, sobre un fondo de picachos del Guadarrama, está sentado en una piedra rompiendo un huevo! Un perrito—hay perritos en todas partes—se le acerca tímidamente, y él lo tranquiliza con un gesto de amor...

AZORÍN.

(A B C, 18 de Febrero de 1916.)

ESTE LIBRO DEL MAESTRO ... (1)

por el prof. Adolfo Posada,  
Catedrático de la Universidad Central.

Este pequeño libro fué, en su momento, para muchos, una revelación; de seguro para las generaciones que estudiaron Derecho, allá por los años 73 al 83, y que llegaban a la Universidad cuando ya Ahrens contribuyera a remover el espíritu de la minoría que había de preparar el movimiento del 68. Los jóvenes de entonces leíamos con deleite *Los Mandamientos de la Humanidad*, de Krause, según Tiberghien, y *El Ideal de la Humanidad*, también de Krause, pero por Sanz del Río, el maestro del maestro. Nos reveló a todos, este libro singularísimo, una nueva sistemática jurídica, condensada alrededor de una concepción del Derecho, rica, fecunda, inagotable, intensamente humana y llena

(1) Nota que irá al frente de los *Principios de Derecho Natural*, de D. Francisco Giner y D. Alfredo Calderón; estos *Principios* formarán el volumen primero (en prensa) de la edición de las *Obras completas* del maestro que preparan sus discípulos y amigos. (N. de la R.)

de jugo de ideal para la vida. Que no es este pequeño libro una mera exposición lógica, objetiva de problemas, sino, además, y sobre todo, invitación al hacer y manantial perenne de sugerencias para conducirse según exigencias racionales; tiene mucho de inspiración moral; habla al alma entera, y en él hemos encontrado hasta la razón o apoyo para un criterio de acción.

He ahí la característica de toda la labor científica del maestro: sabía elevarse a la suprema contemplación de las cosas, en la idea, por encima de todo interés subjetivo, con vigor íntimo, como cumple al filósofo que tiene por lógica del pensar, una ética; pero jamás perdía de vista, según cumple al sabio, el interés humano de la ciencia y la soberana utilidad que las ideas más ideales tienen para la vida práctica.

Este librito, de *pura* filosofía del Derecho, sistemáticamente ordenada, contiene una orientación para el jurista y para el político. Sin él, no se comprendería el proceso de la ciencia del Derecho, en el siglo XIX, en España, ni acaso se explicarían no pocas esenciales manifestaciones de nuestra política positiva. Adviértese su influjo general en casi toda la literatura jurídica y política, posterior, de lengua castellana; no sólo en las representaciones del racionalismo liberal, sino en todas las direcciones del pensamiento, en los escritores independientes, como en los afiliados a corriente determinada; desde el anarquismo hasta el neo-catolicismo; en los mismos críticos más contrarios y que han mirado con notoria desconfianza, y, en ocasiones, con exterioridades desdeñosas, la buena, sana y noble labor del maestro. ¡Cuántas veces tropezamos en libros y discursos de gentes las más lejanas de él, por el mote, con la huella robusta del influjo, acaso ni sentido, de esta o aquella noción *ginerina*, y de este libro! Pero así se hace la historia y teje su tela el espíritu colectivo...

Cierta idea del Estado, que se ha estimado muy krausista, y, según la cual, aquél se concibe como conjunto complejo, orgánico, de personas individuales y so-

Adolfo Posada



Adolfo G. Posada, «Precursores...  
Francisco Giner y Pablo Iglesias»,  
*BILE*, núm. 859, noviembre de 1931,  
págs. 350-351.

Adolfo González Posada.

*La regla de la unanimidad.*—Si la decisión del Consejo es unánime, el Estado que recurra a la guerra sin tener en cuenta esta decisión comete un acto de guerra contra todos los Miembros de la Sociedad. «Todos los Miembros de la Sociedad de las Naciones rompen inmediatamente con él todas las relaciones comerciales y financieras, y prohíben a sus súbditos que mantengan relaciones con el Estado que ha violado el Pacto», y el Consejo tiene el deber de recomendar «a los diferentes Gobiernos interesados los efectivos militares, navales y aéreos con que los Miembros de la Sociedad contribuirán, respectivamente, a constituir las fuerzas armadas destinadas a hacer respetar los compromisos de la Sociedad».

He ahí un caso en que la Sociedad de las Naciones ha previsto la posibilidad de una guerra para impedir los horrores de un conflicto armado. No resulta difícil imaginar el efecto de esta amenaza sobre los gobernantes de una nación dispuesta a romper las hostilidades.

*La regla de la mayoría.*—Caso de que la decisión no haya podido ser tomada por unanimidad, los Miembros de la Sociedad «se reservan el derecho de obrar como estimen necesario para mantener el derecho y la justicia. Pero, hasta en este caso, los Estados interesados se comprometen a no declararse la guerra durante un plazo de tres meses, a partir de la publicación de la decisión del Consejo.

*El porvenir y el pasado.*—El tiempo dirá hasta qué punto los métodos instaurados por la Sociedad de las Naciones han penetrado en la conciencia de los pueblos y pueden constituir el método práctico y normal para resolver los conflictos graves que surgen entre las Naciones una vez fracasadas las negociaciones directas, el arbitraje o el arreglo judicial. Séanos tan sólo permitido preguntarnos, sin tener la pretensión pueril de rectificar la historia, cuál hubiera sido el curso de los acontecimientos de 1914 si la Sociedad de las Naciones hubiese entonces existido y hubiera podido probar por adelantado a las naciones que constituye de todos modos un me-

dio eficaz para evitar el derramamiento de sangre y mantener la paz del mundo.

(Concluirá.)

---

## INSTITUCION

---

IN MEMORIAM

PRECURSORES...

FRANCISCO GINER Y PABLO IGLESIAS

por Adolfo Posada.

Recordaba Besteiro, en un momento solemne de su vida política, a dos egregias personalidades que llenan con su luminoso y eficaz influjo un buen trozo de la Historia contemporánea de España: recordaba a Francisco Giner y a Pablo Iglesias: un obrero maestro forjador de almas y un obrero maestro director de voluntades. Al evocar el recuerdo de esos dos hombres, a quienes él debe lo que en él más vale: la formación moral, señalaba Besteiro una de las rutas que deberá seguir quien intente elaborar una interpretación o explicación psicológica del movimiento nacional que ha dado vida a la segunda República española.

La segunda República española, en el momento crítico de su advenimiento, denuncia, sin duda, el entronque fecundo de los dos grandes y decisivos influjos a que Besteiro se refería; influjos provenientes de Giner, un filósofo, y de Iglesias, un hombre de acción.

Giner, con su persistente heroico apostolado moral de cura y elevación de almas, realizó el milagro, por decirlo así, «pedagógico» de suscitar en sus discípulos, y con ellos—y con su ejemplo, en la Universidad, y fuera—, el amor a la libertad, de modo inmediato a la de la conciencia; pues para Giner, «la libertad es, primero y ante todo, libertad interior», no siendo la que exteriormente aparece sino una manifestación de la primera, que tiene en la «conciencia» —decía— su fundamento y propia raíz».

No era la libertad, cuyo amor Giner quería suscitar en el alma del discípulo, una simple «garantía constitucional»; era una etapa capital de su emancipación ética y social, como «forma que la libertad es para la actividad jurídica». En la doctrina —para la vida— de Giner, «la libertad es un supuesto necesario de la personalidad», la característica de la persona como ser racional que es, y el cual, si se siente íntimamente libre, será capaz, óigase bien, de sacrificarse por cosa tan inmaterial como una idea, según Giner mismo nos decía. Alcanzada por el hombre, vislumbrada hasta su libertad interior, el hombre no se someterá al hombre, no cederá a la fuerza, cederá a la verdad, fuerza creadora y cimiento de una vida moral y social digna del hombre.

A Giner, o, si se quiere, al movimiento «krausista» español, que tiene su última expresión, no en la doctrina, sino en el influjo inquietador y creador del maestro, se debe, en buena parte, la transformación del espíritu universitario, y del de tantos hombres eficaces de nuestras clases directoras. Y puede estimarse obra en gran medida de ese espíritu renovado el derrumbamiento de la Dictadura—que prepara el de la Monarquía—, así como el fracaso de la sugestión fascista con su Estado «totalitario», que es la negación de las esencias de todo Estado jurídico.

El krausismo español ha venido a sintetizarse, con Giner, en una verdadera «filosofía de la libertad»; y esta filosofía de la libertad se traduce prácticamente—políticamente sería mejor—en el reconocimiento de estas necesidades fundamentales; a saber: primera, la necesidad ética y política de la formación, elevación, del hombre «interior»: función augusta de la educación desde la escuela a la Universidad y en la vida social a partir del hogar; y segunda, la necesidad de crear y sostener un orden «jurídico» en toda sociedad: función específica del Estado.

El influjo de Iglesias—más visible para el político que el de Giner—es el que corresponde a un hombre de acción... «eficaz» en este caso. Podría, creo, tal influjo

sintetizarse en el apostolado de Iglesias, propagandista de un ideal y organizador de masas. A Iglesias un ejemplo como Giner, como Azcárate—se debe, le debe España, la educación de la masa obrera; educación que ha hecho de ella una clase disciplinada, condición previa para convertirla en fuerza creadora a la vez que dique o freno. En efecto, merced a la acción personal, tenaz, de Iglesias y sus íntimos, con él o por él formados, sobre buena parte de la clase obrera española—la por él y los suyos organizada y disciplinada—, se ha despertado en ella—¡y con qué energía!—la conciencia colectiva, capacitándola por tal modo para sentir y defender un ideal social, que se condensará—guste ello o no, ¡qué importa!—en las soluciones propugnadas por un socialismo de anhelos constructivos.

Desde el punto de vista que aquí interesa, las soluciones que la clase obrera persigue importan menos—importando mucho—que su función política. Por eso, al interpretar el momento crítico de la transformación de nuestro régimen, puede estimarse que lo esencial en la gran labor de Iglesias es la creación de la fuerza obrera organizada y con aptitudes para moverse por un ideal.

El derrumbamiento del régimen anterior, por obra del sufragio, expresión de un estado de opinión, no podrá atribuirse tan sólo a la acción coincidente de los influjos que personificamos en Giner y en Iglesias. Un análisis del proceso de nuestra crisis descubrirá la acción directa y colateral de otras fuerzas que ahora mismo actúan agravando la crisis. Pero la «in-cruenta» iniciación de la República no se habría podido producir sin el concurso del influjo de una «filosofía de la libertad» convertida en acicate ético de la voluntad, unido al apoyo resuelto de una masa obrera disciplinada. Y debe pensarse que el arraigo del nuevo régimen dependerá, en buena parte, de que continúen actuando armónicamente combinados los dos influjos históricamente personificables en Giner y en Iglesias.